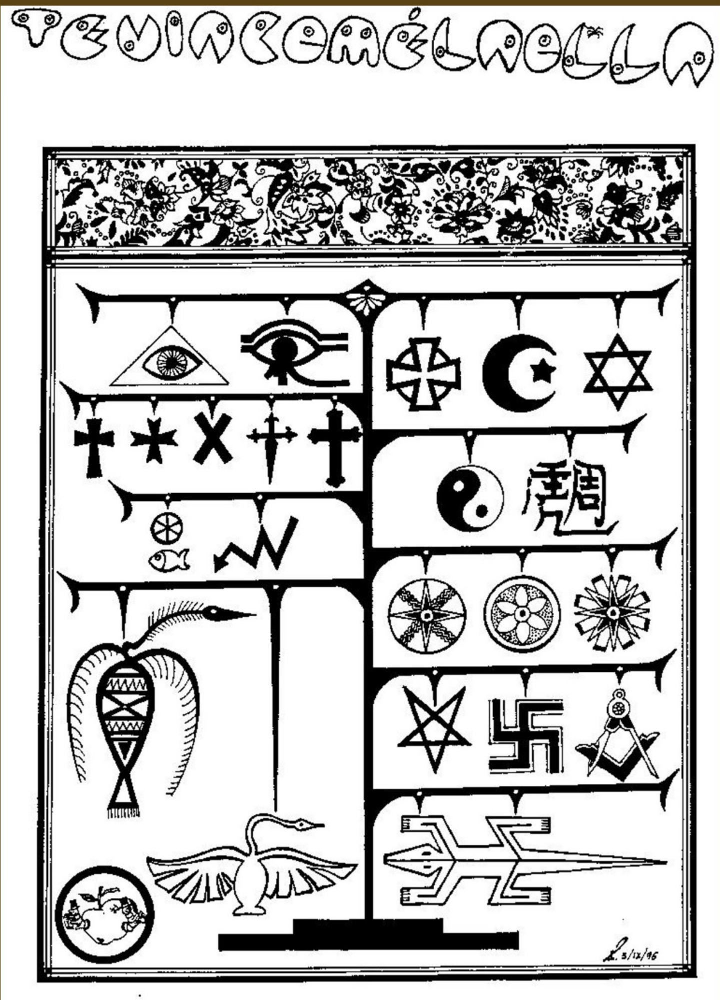

TEVIACOMÉLAOLLA

Redactores: JLM y JCJ. Nº6. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse

EDITORIAL

Bienvenidos a la nueva experiencia del control superficial de vuestras tristes almas. Por deseo expreso de los redactores, sometidos a mi voluntad por voluntad propia, me han permitido servirme de vuestra revista para traeros una buena noticia:

Vosotros no sois tan tontos como parece que sois, aunque sí menos listos que lo que no me parece que sois. Es decir vosotros necesitáis un guía. Yo en nombre del "Temario visionario apocalíptico del comecon y otras llamas del infierno" (TEVIACOMELAOLLA) me presento como vuestro único clavo ardiendo al que debéis agarraros y con el que debéis quemaros a menos que os queráis quemar con otro clavo diferente, lo cual dejo a vuestra elección, ya que sois libres de elegir otra doctrina, aunque os advierto que esta es la única verdadera. Y no es que despreciemos a las demás, que lo hacemos, pero sí consideramos que: el desprecio no quita lo valiente. Así que sed valientes y elegid nuestra doctrina o ninguna, porque esto no es un mercado de saldos que se venda al mejor postor. Pero eso sí, los inconvenientes son muchos, la verdad es que sólo hay inconvenientes, pero ese sacrificio nosotros lo valoramos mucho. Pensamos que la salvación ya está garantizada con sólo pertenecer a nuestra congregación, así vosotros sólo tenéis que preocuparos de salvar de la pobreza y la humillación a los que hacen posible ese futuro beneficio vuestro. Es decir nosotros pensamos que toda una vida de riquezas no vale la eterna salvación. Es por eso que nosotros nos sacrificamos en el duro camino de la opulencia, aun a riesgo de perder nuestra alma, sólo para salvaros a vosotros. Por otro lado tenemos infinidad de productos religioso-financieros que se acomodan a cualquier bolsillo:

Una eterna salvación en la otra vida será un 5% más feliz (5.2% T.A.E.) por cada millón que nos ingrese a fondo perdido. Un 2% (2.1% T.A.E) para el caso de aportaciones de 100000 pesetas. Como ven

cuanto más dinero les sobre mejor para nosotros y mejor para ustedes el día de su muerte. Además hasta el 5 de octubre regalamos estupendas escobillas para flagelarse y 10 volúmenes de la nueva biblia en verso escrita en un trance psíquico del beato Tostón Decuidado, que le duró 32 años. Todo esto con cada nueva aportación de 100000 pesetas.

Aprovechándome de esta oportunidad para saludarles y sin otro particular se despide de ustedes...Dios, ¡perdón! quería decir "Sinclético Topamí"

¡OH, POBRES GUSANOS!

¡Temblad pecadores! ¡Os consumirán las llamas del infierno! ¡Os devorarán las llagas los pies! ¡Os saldrá un solo cuerno en la cabeza como único será vuestro sufrimiento! ¡Porque vosotros, pobres mortales, personillas defectuosas, estáis pecando contra Dios! ¡Os estáis apartando de las sagradas enseñanzas de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana! ¡Vosotros, hombres, estáis dejando que vuestras mujeres e hijas participen en el mundo de una manera activa en vez de encerrarlas en casa! ¡Y vosotras, mujeres, no sólo tenéis ganas de salir a la calle sino que lucís vuestros cuerpos con vestidos ajustados y cortos! ¡Me pica el cerebro cada vez que os veo con esas minifaldas cortas enseñando las piernas! ¡Ah, malditas! ¡No lo puedo resistir! ¡Vais todos juntos a la piscina y os bañáis casi desnudos! ¡Coméis carne los Viernes que es como comer carne de Cristo (?). ¡Permitís que vuestro vecino sea de otra religión! ¡No hay una ley que prohiba ser de otra religión! ¡La libertad religiosa es una blasfemia contra Dios, la religión católica es única e irrepetible! Pero tú, pobre mortal, ¿qué vas a comprender? Tu cerebro es pequeño como el de un mosquito y tu entendimiento apenas se percibe. Eso lo sabe todo el mundo. ¡Oh! ¿Tú qué vas a comprender? Sólo yo lo entiendo, yo te sacaré de la ignorancia, yo guiaré tus pasos hacia Dios. Pero debes hacerme caso, debes dejar de lavarte todos los días y de usar preservativos. Debes dejar de leer libros que den ganas de vivir y leer sólo aquellos que enseñan el temor a Dios y la propia bajeza del ser

humano porque tú, en realidad, sólo eres un pobre gusano viviendo en una manzana podrida.

Pepe Torquemada

Comentario de una lectora: ¡Cómo se pasa este tío!

TE VI A COMÉ LA OLLA

Cuando Manolo puso en su tasca aquello del "buffet libre" pensó que iba a ser un buen negocio. Y lo cierto es que, si no espléndido, durante los dos primeros meses el asunto no fue mal del todo. Pero claro, tuvo que llegar aquel día y tuvo que llegar aquel tipejo. Manolín, su tocayo, el amigo de Javi, el mejor amigo de Manolo. ¡Pues nada chico, come lo que quieras! ¡Qué delgado estaba el condenado y como comía el muy animal!

Un plato tras otro, Manolín devoraba todas las existencias y pedía más, ¡más al cabo de cuatro horas comiendo sin parar! Era imposible que aquel chico pudiera comer tanto. Era imposible que tanta comida tuviera sitio en tan pequeño cuerpo. Y Manolo empezaba a ponerse nervioso. Al principio sólo era irritación. El amigo de Javi era uno de esos glotones que se toman a pecho lo del buffet libre y comen igual que limas tratando de amortizar la pequeña inversión. Pero, unas cuantas bandejas después, la irritación se convirtió en nerviosismo. Aquel tragaldabas iba a acabar con las ganancias del día. ¡Y no podía decirle que parara de comer! No delante de los demás clientes, que contemplaban admirados al comilón, que seguía engullendo como si pretendiera batir un récord, como si recién acabara de empezar a zampar tras un ayuno de varios días.

Una cuantas ollas después, Manolo había alcanzado el punto de la desesperación. Aquel salvaje iba a acabar con su negocio. Lo iba a arruinar. Manolo trató de hablar con su amigo Javi. Javi estaba avergonzado por el comportamiento de Manolín y le pidió que dejase de comer. Pero el otro, con la gula pintada en sus saltones ojos, no le hizo caso.

-Esto es un buffet libre, ¿no? Pues yo todavía tengo hambre -replicó Manolín en voz alta, hablando con la boca medio llena para no interrumpir su orgía gastronómica, su bacanal casi de gorra.

Manolo, desesperado, intentó sobornar a aquel cretino comilón para que dejase de devorar sus existencias. Pero no tuvo éxito. Aquel imbécil no quería marcharse ni por dinero ni por nada. Sólo quería seguir comiendo. La gente de la cocina se quejaba de que casi no quedaba comida. Los clientes del local, terminada su comida, se dedicaban a contemplar a aquel fenómeno capaz de introducir esas ingentes cantidades de alimento en su escuálido cuerpo sin que la ingesta pareciera hacer mella en su insaciable apetito.

Ya de noche, cuando todos los clientes se habían marchado tan admirados como aburridos, cuando Manolo daba por perdido su negocio, el último cliente proseguía comiendo sin desfallecer. Al cabo, vencido más por el sueño producido por la opípara comida que por haber saciado su apetito, Manolín se levantó de la mesa, tan delgado como antes de empezar. Esbozó una sonrisa y, al abrir la boca, dejó brotar un sonoro eructo satisfecho.

-¡Adiós! -dijo, sencillamente.

Manolo no respondió inmediatamente, bastante tenía con tirarse de sus escasos cabellos. Aquello era la ruina. Sólo replicó cuando Manolín, acompañado de un incrédulo Javi, se acercaba a la puerta de salida.

-¡Te habrás quedado a gusto, pedazo de animal!

-No es que la comida fuera muy buena -dijo el imperturbable Manolín-, pero podía haber sido peor. Tal vez vuelva otro día por aquí.

Manolo no respondió. "Ni lo sueñes", dijo para sí. Si de algo estaba seguro era de que aquel monstruo no volvería a entrar en su local, si es que era capaz de recuperar las pérdidas de aquel espantoso día.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PROMESAS

Poner bellezas en el entendimiento,
no el entendimiento en las bellezas.
Acumular riquezas en el pensamiento,
no el pensamiento en las riquezas.
Consumir las vanidades en el trabajo por mejorar la vida,
no agotar la vida en satisfacer vanidades.

Bellezas
riquezas
vanidades
todo es cadáver
polvo
sombra
afán caduco.
Todo es nada.
Sólo promesas
atractivas
pero promesas,
no realidades.

Miguel Ángel Valero López

SARA

-Ya ha amanecido cariño -Ella hace que duerme pero abre ligeramente el ojo derecho escudriñando mi posición. El cabello dorado cayendo sobre su rostro, su hermosa figura que simulan las sábanas; todo lo intento retener en mi memoria con la seguridad de que vendrán tiempos peores. La beso los pies con la esperanza de retener algo de esa esencia.

De repente, sobresaltada, se sienta sobre la cama con los ojos tan abiertos como platos y con un gesto de inconfundible terror. Llena de pánico dice:

-Coge la pistola, creo haber oído un ruido en la escalera.

Pero sé que eso es imposible aún tardará algunos días en encontrar nuestro nido de amor. Acabará encontrándolo, pero de momento es nuestro cálido hogar voluptuoso. Un hogar que nunca volveremos a tener. Fuera de este momento nuestro amor es imposible.

A pesar de su temor infundado, la cubro de besos desde la cabeza hasta los pies. Ella gusta de dormir desnuda, como Marilyn (con quien a menudo la comparo). Con ella comparte su hermosa cabellera. La abrazo fuertemente pues esta es toda la seguridad que le puedo dar en nuestra suicida aventura. Ella me besa con los ojos cerrados.

-Quédate quietecita. Miraré por la escalera.

He salido sólo para tranquilizarla pues sé que no habrá nadie. No llevo pistola. En todo caso no nos serviría de nada cuando él entre con sus matones. Nada podrá salvarnos de una muerte segura. Pero ¿quién te mandaría enamorar a la prometida de ese traficante mafioso? Tiene gracia, yo que jamás logré enamorar a una mujer y he aquí que en un arranque de genialidad inimaginable consigo que aquella rubia espléndida se fijara en mí. ¡Yo que no poseo grandes atributos, ni he matado nunca a nadie! ¡Yo que siempre fui un cobarde! ¿Qué vería Sara en mí? ¡Qué sería de mí sin Sara!

Apenas puedo recordar cómo la conocí. ¡Todo transcurrió tan rápido! Sólo la recuerdo a ella con los brazos recostados sobre la barra de aquel tugurio. A su lado su chulo protector discutía de negocios clandestinos con alguien. Entonces la miré a los ojos y ella me miró... En fin, las cosas del amor.

Luego, ya se sabe: nuestra interminable huida de ciudad en ciudad, de motel en motel, y su persecución implacable. ¿Por qué diablos no la olvidará? Él sin duda no la ama porque si no no la habría pegado (el cuerpo de Sara está repleto de atrocidades que apenas se atreve a confesarme. Adivino quemaduras de cigarrillos en sus pezones en sus nalgas, en su vientre). Yo jamás pegaría a una mujer, y menos a una mujer como Sara. ¡La veo tan débil e indefensa...!

Yo sí la quiero. Y creo que ella también me quiere a mí. Quizás sea porque soy el único hombre que nunca le ha pegado. Todavía recuerdo la primera vez que hicimos el amor. Yo la acariciaba lentamente mientras ella se tapaba la cara con las dos manos, como temiendo un golpe en el rostro. Se las hice retirar haciéndole cosquillas en la cintura. Ella me miraba extrañada. "Nunca me follaron así" me dijo con voz temblorosa de emoción.

-¿Sabes? Nunca conocí a nadie como tú. Eres tan... distinto.

Yo lo tomo como un síntoma de su afectividad ultrajada, pero la comprendo. Le miro a los ojos tiernamente y le intento hacer entender.

-Sara, los distintos son los otros.

Quizás la policía fuera nuestra solución, pero ella se niega bajo la amenaza de suicidio (me señala la ventana). Me explica que tiene abiertos varios expedientes policiales y que está fichada por asuntos

de tráfico de drogas, tal vez su pasado al margen de la ley le haga ver fantasmas donde no los hay. Tal vez él también haya sobornado a los funcionarios policiales. Ya lo hizo una vez con el dueño de un motel. Escapamos porque Sara con ese sexto sentido que sólo poseen las mujeres dijo: "Vámonos. Este motel está muy sucio y las vistas son horribles". Mientras atravesábamos el pasillo camino del vestíbulo oímos como el hostelero hablaba por teléfono."Los tengo. Me encargaré de ellos". Corrimos hacia el coche y nos pusimos en marcha a toda velocidad. Ella conducía. Yo observaba como el hombre nos apuntaba con una escopeta de caza. Gracias a Dios sólo alcanzó el guardabarros. De aquello hace dos años.

Mientras pienso en todo esto, camino por el pasillo de la novena planta del vetusto edificio. Las paredes ennegrecidas por el humo y la suciedad apenas reflejan sombras. No se oye nada. Miro por el hueco de la escalera y la vista se pierde más allá del segundo piso (puedo contar siete entreplantas). Desde el noveno piso la mirada no alcanza más lejos. Sólo el murmullo de tazas y cafeteras rompe el silencio. Ya casi es hora de irse a trabajar. Ahora los maridos abandonarán a sus mujeres. Yo nunca podría dejar sola a Sara.

He vuelto a entrar en nuestro nido. Sara sigue allí, acurrucada en la cama temblando de miedo. Yo sólo puedo expresarle todo mi amor abrazándola, cubriéndola de besos, apretándola muy fuerte contra mi pecho. Y me siento triste y débil al pensar que no la puedo defender, que me la van a arrebatar. ¿Acaso un verdadero hombre se deja arrebatar a la mujer amada?

Luego hemos pasado el resto del día mirándonos a los ojos (hasta entonces no había observado esa pequeña mota amarilla en su cristalino). Tiene uno ojos negrísimos y uno casi puede adivinar en ellos siniestras cavernas surcadas por lagos interiores. Sus labios carnosos se entreabren cuando permanecen en silencio. Está bellísima cuando se aparta los mechones rubios de los ojos.

Hablamos de nuestro pasado (no poseemos el futuro). Ella me ha contado su empleo en una barra americana. Allí conoció a aquel Goliat enfurecido. Su vida fue un continuo suceder de tormentos y humillaciones. De niña fue violada por su tío cuando apenas contaba ocho años. En primavera gusta de ir al campo a recoger flores. Yo le

hablo de mi vida donde nunca ha ocurrido nada. A decir verdad es la primera vez que me ocurre algo emocionante. Hubiera llegado lejos en aquella empresa auditora. Ella pone cara triste y baja lentamente la cabeza.

-Pero no te habría conocido -digo. Sara intenta sonreír sin conseguirlo del todo.

Sin embargo, ante los fulgores del presente todo el pasado vivido hasta este preciso momento parece confuso como un sueño, desvaneciéndose en la memoria apenas has despertado, todo lo vivido hasta ahora pertenece a una novela distinta, casi un personaje distinto. Sara tampoco es la que recordaba ser.

Entonces he dejado de sonreír y la he mirado fijamente.

-Sara, no podemos seguir así. Creo que deberías huir tú sola. Quizás se contente conmigo. Al fin y al cabo he sido yo quien le ha puesto en ridículo. Tu goliat quedará satisfecho conmigo. (Recuerdo entonces la biblia y las palabras de David a Saúl "Tu servidor irá a batirse contra ese filisteo").

Enfurecida me tira de la cama y comienza a gritar y a insultarme, inmersa en una crisis de histeria.

-Tú no me quieres. Tú no me quieres... -dice entre lágrimas. Y yo no puedo soportar verla así .

-Está bien, como tú quieras. Seguiremos juntos. Quizás a ti te quiera viva...

He callado porque sé que es imposible hacerla entrar en razones. Es difícil convencer a una mujer enamorada de algo así. Con Sara sería abocarla al suicidio.

-Tengo miedo Alberto -ha dicho al rato, y nos hemos tumbado en la cama y no sé como nos hemos podido quedar dormidos así abrazados, en medio de tanta angustia y preocupación.

Esta mañana he vuelto a despertar antes que Sara. Ella tiene el sueño más profundo y más prolongado. He intentado levantarme pero he descubierto con asombro que estoy esposado a ella. Yo mi mano izquierda; ella su derecha. Las esposas recorren además un barrote de la cabecera de la cama.

-Estás loca -la grito- ¿Cómo demonios huiremos ahora?

Ella ha despertado repentinamente pero sin sobresalto. Es como si dormida ya esperase mi reacción.

-No huiremos. Esperaremos aquí.

El tono de su voz es imperativo esta vez. Sé que su decisión está tomada. Sería inútil intentar convencerla.

-¿Qué hiciste con la llave?

Ella calla pero se encoge de hombros al tiempo que sonríe levemente. Sabía que tenía unas esposas en el bolso pero nunca intenté averiguar para que las quería. Jamás pude imaginar esto. Tan sólo intenta aferrarse a un pedacito de felicidad.

-Sólo así sé que nunca me abandonarás -dice con autosuficiencia, con sonrisa de niña traviesa y maleducada. A pesar de su intolerable traición creo que en este momento la quiero más que nunca.

-Tampoco podrá llevarme con él -susurra al tiempo que me muerde los labios.

-Es una hermosa prueba de amor.

Pero ahora siento más miedo que nunca ante la inminencia del desenlance final. Sólo la fugacidad de este momento hace que sea bello. Mañana tal vez todo haya terminado y ante tanta belleza uno no puede luchar y se siente desarmado. Uno no se resiste a la belleza de los ángeles y sólo queda dejarse arrastrar y no se piensa en el abismo que viene después. Mañana él nos encontrará de esta forma tan inverosímil: esposados en la cama y desnudos pues siquiera podemos vestirnos. Toda excusa carecería de sentido.

Luego he seguido escribiendo estas líneas que esconderé bajo la cómoda con la esperanza de que un avieso inspector las encuentre y resuelva prontamente nuestro caso. Espero que al menos el nombre de Sara quede limpio. No quiero que se nos malinterprete ya se sabe con estas cosas. Imaginad la escena: una joven aparece muerta, completamente desnudos y esposados a la cama. Creerán que es cosa de drogas y prostitución. Ya veo los titulares "Prometedor contable cambia auditoría por prostituta sadomasoquista" ¡qué estúpida necedad la de quienes no quieren ver!

Mientras escribo estas líneas Sara no deja de estorbarme rodeándome con sus brazos pegándome tirones de las esposas

impidiéndome escribir (creo que se siente celosa de este lápiz con el que escribo, de este papel donde dejo testimonio de mi amor por ella). Entonces ella me ha obligado a dejarlos con la exquisita amenaza de sus juegos amorosos...

Narciso Tuera

MI BODA

No es que fuera gran cosa mi boda. La verdad es que no llegó a celebrarse, pero casi. A lo mejor os sorprende que un tronco como yo estuviera a punto de casarse de guapo y en una iglesia. Pues sí, y con una tía que era una pija del copón. Hombre, uno, como cada quien, tiene su corazoncito y es capaz de enamorarse y todo. Pero mira, os voy a ser sincero, la historia de la boda no fue más que un intento de braguetazo. El que no se celebrara no fue porque el intento fracasara, lo que ocurrió es que el menda se arrepintió a tiempo. ¿Qué iba a haber hecho yo con una chorba como esa? Ahora, que con sus kilitos sí que hubiera cargado a gusto si no hubiera sido por el gilipollas de su padre. A ese sí que no había quien le hiciera soltar prenda.

Pero bueno, para que os enteréis bien del rollo os lo voy a contar desde el principio. ¡Tranquis tronquis que la historia es cortita! No ves que me voy a estar yo dos horas para contar una gansada así.

Pues érase una vez un tío muy legal -yo- que vivía feliz en su casa tocándose las pelotas la mayor parte del día. Pero resulta que el colega tenía un padre aspirante a ogro que todos los días le daba la vara con que no trabajaba, con que cuándo se iba a ganar la vida, cuándo iba a sentar la cabeza y todas esas tarambanas. La cuestión, para mí, es que el viejo no sabía cómo deshacerse del chupón de su hijo. La madre, esa sí que era mema la tía, nunca le decía nada al chaval. Estaba resignada la pobre.

Pero un día la madre le presentó a la pavita. Era una nena bastante mona pero más pija que toda la leche. La nena se llamaba Ivana, un nombre cojonudo para empezar, y era hija de un tío que ganaba su peso en oro durante el tiempo que tardaba en echar una meada. Eso nuestro colega de la historia no lo sabía por el momento. La niña era una mema pero estaba bien maciza. Sobre todo tenía la tía un pandero grande y prieto sobre el que se podría haber echado una timba

de cartas. De cara no estaba mal, lo malo es que cuando hablaba la cagaba. Pija pija la tía. Lo más ñoño, soso y gilipollas que puedes imaginarte. Tenía, eso sí, un buen polvazo. Mi madre me la presentó "mira Sergi esta es Ivana -mua, mua- que ha venido a vernos con su madre". La madre era una verdadera foca que, por suerte, ya se había largado con viento fresco. Uno, que no es muy modesto, sabe que como percha no tiene precio, así que la lerda de Ivanita se le quedó mirando con cara de boba -la única que tenía-, pero el colega le dedicó su más absoluta indiferencia, centrando su atención exclusivamente en sus dos pitones, de volúmenes nada desdeñables.

La pija se largó y mi madre me puso en antecedentes. Ivanita resultó que tenía más kilos que mi viejo y era hija única. Se me iluminaron los ojos y el cerebro. Esa gilipuertas me convenía. Una bodita al estilo tradicional, braguetazo al más puro estilo asaltaconventos, y a vivir que son dos días. Si conseguía enrollarme a la tronca, mis padres se iban a poner contentísimos. Por fin iba a sentar cabeza y no me iban a echar nada en cara. ¡Cómo iban a ofenderse porque incrementara de aquel modo el patrimonio familiar!

Pues manos a la obra. Como mi vieja y la suya eran amigas no me fue difícil coincidir "casualmente" con la imbécil de Ivana en un par de ocasiones. Le di palique a la tía, hablando como uno de esos Borjas que seguro que le encantaban y debí de parecerle más pijo que el Bofilito ese de las narices. "Mira sí, yo juego al tenis, al squash, y siempre practico vela y surf en la playa tope guay con mis gayumbos verde fosforito y mis gafas de millón, te lo juro por Snoopy". Pues, joder, a la tía no terminaba de caérsele la baba. ¡Y yo que creía que la muy zorra tuvo un flechazo orgásmico nada más verme! Pues no hijo, no. Había que currársela. Para mí que tenía por ahí dos o tres Borjitas rondándola. La verdad es que los kilos de su padre y los de su trasero bien merecían el esfuerzo.

Pues, ¡hala!, sigamos intentándolo. Todos los días dándole la vara y que la tía no acaba de enrollarse. Para mí que es una estrecha, que le parece que estoy tan bueno que se asusta la muy jodida. Ya me he tenido que presentar a sus padres en plan pelota. "Ay, mira, Rodolfo -que así se llama el padre, el de los kilos- este es el niño de los Lipodias", dice la madre al marido, contentísima de que a su niña le haya

salido un pretendiente tan macizo como yo. Pues señora, no se haga ilusiones, que su hija no traga.

Pero para duro yo. Cuando quiero no hay quien me pare. Táctica número dos: la del tío hecho polvo de amor. Esta no puede fallar con una pija como ella. ¡Chachi! Le lloro un poco, le hablo de lo inútil de mi existencia hasta que la conocí por mediación divina y celestial, flechazo que te crió y me vuelvo cartujo, monje de clausura y santo todo de una vez. Ahora soy un tío dabuten, más bueno y currante que nadie. Y la tía empieza a derretirse. ¿No iba esto de comer la olla? Pues aquí tenéis una buena comedura de olla.

Lo malo es que después empecé a comerme yo el tarro. Ver a mis padres tan contentos como se pusieron al saber que Ivanita y yo éramos novios no podía ser presagio de nada bueno. La tía, al menos, resultó no ser tan estrecha como yo pensaba. Al contrario, era una guarra y nos dedicamos a hacer guarrerías. Estaba bien buena la tía, lo malo era que cuando no le estábamos dando al asunto no había quien la soportase. Y tampoco había quien aguantase la mierda del protocolo: visitas a papá y mamá, los suyos y los míos, a los abuelos, a los tíos, a ser buenecitos y poner cara de angelito. ¡Anda que si no fuera por los millones iba a aguantar yo toda esta mierda!

Estuvimos cuatro meses y la convencí para que nos casáramos. "Es muy pronto", dijeron nuestros padres, pero tragaron. ¡Estábamos tan enamorados! Y una leche, pero no se lo iba a decir a ellos.

Pero, para que luego digan que uno es malo y no tiene remedio, cuando habíamos fijado la fecha, cuando habían empezado a mandarnos regalos y ya casi tenía los millones en la mano, empecé a rajarme. También es verdad que el padre se puso con la mosca tras la oreja y no quería soltar la guita. ¡Nada de bienes en común ni dote para la niña! ¡Menuda mierda! También es verdad que la Ivanita ya me estaba tocando las pelotas. Pero el caso es que me arrepentí. Sólo de pensar que iba a tener que cargar con Ivanita y toda su familia durante toda mi vida se me revolvían las tripas. Cuando veía a Ivana junto a su madre, que se le parecía tanto pero en plan gordo y bigotudo, me imaginaba a Ivana de vieja y no era una imagen muy agradable. Es cierto que con sus kilos, y míos también, le podía cambiar la cara y el cuerpo veinte veces.

Lo malo es que no podía cambiarle la cabeza de chorlito. Así que, por fin, me rajé.

Podía haber sido un cabrón y decirle que no delante del cura. Habría molado lo suyo, aunque sólo hubiera sido por ver la cara de los invitados. Pero tampoco fui tan cerdo. Rompimos el compromiso una semana antes de la boda y me lo curré para que no se lo tomara a pecho. Me puse en plan borde y le dije groserías de las buenas. Discutí con ella, me emborraché y la dejé pillarme en la cama empalmado con su mejor amiga, otra pija del copón con un cuerpazo de la hostia. La verdad es que la pobre Ivanita se ofendió mucho, pero fui yo el que decidí romper. Creo que hasta le di pena, porque le salté con el rollo de que había intentado cambiar por ella pero no había podido y que no me la merecía. Pero bueno, rompimos y todavía no me arrepiento de haberla plantado. Lo único malo es oír las monsergas de mi padre cuando me echa en cara lo gilipollas que he sido. Y mira, a veces, todavía pienso que a lo mejor tiene razón y que el braguetazo era mi solución. Pero bueno, no sólo voy a poder dar la campanada con Ivana. Tengo un sueño de lo más romántico: conozco a una tía maciza de veras y que se la puede aguantar, y con más ceros que la gilipollas de marras, me quedo encoñado y nos casamos. ¡Cómo caiga una tía así ya veréis si me rajo o no! ¡Hala!, pues hasta la próxima. Y que os den mucho.

Sergi Lipodias

definiendo

Hola...Buenos días. (silencio). ¿Es cierto que la gente se mata por las calles y a nadie le importa? (silencio). Siempre pensé que la vida humana era algo que valía más que eso que deslizas entre tus dedos (silencio). Tal vez me engañó quien me dijo que la naturaleza del hombre tiende más a la bondad que a lo que su bondad le reporta (silencio). Por qué se matan los hombres por el poder (silencio). Qué compensación tiene todo ese poder a través de toda esa maldad (silencio)...(silencio roto...el poder es un sucedáneo de lo que yo hago que se convierte en el opio de quien a pesar de tenerlo todo no me puede eludir a mí, ni a sus falsos aprecios, ni a su propia muerte...el hombre más importante del

mundo es un ridículo esqueleto que camina hacia su propia tumba...silencio restaurado)

definido

AÑO NUEVO

Tú no sabías al despertar esta mañana lo que iba a ser el nuevo día

Nada hacía presagiar este sol cuando la lluvia caía ayer tan abrumadora, mientras el viejo año se despedía de forma tan silenciosa, sosegada, armoniosa.

¡Ah el tiempo! Ya sabes: ese enemigo oscuro que inadvertidamente nos roe el corazón sin preguntar, sin dejar moneda a cambio salvo ese sedimento nostálgico de cada mañana. ¡Tal vez esa lluvia estuviera horadando anticipadamente tu corazón, aún en vida!

Pero hoy has despertado de nuevo
y has sentido como el manantial
seguía fluyendo, aún a su pesar
Y no has sentido amor, ni tristeza,
ni rencor, ni melancolía ni celos

(todo eso se borró con el año pasado -te dices sin mucho convencimiento)

Y tan solo sientes ese poso, tan lejano con que te va castigando, silencioso, el tiempo.

¡Que dulzura, delicada, cadenciosa sutileza comporta tu delicado fluir lento!

Narciso Tuera

RAY Y SANDRA

Qué fácil es encontrar cariño entre las personas, cuando la mente se desinhibe de todas las circunstancias por las que uno pasa en el rutinario día a día del lugar donde realiza sus actividades profesionales. Me entristece ver, como muchas veces la gente sólo tiene en la cabeza las obligaciones típicas de esa actividad gracias a la cual se pueden conseguir los recursos necesarios para desarrollar su vida. Uno pierde toda la imaginación y la fantasía, de forma que su

comportamiento termina siendo un reflejo del esquema que el mundo laboral nos aporta. Es muy común, que todo termine en una sustitución, así, ponemos el desarrollo de nuestro trabajo ocupando el tiempo que uno debería tener para poder vivir contactando con el interior de otros, compartiendo sentimientos, y en definitiva para vivir realmente.

No quiero poner el mundo laboral como algo que tiene un efecto alienante sobre la persona. Realmente no quiero centrarme en el mundo laboral. Por otra parte, estando dentro de ese mundo es fácil que a uno le tachen de loco, antes de que pueda terminar reflexiones de este tipo.

Realmente, la sociedad nos da la pauta para nuestro comportamiento. Muchas veces deseamos hacer cosas, pero nos parece que no son adecuadas. El relato escrito a continuación, refleja una situación en la que el amor es el aliado de la fantasía, y las ciudades donde los protagonistas desarrollan su vida cotidiana, son el obstáculo al amor que nace entre ellos. Para Ray será muy difícil olvidar que vive muy lejos de Sandra, a la hora de buscar su amor.

Ray y Sandra

-"El contacto se va haciendo más emocionante a medida que la noche agota sus minutos" -dijo Raimundo a Juan algo preocupado.

El amigo contesto: -"Bueno Ray, deja que las cosas sigan su curso natural".

Tras esta breve conversación, no volvieron a hablar sobre el tema en toda la noche. Ray, que así le llamaban sus amigos, siguió próximo a la joven Sandra, y Juan desapareció para su amigo, dedicándose por completo a la fiesta que esa noche les ofrecía aquella ciudad.

La hermosa Sandra sentía un cariño especial por Ray, de forma que era feliz a su lado. Realmente ellos se tenían un mutuo afecto desde que se conocieron. Todo sucedió durante unos días que Ray pasó en el pueblo costero de una de sus primas. Las olas del Mediterráneo terminaban su existencia en las playas de Casas Azules. Durante el día, su sonido al romper en la arena dorada por el sol era el escenario perfecto para los juegos juveniles. Por otra parte, en la noche, con la ayuda de canciones acompañadas de guitarra, creaban el romanticismo

necesario para que la fuerza del amor, entrara en las mentes de los muchachos del variopinto grupo de amigos que todos los veranos renacía a la hora de abandonar las grandes ciudades, donde unos y otros tenían que cumplir con sus obligaciones.

Durante ese bonito tiempo todo quedó en amistad. La playa bajo el sol del día y el romántico faro bajo las estrellas de la noche, fueron suficientes para que esta naciera.

El segundo encuentro entre Ray y Sandra aconteció en la noche con que comenzaba nuestro relato. Tras un cariñoso beso en la estación, todos los amigos comenzaron a disfrutar de la noche urbana que en esta ocasión les esperaba. No pasó mucho tiempo antes de que Ray empezara a sentir deseos de abrazar la bella y joven figura de Sandra. Esta había elegido el vestuario adecuado para la seducción, cosa de la que pronto se dio cuenta nuestro amigo. Con esto y tras una estancia musical en casa de uno de los amigos, al más puro estilo de la playa, Ray comenzó a entregar su fantasía a Sandra. Esta la cogió como si hubiera decidido cambiar el destino del muchacho para llevarlo junto al suyo. Así al empezar el primer paseo por las calles en fiesta de la ciudad, y tras intercambiar románticas miradas en el primer escenario, juntaron sus cuerpos con un abrazo que duró lo suficiente para que un estrecho lazo los atara. De esta forma cruzaron la noche; cuando había que beber, bebían juntos, cuando deseaban fumar, compartían el cigarrillo, y cuando el frío apareció, como queriendo participar en su unión, juntaron sus manos y se calentaron mutuamente.

Durante todo el tiempo, Ray sólo pensaba en darle su cariño, quería unirse a ella, compartir un sentimiento recíproco que diera pie al nacimiento de un amor, aunque sólo fuera por esa noche. A pesar de ello, se preguntaba: "¿Qué esperas de Sandra?, ¿realmente te sentirías bien a su lado, podrías luchar contra la distancia y contra vuestras diferencias?". Y es que Ray se daba cuenta de que el posible nacimiento de esa relación, podría llevar a dos corazones distintos y lejanos, a una dura lucha por caminar juntos a lo largo de varios años, antes de lograr unir sus destinos. A pesar de todo, él se armó de valor y continuó la lucha por su corazón.

La noche tocaba a su fin, y la pareja cansada de los bailes y aturdida por el efecto de la fiesta, charlaba en la plaza que tras el

baile había quedado sin gente. Llegaron a conocerse mejor, y permanecieron inseparables mientras la luz del sol aparecía en el cielo. Regresaron a casa, tomaron un café y esperaron a que todos se hubieran acostado para aumentar su intimidad. Tras unos minutos decidieron acostarse. Ocuparon distintas camas en la oscura habitación. A pesar de ello la distancia no fue suficiente para evitar que juntaran sus manos. Mientras todos dormían comenzaron a conversar:

-"¿Por qué estamos separados?, ¿tiene sentido obligar a nuestras manos a unirse en este espacio que separa las camas?" -preguntó Ray.

Sandra tímidamente contestó: -"creo que es injusto".

Tras un fugaz silencio, Ray continuó la conversación: -"Sería maravilloso poder estar junto a ti, abrazarte, sentirte cerca..." -en ese instante, una sonrisa apareció en el rostro de Sandra. La ternura acompañó su belleza. Ray enmudeció emocionado y pudo escuchar las palabras de Sandra: -"Si lo deseas, puedes venir junto a mí". El muchacho, algo avergonzado, se acostó al lado de ella. Una vez juntos, se abrazaron durante el resto de la mañana, escucharon el rápido latir de sus corazones y se sintieron cerca en el mundo de los sueños.

Al despertar, una gran tristeza invadió el corazón de nuestros amigos. Era irremediable, a las siete de la tarde partía el tren que devolvería a Ray a su ciudad. Atrás quedarían todos los momentos compartidos, desconocían cuando volverían a verse, quizá todo el amor desaparecería en la distancia, en el tiempo, en la imagen de otra persona. Pero a pesar de todo, sabían que siempre quedarían los recuerdos de aquel verano en la playa, de aquella noche de fiesta, y sobre todo de aquella mañana en la que abrazados pudieron compartir dulces sueños. Todo esto nunca desaparecería, formaría parte de sus vidas.

Desconozco el verdadero final de esta historia, pero tengo la corazonada de que Ray y Sandra se encontraron de nuevo en otros parajes románticos, reconstruyeron su amor y por fin consiguieron unir sus destinos. Fueron felices. Habían conseguido hacer más importante su amor que el mundo cotidiano existente en sus ciudades.

Esta pequeña historia no tiene final, ya que serán muchas las veces que algo parecido aparecerá en vuestras vidas. Cuando esto ocurra recordad que toda fantasía es posible por muy complicada que sea vuestra situación en ese momento. La única manera de que uno no se quede con la sensación de que ha perdido una oportunidad, es intentar que esta fantasía se haga realidad. Ray y Sandra lo intentaron y lo consiguieron, espero que vosotros tengáis la misma suerte.

Pedro Roda

UN DÍA OCIOSO

Me siento triste.
Necesito una música suave
que excite mi melancolía.
Sólo un corazón solitario
comprende la nostalgia.
Los ecos de los sonidos
transforman el silencio.
El sol se coloca
en plan estrella.
Crepúsculo.
Breve movimiento mágico
de magnificencia.
La gloria apoteósica se desvaneció.
El placer sólo dura un instante.
Pero aún ante mis ojos
llameaban los rayos rojos.
Brillaba el más bello mármol
en un mundo maravilloso

Miguel Ángel Valero López

DON JUAN

(extracto de las memorias de una doña Inés)

...Luis con cierto esfuerzo. Pero finalmente Luis fue rendido y empezaba una nueva aventura. Quizá la más interesante de aquellos años locos. La de don Juan, el burlador de Sevilla, el galán más temido

por todas las familias honradas y el plato más apetecido por cualquier mujer, no menos por esta.

La caza de don Juan fue la más preparada. Todo estuvo planeado de antemano y cada acción, cada gesto o palabra fueron premeditados. Nunca se trabajó tanto para doblegar la voluntad de un hombre, pero tantos trabajos dieron, afortunadamente, sus frutos.

Lo primero fue tender la trampa. Yo era nueva en Sevilla y pude mantener el incógnito acerca de quién era a la par que me ocupaba de que las gentes se enteraran de mi presencia. Nadie supo quién era yo. Todos creyeron lo que se les aseguró. ¿Por qué iban a desconfiar? Me costó mi buen dinero encontrar un actor adecuado para el papel de mi padre y una pequeña fortuna instalarme en la ciudad.

Yo era la joven e inocente Inés, hija única del marqués don Fadrique, desolado viudo y caballero ejemplar. Un viejo caserón algo remodelado y una servidumbre escasa y eficiente, incluida la inevitable dueña, completaban el decorado.

Nuestra llegada fue acompañada por los rumores que extendieron los míos en los lugares adecuados. Cuando fuimos invitados a la primera fiesta, ya sabían todos que acabábamos de llegar desde Florencia huyendo del doloroso recuerdo de la muerte de mi madre, bella dama toscana que se convirtió en el más firme apoyo de mi padre. Él, insigne embajador del Imperio, quedó prendado de su belleza y gracia sin iguales y fundó una familia con ella de la que el más preciado fruto fui yo, su única hija y espejo de las virtudes maternas, tanto en lo físico como en lo espiritual.

A aquella fiesta no acudió el famoso don Juan. Los duques de Medina Sidonia, quienes la organizaron, no consideraron deseable la presencia de aquel caballero notable tanto más por sus conquistas que por su abolengo. No estaba él pero era el lugar más adecuado para completar la comedia. Aparecimos mi padre y yo de riguroso luto. Él con rostro reseco por los años y el dolor, pero altivo y orgulloso. Yo, triste y silenciosa, no medié apenas palabra en toda la fiesta, pero bella y candorosa. A todos los caballeros que se me acercaron se les apartó contándoles el final de la triste historia: el padre y la hija, profundamente afligidos, habían marchado desde la bella Florencia a la tierra de sus antepasados para alejarse del dolor y la hija mantenía, en

su aflicción, la firme determinación de entrar novicia no bien su padre, reticente a ver alejarse a su hija cuando la madre ya había marchado, diera su permiso.

Todos se condolieron sinceramente por la pena de aquella honrada familia y muchos quedaron prendados del encanto y belleza de la hermosa señorina. Al día siguiente, toda Sevilla comentaba la triste historia y ensalzaba la belleza sin par de la dulcísima marquesita. La trampa había sido tendida, sólo había que esperar que las noticias llegaran a oídos de don Juan para que él, goloso, acudiera a la miel que se le ponía en bandeja.

No tardó en llegar el momento esperado. Poco a poco y día tras día la nobleza de Sevilla fue desfilando por nuestra nueva casa para presentar sus respetos a tan distinguida familia. Por fin se presentó también don Juan. La primera impresión fue en verdad agradable. Don Juan era todo un caballero. Saltaba a la vista tanto por el porte y ademanes como por su aspecto. Seguro en el caminar, alto, fuerte y altivo, de mirada firme, enseñoreándose a cada paso. Era sobrio en el vestir pero sin evitar algún adorno, elegante. Vestía sayón y leotardos claros, cinturón y botas oscuros de piel parda, una capa roja y un sombrero de igual color rematado por una pluma verde. Saludó a mi padre con gesto severo, sin afectación, demostrándole su aflicción compartida y su respeto. Luego se dirigió a mí. Su rostro era en verdad hermoso. Su cara pálida y algo aniñada, su melena rubia y su barba escasa y rizada contrastaban notablemente con la seguridad de su mirada. Sus ojos, de un azul vivo, eran misteriosos y penetrantes, con una embriagadora mezcla de dulzura y malevolencia. Se acercó a mí, hizo una graciosa reverencia, me tomó la mano y la acercó a sus labios dedicándome a la par una mirada sugerente.

-Tan hermosa joven hace honor a tan afamada, y tristemente perdida, madre.

Yo me ruboricé. Miré a sus ojos intensos y bajé los míos vergonzosa a la vez que retiraba la mano de entre las suyas. Él se levantó y me miró divertido, confiado en su encanto y decidido, así lo interpreté ya entonces, a rendirme. No podía ser de otro modo. La deliciosa mezcla de candidez y belleza con que lo recibí tenía que obrar aquel efecto en él.

Me imagino que nada más irse procuraría informarse sobre mí, si no lo había hecho ya de antemano. Pero don Juan era discreto y, al menos en ese momento, no se acercó todavía a ninguno de mis criados para hallar respuesta a sus preguntas.

Hasta aquel día había permanecido encerrada en la casa y aún prolongué el encierro por unos días más. Después hice correr el rumor de que mi padre, preocupado por mi salud, me había ordenado salir a pasear cada tarde con mi dueña a pesar de que yo no deseaba hacerlo. Una vez conocido don Juan había que darle la oportunidad de acercarse a mí y aquel era el fin de los obligados paseos.

Además de servir para extender la fama de mi belleza, aquellos paseos cumplieron a su fin. Don Juan no podía resistirse a la tentación. Una joven pura e inocente como yo era un plato bastante apetecible, pero si además era una joven bella cuya hermosura corría de boca en boca entre las gentes de la ciudad entonces para don Juan se trataba de un asunto de amor propio. Debía conquistar, como de costumbre, a la más hermosa de las mujeres.

Así que no me extrañó que a los pocos días de iniciar los paseos con mi dueña don Juan se cruzara en nuestro camino de un modo tan casual como casuales eran nuestras salidas.

-¡Qué sorpresa, doña Inés! Muy buenas tardes a la compaña.

Don Juan habló con alegría y, naturalmente, intentando agradar no sólo a la dama sino también a la dueña, a quien, sabía, tenía que conquistar antes para poder llegar al plato apetecido.

-Tenga cuidado, señorita. Es el famoso don Juan -me avisó la dueña en voz alta.

-Famoso es en verdad don Juan -replicó él con su más dulce voz-, pero más de lo que merece y por gracias que no son las suyas.

Yo, cómo no, bajé los ojos al suelo, simulando turbación y devolví el saludo.

-Buenas tardes, caballero.

-No temáis, señora. Don Juan nunca se atrevería a intentar cortar la más bella flor de Sevilla y permitir que se marchitara.

Bien sabía yo que don Juan sí se atrevería a tal cosa e incluso a más. Si hubiera pensado lo contrario no se me habría ocurrido organizar aquella costosa comedia. Cuando don Juan dijo estas palabras

yo lo miré de reojo y entonces mi dueña, bien aleccionada, me tomó del brazo y me hizo continuar el paseo.

-Adiós, señor -dijo ella con una mirada desconfiada y yo tuve que ocultar una sonrisa.

-Adiós, bellísimas damas -dijo él, hizo una reverencia y continuó su camino.

Yo miré hacia atrás con timidez y me encontré con sus ojos observando los míos. Simulé rubor y volví la vista al frente de repente. Ya no tenía dudas de que don Juan había caído en la trampa. En sus ojos había visto determinación, confianza y satisfacción. De antemano me consideraba casi rendida y con toda seguridad tardaría bien poco en iniciar su ataque a mi débil fortaleza. Sin duda le habíamos engañado y don Juan el burlador iba a ser rendido.

No me equivocaba. Al día siguiente, antes del paseo, la dueña me enteró de que un criado de don Juan había hablado con ella para convencerla de que debía dejar paso libre a su señor, para lo cual la animó con una hermosa bolsa de dinero. Ella, de momento, no había aceptado y yo le ordené que se hiciera la fuerte durante unos días porque así el deseo de don Juan sería mayor y la bolsa de dinero más pesada.

En el paseo don Juan se nos cruzó por el camino. Me dedicó una de sus turbadoras miradas y sonrió, pero yo me mostré altiva e indiferente, supuestamente ofendida por su falta de respeto. Pero don Juan no se vio afectado por mi actitud, estaba seguro, creo yo, de que sus encantos habían calado ya hondamente en mi corazón y yo, por supuesto, no tenía intención de desengañarlo.

Al cabo de cuatro días fue el mismísimo don Juan quien se presentó en la casa para convencer a mi fidelísima dueña. Como yo había pronosticado, la bolsa fue mayor y don Juan acompañó el tintinear de las monedas con su labia lisonjera. Mi dueña, con buen criterio, aceptó la oferta y, a cambio, le concertó una cita conmigo en mi propio cuarto. Ella le franquearía de algún modo la entrada aquella misma noche. Don Juan se fue confiado y la dueña vino a mí con el cuento. Yo alabé su discreción y entre ambas convinimos como tendría que producirse la entrada del caballero. Pusimos sobre aviso a todos los

criados para que nadie se cruzara en su camino y yo me puse a pensar en el tipo de recibimiento que haría a mi galán.

Cuando dieron las diez, uno de mis criados me trajo aviso de que un hombre embozado se acercaba a la casa por un callejón trasero. La dueña fue a recibirlo, pues sin duda era don Juan, y yo me arrodillé en el reclinatorio para rezar antes de acostarme como la piadosa mujer que pretendía ser.

Al poco oí su dulcísima voz en el quicio de la puerta.

-Doña Inés, perdonad a este loco enamorado.

-¿Quién sois? ¡Por Dios, y a estas horas!...Sois vos, don Juan. ¿Qué hacéis aquí?

Me volví y lo miré con una perfecta mezcla de rubor y enojo. Él estaba ya dentro de la habitación. Su aspecto era impresionante y dudo de que muchas mujeres hubieran resistido a su encanto. Me miró con dulzura, como si en verdad lamentara el sacrilegio de entrar en mis aposentos, como si limosneara de veras amor. Pero en el fondo de aquellos ojos yo veía la verdad, la premeditación, el control de sí mismo. Yo no era su amada sino su negocio. Aún no estaba enamorado de mí, pero con el tiempo y mi habilidad todo se andaría.

-Perdonad, doña Inés, mi atrevimiento. Pero no podía soportar un día más vuestra indiferencia ni compartir en silencio vuestra tristeza.

Yo, en ese momento, adquirí un gesto de determinación. Me levanté, me dirigí a la puerta y la cerré con llave de modo que los dos quedamos encerrados. Fuera lo que fuese lo que don Juan supuso que significaba ese gesto se llevó, seguramente, un chasco.

-Si no fuera por mi padre os denunciaría -dije mirándole directamente en los ojos-. No comprendo este atrevimiento aunque, claro, sois el famoso don Juan y tenéis que asaltar a las doncellas inocentes.

-Mi señora, ¿cómo podéis decir eso de mí? -dijo con voz afligida.

-La fama de don Juan es bien conocida. Pero no me queráis enredar en vuestras palabras. Sabed que no os deseo, ni deseo vuestra presencia. Si os hubiera visto mi padre no habría soportado este nuevo dolor añadido a sus pesares. Por favor, señor, marchaos. Sabéis que voy

a entrar al convento, no tratéis de nuevo de contrariar una firme voluntad. Marchaos y os quedaré por siempre agradecida.

Don Juan me miraba fijamente, pero esta vez con gesto de sorpresa, impresionado por mi inesperado carácter. Creo que por primera vez estaba interesado por mí. Antes de que su dulce voz intentase de nuevo embriagarme, me acerqué al balcón, me asomé al exterior y miré a ambos lados para asegurarme, pretendidamente, de que nadie había en la calle.

-Por favor, salid por esta ventana -le dije con determinación, sin dejarle reaccionar-. Salid ahora que no hay nadie y me olvidaré de que esta noche habéis turbado mi paz.

En ningún momento le di la impresión de duda, no mostré ningún interés por él y tan sólo le tomé de un brazo para llevarlo hasta el balcón y animarlo a saltar el piso que lo separaba del suelo.

-Si así lo queréis me iré -dijo con su inocencia mejor fingida-. Pero no me pidáis que deje de amaros.

Y entonces me sonrió, me lanzó un beso con la mano y saltó a la calle sin dudar. Se oyó el ruido seco de sus botas al chocar contra el suelo y don Juan desapareció en la noche.

No pude evitar reírme en voz alta. Había conseguido que don Juan se fuera de mi cuarto sin lograr nada y que se arrojase por el balcón sin ninguna razón verdadera. Y lo que es más, tenía la convicción de haber entrado con buen pie en el díscolo corazón del galán. Pero no era cuestión de confiarse al diablo. Don Juan todavía no estaba rendido ni mucho menos y si yo había desplegado mi farsa convincentemente, él podría haberme engañado igualmente. Claro que, fuera como fuese, mi carácter acabaría por burlarle.

Abrí la puerta. Llamé a la servidumbre y les ordené que en días sucesivos no dejarán acercarse a don Juan por ningún motivo. Luego, le conté a mi fingida dueña lo sucedido y ambas nos reímos durante un buen rato. Y es que las aventuras, si no se cuentan, parecen menos importantes.

Mantuve el castigo de don Juan durante unos días. Para hacerle sentirse herido en su amor propio y que madurara en su interior el deseo que por mí sentía. Pero como la ausencia, si es muy

larga, puede enfriar el corazón, al poco tiempo volví a salir de paseo con mi dueña. Y, cómo no, don Juan volvió a asaltarnos en el camino.

-Afortunados los ojos que os ven -me dijo con una sonrisa-. Perdonad mi nuevo atrevimiento, pero comprended que sois como una de esas drogas que se prueban y no se pueden abandonar jamás. Sois como uno de esos filtros pero más poderosa.

-Por favor, caballero, controlad vuestra lengua -le dijo la dueña con un guiño, simulando pretender guardar las apariencias ante mí y no descubrir su fingido doble juego.

-Por favor, señora, déjeme sola con este hombre. He de hablar con él en privado.

La dueña simuló sorpresa ante mis palabras y don Juan sonrió ampliamente, seguro ya de su triunfo. La dueña se retiró y quedamos solos nosotros dos.

-Creo que quedó perfectamente claro, señor, que no quería volver a verlo. ¿Acaso no le he prohibido la entrada a nuestra casa?

-Sí, pero lamento no poder controlar los impulsos de un corazón acelerado -me replicó con ternura, intentando derretir la mirada de hielo con que yo le obsequiaba-. Comprended, doña Inés, que vivo loco por vos, que muero por vuestra ausencia. No hagáis caso de los cuentos que de mí se dicen. Mi corazón es sensible y vos lo estáis rompiendo en pedazos cada día que me cerráis la puerta del vuestro.

-No es que dude de vuestros sentimientos -me excusé volviendo a adoptar un gesto lleno de rubor y timidez-. Pero yo no os deseo como vos a mí. No puedo hacerlo. Estoy comprometida de todo corazón con Él y Él es el único y verdadero dueño de mi alma.

Con estas palabras volvía a herirle en su vanidad y le recordaba que yo era un ideal de inocencia, castidad y pureza.

-Si decís eso, mi señora, es que no tenéis corazón. Es fácil amar a Nuestro Señor, pero es más fácil rechazar a un amante sólo por ignorancia. Si no sabéis lo que es amor, ¿cómo no dudáis en rechazarlo? Si en verdad tenéis corazón y no una máquina de palpitar, me daréis una oportunidad de enseñaros lo que es el amor y sus delicias. Tal vez yo no os merezca, pero no puedo vivir sin vos.

Don Juan había pasado gradualmente del tono altivo al humillado, de la voz clara al susurro, de la alegría a la más honda pena.

Se hincó de rodillas, me miró con ojos irresistibles, haciéndose el vencido intentó vencerme y yo consideré que era llegado el momento de dar un paso más en la caza.

-Por favor, no os humilléis -dije y le ayudé a levantarse-. Será como vos queráis. No quisiera ser yo la causa de vuestros males -y al decir esto me permití dibujar una sonrisa pícara que le hiciera pensar en mi rendición incondicional-. Me esperaréis mañana aquí mismo y a esta misma hora. Y, por favor, sed discreto.

Don Juan se sabía victorioso, pero aún no había llegado a mi lecho y todavía tardaría en hacerlo. Antes de concederle la victoria en la batalla, tenía yo que saberlo rendido en la guerra. Si él confiaba en sus encantos para conquistarme, y a fe que su belleza y talento eran tan notables que no me sorprendía que fuera capaz de enamorar a tantas mujeres como se decía, también yo estaba segura de que mis encantos no eran menos y de que hasta el más fascinante de los hombres habría de entregarme las llaves de su corazón aunque lo hiciera contra su voluntad, si es que para entonces conservaba algo de voluntad que vencer.

Como había prometido, me presenté allí al día siguiente. Don Juan estaba ya esperando. Me besó la mano, yo la retiré después y ambos caminamos durante un buen rato charlando amigablemente, sin yo permitirle ninguna libertad y además yo llevé la conversación hacía los temas que consideré adecuados, los temas que a mí me permitían mostrarme encantadora y a él le impedían acometer su ataque.

Creo que volví a sorprenderle, tanto por la naturalidad con que había escapado de sus requiebros como por la inteligencia que desplegué en nuestro diálogo. Aunque no era aquella su intención inicial, tuvo que oír a una mujer y acabó por escucharla complacido. Él también habló con discreción y tengo que decir que su encanto estaba tanto en su lengua y maneras como en su aspecto.

Tal vez para entonces don Juan aún no estaba enamorado de mí. En todo caso, yo dejaba entrever que el buen mozo poco a poco sí estaba llegando a mi corazón, pero todavía mantenía las distancias. Él tal vez no estaba enamorado, decía, pero mi discreción y mi talento creo que habían elevado la idea que guardaba de mí en el pensamiento y creo que mis numerosos encantos contenidos y apartados de su mano

habían exacerbado sus deseos hacia mí. Probablemente, mi conquista y los frutos que esta diera eran su máxima prioridad en aquel momento.

Pacientemente, don Juan acudió a nuestras citas día tras día y se limitó a pasear, charlar y admirarme. Aunque seguramente lo devoraba el deseo, no lo dejaba traslucir ni en sus palabras ni en sus gestos. Por fin, un día se me quedó mirando fijamente y me dijo:

-Señora, sabed que estoy locamente enamorado de vos.

Dicho esto me sonrió e intentó besarme. Sus labios apenas tocaron los míos. No pudieron. Le di una sonora bofetada en la mejilla y lo miré con odio.

-Señor, creí que habíais comprendido que sólo éramos amigos. Sigo firme en mi intención de hacer votos. Me temo que tendré que prohibiros estos encuentros.

Don Juan ahora sí aparecía de veras sorprendido e irritado. Se frotaba la mejilla incrédulo, dolorido mucho más en su orgullo que en la carne. Yo sabía que sus palabras habían sido falsas, pero él no podía imaginar que mi reacción había sido tan premeditada como su discurso. De hecho, yo había estado esperando aquel beso desde hacía días. Don Juan, con más trabajo del que demostraba, se tragó su ira y su orgullo y me miró con ojos lánguidos, simulando turbación, vergüenza y una timidez que nunca había poseído.

-Lo siento, Inés, perdonad este loco impulso. No volveré a tocaros pero, por favor, no me privéis de vuestra compañía. Me moriría si no pudiera veros.

Yo le dirigí una mirada mezcla de ira y resignación.

-No creo haberos dado permiso para llamarme por mi nombre ni creo adecuado seguiros viendo. Si sufrís mal de amores como decís, la mejor cura será mi ausencia pues, de otro modo, no os doy ninguna esperanza. Pero tampoco quiero haceros daño y prefiero que os desengañéis vos mismo.

-¿Me perdonáis entonces?

-Tal vez. Pero por hoy basta. Vayámonos a nuestras casas.

-¿Os veré mañana?

-No lo sé.

Dicho esto, me di la vuelta y empecé a andar. Él se despidió con voz trémula. Cuando había dado unos pasos volví la cara y vi que aún

me miraba. Entonces, sonreí tristemente y suspiré en voz alta. Él me oyó con toda seguridad y creo que con esa leve esperanza se quedó conforme e impaciente por volver a verme.

Al día siguiente no me presenté a la cita ni mandé un mensajero para disculpar mi falta. Pretendía hacerle notar mi enfado por lo sucedido el día anterior. Envié, eso sí, un muchacho para espiar a don Juan, el cual, según me contó el criado, había estado esperándome durante un buen rato con humor cada vez más alterado.

Como tampoco pretendía enervar a don Juan de tal modo que acabara por odiarme, al otro día sí acudí a nuestro encuentro. Simulé sentirme incómoda, algo avergonzada y dubitativa. Don Juan, aunque procuró no dejar traslucir sus sentimientos, se mostró aliviado al verme y creo que hasta su rostro se iluminó.

-Gracias por regalarme con vuestra presencia -me dijo obsequiándome con su habitual sonrisa-. Pensé que no volvería a veros.

-No debería haber venido -le repliqué entre ingenua y temerosa.

-Sí, sí debíais. Y yo soy el hombre más dichoso del mundo.

Viendo su cara se podía jurar que lo era. Por fin me había rendido, según él pensaba. Pero igual que su rostro era sólo una máscara de amor, mis sentimientos no eran sino otra máscara mejor fabricada.

Aquella tarde prolongué mi farsa de inocencia y duda y consentí que don Juan me halagara con sus requiebros. Al final, antes de despedirnos hasta el día siguiente, le permití que me besara y dejé que se marchara entre satisfecho de sí mismo y embriagado por mis encantos.

Así se sucedieron los días, yo fingiéndome enamorada y consiguiendo entrar poco a poco en el orgulloso corazón de mi galán. Él, tal vez, pensaba su obra próxima a culminar y no se equivocaba, pero yo también veía que mi tarea, mucho más sutil, iba dando sus frutos. Don Juan, aun sin quererlo, iba a enamorarse de mí, que representaba todo lo que él podía desear en una mujer.

Al cabo, un día le anuncié que no podíamos continuar con aquellos encuentros. Le dije que debía pedir permiso a mi padre para cortejarme o bien marcharse y dejar que yo cumpliera con mi deseo

primero de entrar novicia. No le sorprendió a don Juan mi disyunción, antes bien, creo que la esperaba y hasta deseaba ver llegado ese momento para satisfacer su amor propio. La doña Inés que tanto se había resistido, o tanto había fingido resistirse, al encanto de don Juan, le pedía en ese momento que se quedara con ella, que la cortejase seriamente. Es probable que don Juan sintiera deseo de marcharse con viento fresco. El corazón de doña Inés había sido conquistado y podría ufanarse de una burla más. Pero, si se iba entonces, la burla no sería completa. No bastaba con rendirme, tenía que amarme y poseer tanto mi cuerpo como mi alma, el uno tan apetecible como dulce la otra.

Don Juan simuló tristeza. Se enojó porque pudiera dudar de su amor. Me aseguró que hablaría con mi padre y se lamentó de que su mala fama, no merecida, tal vez le cerraría las puertas de mi casa. Y, por fin, se decidió a dar el paso decisivo.

-Inés, yo haría cualquier cosa por vuestro amor. Yo os amo como nunca lo ha hecho nadie. Pero no estoy seguro de que vos me améis igual. Me habláis de cortejo cuando yo hablo de corazones y me amenazáis con vuestra ausencia cuando sabéis que moriría sin vos.

Don Juan me dirigió una mirada lánguida y suplicante. Yo no le recriminé esta vez por llamarme tan sólo Inés, simplemente le sonreí con cierta malicia y, simulando candor, le hice la propuesta que había esperado durante tanto tiempo.

-¿Necesitáis acaso alguna prueba de mi amor?

Don Juan no pudo evitar devolverme la sonrisa con un brillo de sus ojos. Suspiró y replicó con voz desmayada:

-Tal vez. No dudo de que me queráis, pero no estoy seguro de que me améis como yo a vos.

Su voz era sincera, su mirada era franca, todo él despedía un halo de pureza y yo, sin embargo, sabía que por dentro estaba ya celebrando una victoria que yo no le iba a negar. Bajé los ojos, los alcé después para mirar a los suyos y le dije:

-Está bien. Si necesitáis más prueba de mi amor que mi palabra y mis actos, os esperaré esta noche en mi cuarto y os demostraré que en verdad os amo con todo mi corazón.

Don Juan me besó con dulzura y se mostró alegre y agradecido por mi oferta. Pretendió rechazarla sin convicción pero al final

convinimos en vernos a determinada hora con ayuda de mi dueña, quien le franquearía el paso a mis habitaciones. El resto de la tarde don Juan lo pasó colmándome de atenciones y amabilidad. Cuidando, satisfecho, a la presa que aquella misma noche iba a ser víctima de las garras del lobo.

Por la noche di orden a los criados y hasta a mi fingido padre para que se marcharan. Mi dueña tenía que dejar entrar a don Juan y luego marcharse del mismo modo. Me engalané del mejor modo posible, me perfumé y usé de bálsamos para embellecerme. Arreglé la habitación, en especial la cama, y esperé con tranquilidad la llegada del gran conquistador.

La dueña me avisó de que se acercaba por el callejón igual que la otra vez. Ensayé mi más verídico rostro de pudor y temor y le ordené acudir a la puerta para recibirlo. Oí abrirse la puerta, un cuchicheo y los pasos seguros, pero cuidadosos, de don Juan al ascender por la escalera. La dueña se marchó y ambos quedamos solos. Don Juan abrió la puerta de mi cuarto. Yo lo recibí con mi gesto temeroso e inocente.

-¿Tenéis miedo? -preguntó don Juan.

-No sé si debí consentiros...

-Si lo deseáis puedo marcharme.

-No, quedaos. Sé que no pretendéis burlarme.

-¿Cómo he de burlar a la mujer a la que amo?

-Por favor, entrad con cuidado no os vayan a oír.

-Descuidad. Nadie se enterará de que he estado aquí.

De eso estaba yo segura. Nadie se enteraría de sus labios pues no iba a poder contar aquella aventura con orgullo.

Aquella noche pasé progresivamente desde la timidez hasta la más completa desinhibición. Dejé que don Juan conociera todas las dulzuras de mi cuerpo, que sin duda eran más de las que él hubiera podido soñar jamás. Y aunque don Juan merecía con creces su fama de amante, creo yo que en aquella ocasión fui yo quien lo poseyó a él y no a la inversa. Aún digo más, creo que fue en aquel momento cuando los sutiles hilos del amor que yo había tratado de tender entre su corazón y yo se convirtieron en recios cordeles que lo ligarían a mí más de lo que él podía suponer.

Don Juan se marchó a regañadientes y sólo obligado tanto por mi insistencia como por la amenaza de ser descubiertos. Si en otras ocasiones a don Juan no le había importado ser descubierto y que su burla se hiciera pública, esta vez pretendía mayor secreto, pues aunque su burla estaba concluida no estaba aún satisfecho su deseo de mí. El mismísimo don Juan había conocido pocas mujeres comparables a mí.

Supongo que don Juan se movió entre la duda de volver a mí y la idea de abandonarme y de hacer notoria su burla. Pero, como no iba a ser don Juan el primer hombre que se sintiera satisfecho con una sola noche a mi lado, aquella tarde siguiente volvió a nuestra cita del paseo. Me burlaría sí, pero antes disfrutaría con creces de mis encantos, se emborracharía de la belleza de mi cuerpo y de mi alma. Pero aquella tarde yo no acudí a la cita. Me enteré de su asistencia por otros ojos que los míos.

Don Juan pensaría que retornaba yo a mi vergüenza y a mi pudor, tal vez arrepentida por haber consentido la noche anterior. Así que, seguro de su poder sobre mí, acudió a la casa y la encontró cerrada. Tal vez pensó que de nuevo se había dado la orden de no dejar entrar a nadie. Don Juan espió por las ventanas entreabiertas buscando a la dueña. Escaló trabajosamente hasta el balcón desde el cual se tuvo que arrojar tiempo atrás. Pero no vio más que un cuarto vacío y recogido. Entonces, cómo no, le sorprendió una voz que dijo:

-¿Quién anda ahí?

-Un caballero -tuvo que decir don Juan.

El que lo descubrió era, por supuesto, un criado mío. Sus ojos espías fueron los que me informaron de sus actos, sus labios mentirosos fueron los que completaron la burla sobre don Juan y de sus manos recibió don Juan la única explicación que tendría.

-Los marqueses se han marchado -le dijo el criado.

Don Juan primero se mostró sorprendido, luego nervioso y finalmente más turbado de lo que quisiera admitir. Don Juan no lo podía creer. ¿Acaso habría descubierto el marqués su aventura y había ordenado su marcha? ¿Ingresaría tal vez Inés en el convento? Sus dudas se vieron más o menos despejadas cuando pidió razón de dónde habían ido. El criado respondió con un encogimiento de hombros y le entregó, como única respuesta, una carta que yo había dejado para él.

Don Juan no disimuló su impaciencia. Rompió el sello, abrió la carta y leyó:

"Mi muy querido caballero:

No me busquéis. No soportaría volver a veros. He tomado mi decisión. No han de interponerse los asuntos de los hombres entre los del cielo. Lamento lo que ha sucedido. Lamento el daño que sé que os hago. Pero no puedo manchar mi alma por vuestra felicidad. Ingresaré en un convento y allí purgaré vuestras penas y las mías. No me añoréis. Sabed que si vos sufrís no sufriré yo menos. Mi padre no sabe nada y así debe ser. No me busquéis y recordad que os amé".

Para entonces don Juan mostraba una mezcla de perplejidad y orgullo. Por un lado le parecía estúpida aquella reacción por mi parte, por otro aquellas palabras lo hinchaban de vanidad.

Pero yo reservaba lo mejor de la carta para el final. La burla no es completa si el burlado no se entera de que lo ha sido. Así, más o menos, proseguía mi carta:

"Bien, don Juan, ¿qué os ha parecido mi comedia?

Soy Inés, pero sólo para vos. ¿Qué importa quién soy en verdad? Tan sólo una mujer que quería probar las delicias de don Juan. Lamento desilusionaros y deciros que no os amo, pero a la vez me alegro de poder decir que vuestra fama es justa y merecida. Pocos amantes hay como vos. Tan es así que he tenido que escapar de vuestras garras antes de que mi corazón se rindiera a vuestro encanto.

Tal vez algún día, si venís por tierras italianas, nos volveremos a ver. Entonces quizá podremos repetir, para placer de ambos, una noche como la pasada.

Adiós. No olvidéis a vuestra amiga".

Don Juan arrugó la carta en su mano. Estaba iracundo. Miró con odio al criado, el cual se hizo el ignorante. Apretó la carta en su puño y se alejó con paso atropellado quién sabe adónde. La burla había sido completada.

Don Juan se sintió herido en su amor propio. Había sido engañado por una mujer. Pero no sólo era eso sino que ella lo había abandonado después de dejarle probar la miel.

Como aventura este habría sido un buen final para la mía, pero me puedo enorgullecer de haber roto de veras el corazón de don Juan.

Según me enteré después, don Juan, tras mi marcha, no volvió a ser el mismo. Se hizo más huraño e irritable. Sus aventuras dejaron de contarse y en verdad creo que no volvió a tenerlas. A pesar de la ira por saberse burlado, don Juan, más que otra cosa, se sintió frustrado. Contra su voluntad había acabado por enamorarse de mí, cómo no, de mí que había representado todo lo que cualquier hombre podía pretender de una mujer: belleza, inteligencia, discreción, bondad, honradez. Había sido la mujer capaz de derretir el corazón del propio conquistador. ¿Qué otra mujer podría compararse después a mí? Para don Juan ya no existió después ninguna. Ninguna más que la que había colmado los sueños del seductor.

Así mi recuerdo lo acompañaría y mi burla le haría sufrir. Don Juan ya no era don Juan sino un simple mortal, sólo era Juan. Juan pasó y llegaron nuevas aventuras. Claro que ninguna como la suya. A veces pienso que también a mí me habría gustado prolongar nuestra aventura. Me costó mucho marcharme de su lado tras aquella noche. Pero por un simple capricho no iba a estropear mi mejor burla. Así lo hizo Juan...

HISTORIAS DEL SI

Al fin aquí me hallo enfrente de mi punto de partida. Salí de aquí hace dos vidas pensando que mi camino era de ida. Pero la triste realidad es que cualquier camino que emprendamos siempre es de vuelta. Me parece tan idéntico es tan ridículo mi engreimiento de antaño al pensar que algo pasa y nada vuelve. No he aprendido nada ¿verdad? Cuanto más te quieres alejar y más deprisa quieres hacerlo más cerrada es la curva y antes vuelves al mismo sitio. ¡Basta ya! de arengas engañosas, siempre he estado aquí y no puedo llegar a otro sitio, cualquier camino diferente de las contradicciones de mi alma es una estúpida perífrasis. Cuantas mentiras nos hace tragar la esperanza, mostrándonos lo bello de lo inalcanzable. Necesito saber que he llegado... Dos segundos antes de pisar el camino ya desvirgado sentiré sensación de vómito y lloraré sobre mi cuento del aprendiz de brujo.

Qué me importa ya, qué inútil me parece mi excursión por este desdichado mundo, la solución siempre la he tenido yo. La vida no es una respuesta es una puta pregunta.

Juan Carlos Jiménez Moreno

¿LIBERTAD RELIGIOSA?

DIOS. ¿Quién es? ó ¿Qué es? ¿Tú sabes quién es Dios? Yo, sinceramente, no. Puede ser una entidad individual y única para los católicos y musulmanes, o puede ser cualquier cosa que esté viva, como para muchos hindúes y para los indios norteamericanos. Buscando una explicación me puse a mirar en las diferentes religiones del mundo. Dios es Alá para los musulmanes, Jehová para los protestantes, Yhavé para los judíos, Dios para los católicos, los gitanos también le han puesto un nombre que ahora no recuerdo. Para los Hari Krishna es Krishna, otras religiones orientales no tienen un Dios, aunque sí consideran al hombre como un ser espiritual con cuerpo y mente, por eso son religiones. Este es el caso del budismo. Buda fue un filósofo religioso al que sus seguidores llamaron "El iluminado" porque consiguió un estado espiritual superior al normal, pero no era un dios ni venía en nombre de ninguno.

Se llame como se llame, en las religiones con Dios, este es siempre una entidad espiritual como un pensamiento, algo que tiene poder sobre la materia, sobre la energía, sobre el tiempo y sobre el espacio. Es un ser ubicuo (que está en todas partes al mismo tiempo) y que tiene tanto poder como puedas imaginar.

Las intenciones de Dios varían según la religión. El dios del Antiguo Testamento es un dios cruel que predica el ojo por ojo y diente por diente, esto es, la venganza, que declara impuras a las mujeres durante la menstruación y también a los animales sin pezuñas o con pezuñas no partidas en dos y a los que no rumian. De esta forma, los conejos eran inmundos porque aunque rumian no tienen pezuñas y por eso no se podían comer (?). La regla de las mujeres ha sido inexplicable durante muchísimos siglos y ya sabemos que lo desconocido, lo que no podemos comprender, puede ocasionarnos miedo y/o rechazo si no lo analizamos aunque sea un poco. Podría darnos miedo aunque fuera una cosa normal y lógica. El que redactó o los que redactaron el Antiguo Testamento prefirieron tachar a la mujer como "rara" durante estos días y como inferior durante el resto. Dejando aparte las burradas del Antiguo Testamento, nos encontramos con el Nuevo Testamento. En él Dios es un ser muy social, que tiene mucho amor por todos y muy

buenas intenciones. ¿No sientes un alivio? A mí si existe Dios me gustaría que fuera así. De todas formas, el Nuevo Testamento también tiene cosas sin sentido, como el árbol genealógico de Jesús para emparentarlo con el rey David y así, ser el Mesías predicho por el Antiguo Testamento. Además, cada apóstol cuenta el mismo hecho quitando y poniendo cosas respecto al otro. Supongo que cada uno escribió lo que le parecía más importante del suceso. Y es que un mismo hecho está sujeto a varias interpretaciones.

No es de extrañar que el sentido de la espiritualidad que ha tenido el hombre desde siempre pueda explicarse de varias formas. Las religiones, todas, son interpretaciones de esta espiritualidad. Todas consideran al hombre como un ser espiritual, en algunas además, está creado por un dios padre, en otras no.

¿Tú sabes la cantidad de sectas que hay en la India o en Estados Unidos? Lo primero es saber qué es una secta.

Secta: Conjunto de personas que profesan una doctrina particular filosófica, política, etc.; especialmente conjunto de los que siguen una doctrina religiosa disidente de la iglesia.

Disidente: Persona que se separa por razones doctrinales de una comunidad, escuela, partido, etc.

Teniendo en cuenta que profesar una doctrina significa seguir una opinión o conjunto de opiniones de una escuela o secta, resulta que una secta es el conjunto de personas que secundan, que están de acuerdo con un conjunto de opiniones sobre temas filosóficos, políticos, religiosos, etc. Entonces, una secta no tiene nada de malo en principio. Sí pueden ser peligrosas las enseñanzas de alguna secta, como esa que salió en las noticias hace bastante tiempo y que el cabecilla era un loco que tenía a todos sus seguidores secuestrados en una casa para matarlos. Supongo que hay algunas verdaderamente malas, otras normales y otras verdaderamente buenas.

Por supuesto, uno no tiene por qué estar de acuerdo con todas las sectas, pero negar a una de ellas sin saber qué doctrina tiene me parece una estupidez. Esto es exactamente lo que se hacía en tiempos de la Inquisición, más aún, era pecado no hacerlo al igual que bañarse. En España parece que el espíritu de la Inquisición ronda sobre la cabeza de bastantes. "Si no es la religión católica, es una secta" -dice

Fulanito en sentido peyorativo, aunque en realidad habría que decir "es una mala secta o una secta perjudicial" ¿no?

Yo abogo por la libertad religiosa y porque, aun estando uno bautizado según la religión católica, pueda elegir la religión (interpretación de la vida como espíritu) que más le guste. Y no me llames hereje que la Inquisición está pasada de moda.

Maricarmen Montero Camacho

A veces me olvido de ti
más no creas que te olvido
Bajo la luna, aquella noche
brillabas tú más encantadora
¡Tan bella aparecías bajo tu hechizo nocturno!
La noche oscura acariciaba tus palabras
mientras yo mesaba tus cabellos
En el silencio, alternativamente, tus suspiros
mis alabanzas a la blancura de tus rayos
A veces huyo de ti
mas no creas que te huyo
Es sólo el miedo a errar
tomando el camino equivocado
¡Tan deliciosa aparecías aquella noche
esculpida en aquel lecho como en piedra!
No pude por menos que beber,
probar de tu boca el cáliz envenenado
¡Tan arrogante y caprichosa se veía tu sombra!
que luego fui presa del pánico.
Mas no creas que te he olvidado.

Narciso Tuera

JAIRO

Soy una estatua de bronce.

Cada día veo pasar a mucha gente y mucha gente me ve...permanecer. La gente reacciona de muchas formas ante mí, hay gente a la que gusto pero se avergüenza de mí...me miran distraídamente no sea que alguien se dé cuenta de que me mira y se ría

de él por mirar a un trozo de metal. Jairo es de esta clase de personas, es una persona muy ocupada y si tú le preguntaras, te diría que soy una escultura contemporánea de rara belleza para estar en la calle. Sin embargo lo cierto es que habla conmigo. Cuando pasa junto a mí por las mañanas se tapa la boca con la mano y mientras simula una ridícula tos susurra: buenos días... y mira a un lado y a otro para asegurarse de que no le ha oído nadie. Jairo es lo que podría denominarse un realista por exposición excesiva a este fenómeno. Cuando era pequeño sus padres se divorciaron y tuvo que vivir con una madre que jamás ejerció de tal, y a la que él mismo tuvo que ayudar a salir de la droga y del alcohol durante su adolescencia. Cuando él tenía 23 años su madre murió y su padre le acabó de demostrar que realmente estaba solo... después paso lo que en el mejor de los casos suele pasar: si no te ahogas en un pozo no tienes más remedio que salir y en esa salida Jairo perdió algunas cosas... y por eso le costaba saludarme abiertamente... Salvo en una ocasión:

Era una tarde de abril y Jairo volvía a su casa después de un día bastante duro. Entonces me vio y advirtió que no estaba sola pues Miguel, un amigo mío de unos siete años, me contaba las peripecias de hoy de sus dibujos animados favoritos. Esto hizo mucha gracia a Jairo quizá porque también él hubiera querido hablar conmigo así pero sus prejuicios realistas no le dejaban. Se quedó observando un poco más y ya se iba a ir cuando apareció una mujer gritando. Tenía el aspecto que tienen esas señoras que se pasan todo el día arreglándose pero que jamás llegan al final del proceso. Se acercó a Miguel y le gritó:

-Niño estúpido, tal vez si hubieras hablado alguna vez con tu padre en vez de con esa estúpida estatua él no se habría ido con esa furcia, no ves que no te oye, ni te entiende pedazo de cabrón.

Y comenzó a dar tortazos al niño mientras le gritaba:

-No ves que no te oye ni te entiende hijo de puta ¡no te oye!.

Jairo que había observado la escena se acercó a mí y me dijo:

-Hola qué tal estás hoy, yo bien aunque el día ha sido un poco duro y Ramírez se ha portado como un cabroncete pero por lo demás...- Allí estaba aquel hombre de traje oscuro y de unos treinta y pico años hablándole a una estatua, la mujer dejó de pegar al chico y contempló sorprendida la escena, además otras personas que también habían

observado el suceso se sumaron a la "animada charla". La mujer de repente se sintió muy avergonzada y cogiendo a Miguel por el brazo se marchó. Jairo me miró y me dijo:

-Hasta mañana mi imperturbable pero perturbadora amiga -y también se marchó entre los aplausos y la algarabía general... y esa fue la única vez en que Jairo me habló abiertamente.

Juan Carlos Jiménez Moreno

RETRATO MARINO

Navegante veterana
atrapa el viento entre sus velas.
Provocativa
con su cuerpo galeón
quilla alta
amplitud en la popa
mascarón de proa en el rostro.
Escote ya maduro
aún con nostálgicas turgencias.
Navío a la deriva
arrojado sin piedad entre violentas olas.
Sólo salva su sonrisa de agua dulce
y su mirada verde,
cristalina,
reflejo de un amor irrenunciable.
Fragancia marina
que me devuelve
los mejores recuerdos de una vida.

Miguel Ángel Valero López

EL SERMÓN DE LA PLAZA

La Plaza Mayor de Junipundia estaba llena de gente. Era día de fiesta y buena parte de los junipundistas acudían, según la tradición, a pasear por la gran plaza de la ciudad. No era una cuestión de diversión sino de costumbre. Pasear no resultaba agradable bajo el sol, pero los junipundistas llevaban años visitando la plaza los días de fiesta y no iban a dejar de hacerlo ahora.

Lo que no sabían los ocupados ciudadanos de Junipundia era que aquella jornada su vida iba a cambiar. Juljunipar iba a dar aquel día su primer sermón público. No fue algo premeditado sino que el propio Juljunipar paseaba complacido bajo el sol hasta que decidió empezar a hablar. Aquella primera homilía sería la que decidiría el futuro de Juljunipar y el de sus seguidores, que ya fueron muchos tras aquella primera jornada.

Muchos eran los junipundistas que caminaban despreocupadamente, o no tanto, por la plaza de la ciudad. Muchos de ellos observaron extrañados a aquel sujeto que se puso en el centro, subió los escalones que servían de pie al monumento del gran héroe de la ciudad y comenzó a hablar a aquellos que lo quisieron escuchar, que fueron bastantes, puesto que cualquier novedad o extravagancia es suficiente aliciente para despertar la curiosidad humana.

-¡Amigos -dijo Juljunipar-, escuchadme! Hoy es un día hermoso y quiero hablaros, aunque seré breve.

Y muchos, tan sólo porque así les había sido ordenado, escucharon, y otros, sin haberle oído hablar, también se acercaron en busca de diversión.

-¿Estáis satisfechos con vuestras vidas? -comenzó Juljunipar- Vuestras respuestas serán diversas. Os diré la mía: no, porque no puede ser la que yo quiero. No, porque no puedo hacer lo que deseo. No, porque ya está decidido cómo debo vivir. ¿No os sucede a vosotros algo parecido? Y, ¿quién decide qué ha de ser de vuestras vidas?

Al decir esto Juljunipar hizo una pausa. La calidad de su voz y el tono que empleaba eran tales que casi todos los espectadores quedaron prendidos de su discurso. Indudablemente aquel hombre tenía carisma y don de gentes. Era, con seguridad, un tipo notable. Y merecía ser escuchado.

-No os engañéis con falsas respuestas -prosiguió Juljunipar-. Sois vosotros los que fabricáis vuestro presente y vuestro futuro. Me diréis que no, puesto que no os está permitido obrar como deseáis. Y será cierto, pero sólo en parte. Es verdad que, como seres sociales que somos, debemos vivir integrados entre nuestros congéneres y debemos someternos a unas estructuras y modos de vida. Pero, ¿significa eso que debamos admitir sin rechistar todas aquellas normas con las que no

estamos de acuerdo? Tal vez hayamos de tolerarlas, pero nunca aceptarlas, pues está en nuestra mano intentar cambiar todo aquello que no nos complace. Así pues, sois vosotros los culpables de vuestra insatisfacción.

Juljunipar hizo una nueva pausa para contemplar a la concurrencia. Estaba completamente rodeado por junipundistas que lo observaban fascinados, convencidos de que cualquier cosa que dijera había de ser buena y cierta. Por un instante sintió que estaba hablando a un enorme rebaño de ovejas, capaces de actuar en un sentido sólo cuando el pastor o su perro las movían a ello. Se sintió un poco desanimado ante el aparente efecto de sus palabras que, posiblemente, ni siquiera eran comprendidas ni menos aún asimiladas. Pero se obligó a proseguir. Si la gente sólo estaba dispuesta a dejarse mover con las olas, su misión era la de hacerlos despertar para que se movieran por sí mismos. Así que, el que tuviera oídos que escuchase.

-Por eso os digo: ¡actuad! No dejéis que vuestros compañeros, jefes o gobernantes os manipulen. Trabajad para ellos, puesto que no tenéis otro remedio por el momento. Sentid vuestra insatisfacción como algo presente. Pero no os rindáis. No os dejéis manipular por las verdades o mentiras de otros. Fabricad las vuestras propias. Y, ya que habéis de integraros en un mundo imperfecto, trabajad de día en él, pero dedicad vuestros sueños y vuestro tiempo a fabricar un imposible mundo perfecto, a cambiar todo aquello con lo que no estáis de acuerdo. ¿Os dejaríais llevar por la corriente sabiendo que al final sólo os espera el precipicio de una cascada? ¿Por qué entonces fabricáis un mundo, una sociedad y unos valores que no os llenan y que sólo pueden conducir, tarde o temprano, a la catástrofe?

En este momento, a medida que la voz de Juljunipar se elevaba y sus palabras se llenaban de emoción y nervio, los que escuchaban empezaron a lanzar vítores. Juljunipar pensó que así se solían iniciar las revoluciones. La gente decidía seguir a alguien, decidía cambiarlo todo sin saber por qué ni cómo, sin saber qué razones existían para moverse. Quizá por esa misma ceguera de sus ejecutores fracasaban todas las revoluciones. Algunos de sus oyentes se mostraban claramente exaltados, otros sólo se dejaban llevar por la marea. Había, no obstante, algún rostro inexpresivo o incluso irritado entre el público. A

Juljunipar le divertía y preocupaba a un tiempo lo fácilmente que los rebaños humanos podían ser arrastrados hacia lo irracional, aparentemente convencidos por unos argumentos, finalmente engañados por una voluntad más firme o un discurso más hábil. Casi defraudado por sus oyentes -"sus creyentes", pensó por un momento-, Juljunipar lanzó su última arenga:

-Creéis que me escucháis, pero estáis sordos, y también ciegos. Pero no me importa, porque estoy dispuesto a intentar salvaros de vosotros mismos, que es el único modo de poder salvarme yo. Así que, el que quiera seguirme que lo haga y el que no, que se vaya.

Calló Juljunipar y los vítores se repitieron por doquier. Cientos de descerebrados clamaban por su nuevo héroe-líder-salvador. Juljunipar no pudo evitar que una sonrisa sardónica asomase a su rostro. Se rió levemente y agitó negativamente la cabeza. No obstante, se fijó que unos cuantos espectadores del improvisado espectáculo comenzaban a alejarse. Algunos de los que se marchaban parecían compungidos, otros irritados, alguno había incluso que, en vez de irse, trataba de hacer oír sus inútiles protestas contra el sermoneador en mitad del griterío. Aquello animó a Juljunipar. Aquellos que no habían tragado sus palabras sin más, aquellos capaces de oponerse y criticar, aquellos que tenían carácter y voluntad, aquellos significaban la esperanza. Juljunipar supo que había de escoger sus discípulos entre aquellos que, puño en alto, trataban de replicarle.

-Ahora marchaos -dijo inesperadamente Juljunipar y se hizo el silencio-. Ahora marchaos -repitió una vez acalladas las voces para que todos pudieran comprenderle- y meditad acerca de lo que os he dicho.

"¿Dónde estaba la acción prometida?", se preguntó buena parte del público. ¿Iba a terminar ahí el espectáculo? Si era así, aquel orador les había estado tomando el pelo, y eso era algo que no estaban dispuestos a permitir.

-Meditad, pero no olvidéis. Porque yo volveré y os intentaré llamar de nuevo, aunque no sé si seréis capaces de seguirme. Idos pues.

Ante frase tan terminante y redonda muchos oyentes se abstuvieron de lanzar la última exclamación que había acudido a sus labios, un irracional "sí, te seguiremos, tú serás nuestro líder-maestro-salvador". En lugar de eso empezaron a marcharse y Juljunipar se fijó

en los rostros de sus críticos. Algunos de los que trataban de replicarle mostraban el ceño fruncido, en un gesto de incomprensión. A estos Juljunipar los miró directamente a los ojos, pero no les hizo seña alguna. Cuando todo el gentío se dispersó aún quedaban cinco personas rodeando a Juljunipar, cinco de aquellos ceñudos dispuestos a rebatir sus argumentos.

-Amigos -les dijo entonces Juljunipar sonriéndoles abiertamente-, ahora podremos discutir tranquilamente nuestras opiniones. Creo sinceramente que llegaremos a entendernos y entonces ya no estaréis irritados conmigo.

Los cinco se mostraron sorprendidos ante aquel talante dialogante del nuevo orador. Discutieron un buen rato y acabaron coincidiendo en algunos puntos aunque no en otros y, claro está, los puntos de coincidencia fueron diferentes según los interlocutores. No obstante, los seis decidieron proseguir juntos su camino. Juljunipar estaba satisfecho. Había encontrado sus primeros cinco apóstoles con los cuales intentaría transmitir su mensaje.

Juan Luis Evangelista
(de Juljunipar el Junipundista)

SENDEROS QUE SE BIFURCAN
(TRES PENSAMIENTOS DE UN CORAZÓN ATURDIDO)

-Pudieras haber sido tú la miel anhelada
mas no creo que a estas alturas caminemos ya por caminos distintos

-Tal vez fueras tú la chispa que encendiera mi alma incandescente (Quizás, es sólo una posibilidad)

-Más probablemente sea sólo necedad de este mi corazón solitario.

Narciso Tuera

LÁGRIMAS

Te sigo por un camino serpenteado de espinas.
Mis pasos conducen al abismo.

La sombra de tus huellas se pierde en la oscuridad,
pero una fuerza misteriosa me guía entre las piedras.
Detén un instante tu viaje,
déjame contemplar tu rostro.
Quizás descubra en la brevedad de tu profunda mirada
los secretos que palpitan en tu alma.
Ya he absorbido el veneno que brota de tus labios
y el perfume que surge de tus sentimientos adormecidos.
Beso la mano que me da bofetadas entre caricias hipócritas.
Pregunto a tu corazón endurecido
¿qué camino recorremos?
La respuesta no tarda.
Me cargas de cadenas
y me obligas a andar sin rumbo.
Miro el sol que quema mis dedos aprisionados.
El desierto reseca mi aliento.
Ya no respiro.
Las ganas de vivir se derriten entre tus brazos.

Miguel Ángel Valero López

AVENTURAS DE UN CORSARIO ESPAÑOL

I.-La decisión

Soy Andrés Ortega, nacido en España, corsario en lucha constante con los ingleses establecidos en Indonesia y todas esas maravillosas islas de su influencia. Me gustaría contaros uno de los episodios más críticos de mi pelea con los ingleses.

Mi isla estaba situada entre las de Borneo y Flores, se llamaba Kalao, todo un paraíso de verdura y frondosidad.

Los ingleses intentaban jugar una carta definitiva y estaban enviando una auténtica armada contra nosotros; una escuadra procedente de las Celebes al norte, otra al sur procedente de Flores y al este otra procedente de Timor y Alor. Solo podíamos escapar al desastre por el oeste y aun así eso era una trampa bien tramada, pues por ahí con un sencillo aviso a sus colonias más poderosas nos

atraparían sin mayor problema. Para hallar una solución a nuestros problemas nos reunimos los capitanes de los buques y yo.

-¡Kastamuri!, ¿tú qué opinas? -increpé a un malayo que era mi lugarteniente.

-Que sólo hay una solución. Atacar la escuadra de las Celebes, que es la más débil, al ser su misión la de reforzar la flota del este, después esperaríamos el ataque inglés a la isla con el resto de la flota y dirigirnos entonces a Parang, donde están nuestros veleros y tomar posesión de la isla aunque no sea inglesa y sí española, pero al estar desierta y sin colonizar no ocurrirá nada.

-No me parece mal, ¿qué piensas de todo esto tú, Araclo? -repliqué.

-Que es lo único sensato en una situación como esta. Aunque nos duela dejar nuestra isla, nos instalaremos en Parang, como ha dicho Kastamuri, y nos dedicaremos a hostigar a los ingleses con la protección de tus compatriotas.

-Está decidido, tú Araclo y Oire-Leo prepararán la flota esta noche y al amanecer una pequeña escuadra irá a barrer del mapa a los ingleses, ya que no es necesario arriesgar toda la flota.

La noche pasó en calma, sólo rompían el silencio unos cuantos malayos y javaneses que cargaban una gran cantidad de víveres, carbón y municiones en los barcos y preparaban la voladura de todo aquello que pudiera resultar útil a los ingleses durante y después de su ataque y desembarco.

II.-El ataque de los ingleses

A la mañana siguiente todo estaba listo, ya la pequeña avanzadilla había zarpado hacía dos horas comandada por Kastamuri y su fiel Oire-Leo.

Eran las ocho de una azul mañana, cuando la gran flota dejó un montón de buenos recuerdos y ruinas en aquella isla.

Llevábamos cuatro horas de monótona e inquieta navegación cuando Reisban, que era un hombre con una vista excepcional, como lo era su valor, destreza y puntería, avistó una columna de humo casi inapreciable en el horizonte. "El Coloso Del Océano", que era el nombre de mi barco, un crucero de más de trece mil quinientas toneladas, el mejor buque de su tiempo, con su escolta, forzó las máquinas, capaces

de alcanzar con facilidad los dieciocho nudos y dejar fuera de su vista a cualquier otro barco, y en media hora nos dejaron entre los restos de la escuadra enemiga y tres de mis barcos. El resto de los buques no tenían más que leves desperfectos, pero lo que realmente me dolía y oprimía el pecho era la pérdida irreparable de sesenta y cinco de mis hombres.

Subí al puente y cogiendo un altavoz grité:

-¡Kastamuri!, arría una chalupa y acércate.

-¡Capitán! -respondió- estamos arreglando una avería, pero por babor se acerca Oire-Leo.

-Bien, reorganiza las naves y reunámonos con el resto.

Horas más tarde la flota estaba reunida y en el intervalo había sido puesto al corriente de la primera victoria de una guerra aún no declarada. Una victoria sin historia, mis barcos rodearon y sorprendieron a los ingleses, que no se esperaban un ataque por su flanco más débil, prepotencia inglesa de la que tanto gusto aprovecharme, y en menos de una hora la batalla había terminado.

Después nos dirigimos a Sanana, en la isla Suna, a repostar carbón y dejar en el correo de la pequeña colonia holandesa una declaración de guerra dirigida al gobernador británico de Sumatra, de ahí nos dirigimos a Parang por el paso de las Molucas y una vez allí nos instalamos en esa isla bajo la protección de la corona española, para desde allí atacar a los ingleses y su aliado Sir Brookes.

La guerra entre el "leopardo" inglés y la "pantera" filipina había empezado.

III.-La relación con los españoles

Una vez enterados los españoles de nuestra llegada, nos hizo una visita uno de sus más modernos cruceros para desalojarnos de un territorio que en verdad no nos correspondía, pero es que ya no nos correspondía ningún territorio en el mundo entero. Pero convencí al delegado español de que al amanecer Kastamuri le acompañaría a Davao para comprar la isla, a lo que el delegado accedió ya que yo era de nacionalidad española, y aquella noche se quedó él y toda la marinería española en calidad de invitados.

Por la mañana dos barcos salían del puerto rumbo a Davao. Una vez allí Kastamuri se entrevistó con el gobernador para comprar la isla,

pero tuvo que esperar al día siguiente para que diera tiempo a comunicar el hecho y esperar respuesta del gobernador de Manila, auténtico representante de la soberanía española en las islas filipinas.

La respuesta llegó por la mañana y se accedía a la venta de la isla, no de la soberanía, por un valor de tres millones y medio de pesetas.

Muy a su pesar el gobernador de Davao, que simpatizaba con los ingleses, de los que recibía dinero por permitir el tráfico de barcos por aguas españolas no autorizadas, nos dio el título de posesión de la isla y al otro día Kastamuri salía de la bahía rumbo a nuestra nueva casa.

Una vez conocida la noticia, los ingenieros se pusieron a trabajar, eran yanquis y catalanes, en los diseños de las nuevas instalaciones, las viviendas, los puestos de vigilancia del resto de la isla y los astilleros, pues construíamos y reparábamos nuestros propios barcos. El trabajo estuvo terminado en menos de un año. Ya podíamos enfrentarnos de nuevo a los ingleses.

Nuestro primer objetivo, por simpatía con el gobernador de Manila, fue expulsar de "su" isla a Sir Brookes.

Dividimos los hombres en tres grupos, al igual que la flota, de forma que un grupo se quedó en nuestra nueva isla y los otros dos grupos atacarían al pirata inglés. Uno de los grupos, el comandado por Araclo, disponía de más hombres y menos naves, daría la vuelta a Palawan, que así se llamaba la isla, y atacaría por tierra de forma que ayudando al grupo que atacara por mar, con un mayor número de buques.

Tras tres días de navegación todo estaba dispuesto y así al amanecer del cuarto día comenzó una terrible batalla, que en principio pareció que tardaría en decidirse, pero una hábil maniobra de Araclo, atacando por la parte que daba al mar y que no estaba preparada para este tipo de ataques, decidió la batallas en tres breves horas.

Esta acción de mis hombres libró a los españoles de un pirata inglés que ocupaba una de sus islas, desde donde atacaba sus barcos. Pero el principal motivo del ataque fue liberar a mi hermana Pilar, que llevaba algún tiempo secuestrada por el pirata al abordar el barco en que iba ella, en un viaje entre Manila y mi antigua isla de Kalao. Fue un

reencuentro muy emocionante, aunque ella estuviera "ligeramente disgustada" por mi retraso en proceder a su liberación.

Cuando regresamos a Parang, había en la entrada del puerto una escuadra española, cosa que me preocupó en un principio, porque andábamos escasos de carbón, muchos hombres estaban heridos y lo que era más importante, casi no teníamos municiones. Pero la preocupación duró poco, porque al acercarse mi barco, el buque insignia, dispararon una salva de honor. Se debía al gobernador de Manila que se había enterado ya de nuestra victoria sobre su primer enemigo, al que él no podía ni tocar por esos extraños juegos de la diplomacia. Una vez desembarcamos, el capitán español me nombró Rajá de Parang, volvía a recuperar mi título, del que los ingleses me habían privado años atrás, además nos regaló todos los tesoros no españoles que poseía Sir Brookes, tesoros que aumentaron nuestras ya repletas arcas a costa de los ingleses.

IV.-Una derrota sin importancia

Por la mañana partió la escuadra española y en agradecimiento por todos los regalos y honores recibidos le encargamos al capitán que comunicara al gobernador, que le haríamos entrega de Sir Brookes, tan pronto obtuviésemos cierta información.

No tardamos más que diez días en conseguir todas las localizaciones de las escuadras y bases inglesas, además de los rumbos y misiones de muchas expediciones.

Una vez obtenida la información dispusimos de tres cañoneras y dirigimos al pirata rumbo a Manila, pero ocurrió una desgracia, al traspasar el estrecho de Mindoro y dirigirse a la bahía de Manila, una increíble flota inglesa les atacó. En principio mis tres barcos ofrecieron resistencia, pero en poco tiempo hundieron uno de los barcos y Oire-Leo optó por rendirse para no tener más pérdidas humanas, aunque los hombres las hubieran entregado con gusto si hubiera existido la más mínima posibilidad de victoria. Oire-Leo salió a cubierta y dirigiéndose al comandante inglés dijo:

-Capitán, nos rendimos -dijo con voz quebrada.

-¡Esta bien!, arríen su pabellón -respondió con una sonrisa en la boca.

Cumplió la orden y rápidamente se acercaron unas chalupas que abordaron el buque y en un instante se hicieron con la sala de máquinas y la de mando.

Mientras esta escuadra se dirigía a Hong-Kong, yo me enteraba de la noticia y preparaba el grueso de la flota para ir a rescatarlos.

V.-Una gran derrota

Mi hermana Pilar estaba de nuevo disgustada por la prisa que me daba en los preparativos, cuando para rescatarla a ella tardé más tiempo, pero ella no sabía que mi posición ahora era mucho más fuerte y que anteriormente a su rescate definitivo, lo había intentado dos veces sin éxito, además esta vez le había fallado al gobernador de Manila, y lo único a lo que no estaba dispuesto a faltar era a mi palabra de corsario español.

Nos dirigimos a Hong-Kong a rescatar a nuestros amigos con una terrible estratagema.

La flota ancló a unas doscientas millas del puerto y un pequeño crucero, con su escolta, comandado por uno de mis capitanes europeos, de los pocos que tenía, Emilio Lopesa di Asensio, bajo pabellón inglés se dirigió al puerto. Una vez allí y mientras los hombres colocaban cargas de dinamita en la flota inglesa del puerto y minas enormes en los puntos estratégicos de la ciudad, Emilio con uniforme inglés se dirigía al palacio del gobernador con una carta, sabiamente falsificada, que contenía la orden de llevarse a los prisioneros y sus buques a Yakarta. El gobernador de Hong-Kong y Sir Brookes, que estaba presente, cayeron en la trampa y sin sospechar nada nos entregaron a los prisioneros y sus naves.

Una vez embarcados y algo distantes del puerto, arriaron el pabellón inglés e izaron el nuestro, es rojo y amarillo con sólo dos franjas y una garra ensangrentada como escudo, en el palo mayor y además se izó el correspondiente gallardete rojo de declaración de guerra. No tardaron en darse cuenta los ingleses, pero no tuvieron tiempo de reaccionar, ya que una gigantesca explosión recorrió la ciudad de punta a punta, destrozando casas, barcos, palacios y personas. A la vez que en nuestros barcos surgía un atronador ¡hurra!, por la explosión y el éxito de la misión.

En esta explosión se hundieron todos los barcos del puerto, murió más de la mitad de la población, el gran desastre de Hong-Kong del que los libros de historia no se hacen eco para no mancillar el "limpio" expediente de la todopoderosa Inglaterra. Entre los muertos estaban el gobernador y Sir Brookes, al cual logré perdonar en ese instante a pesar de lo mucho que hizo sufrir a mi familia.

VI.-La desesperación de los ingleses

Una vez repuestos de ese colapso, los ingleses restablecieron el constante vigilar de los mares. Pero una nueva desgracia se cernía sobre ellos.

Estábamos en otra reunión de capitanes, pero esta vez por una causa muy diferente, no porque corriésemos peligro, sino porque queríamos obligar a los ingleses a que se rindieran humillándose.

-Podemos atacar Yakarta -sugirió Oire-Leo.

-No, es demasiado peligroso y sería sólo un ataque más sin que surtiera gran efecto -repliqué.

-Propongo que ataquemos las tres escuadras de las que tenemos su situación e itinerario -dijo Emilio.

-¡Bien!, pero arrasaremos además el norte de Borneo -añadí.

Armamos la mayor flota jamás vista por estos mares y mira que las ha habido grandes y poderosas. Casi dejamos la isla sin protección naval.

Nos lanzamos al mar a destruir la primera escuadra de la que teníamos noticia. En tres días la interceptamos y la mandamos a pique. Su itinerario era de Labuan a Hong-Kong.

Abandonamos los restos y nos dirigimos a por otra que iba de Brunei también a Hong-Kong. Tardamos sólo dos días en localizarla y hundirla.

En otros cuatro días hicimos lo mismo que con las anteriores, con la que se dirigía a Brunei desde Singapur.

Otros tres días tardamos en llegar cerca de la costa de Brunei, en el norte de Borneo, donde preparamos los barcos de desembarco que debían dirigirse a un lugar a sesenta kilómetros de la ciudad.

Esta vez tardamos una semana antes de atacar Brunei, porque la flota se entretuvo atacando Labuan y a una pequeña escuadra que se encontró por el camino. La batalla fue dura pero no mucho, porque los ingleses estaban desmoralizados por sus continuas derrotas y apenas ofrecieron resistencias una vez entramos en el recinto fortificado.

Cuando terminamos todo esto nos fuimos a Parang en espera de noticias inglesas, pues estaban muy nerviosos y podíamos esperar cualquier cosa de su parte después de los últimos intensos diecisiete días.

VII.-El cazador cazado

La respuesta inglesa fue el silencio. Eso nos hizo sospechar y enviamos a uno de nuestros juncos a investigar.

Tuvo que ir hasta Yakarta y uno de los hombres infiltrarse en el palacio del gobernador. Lo que tardó en volver el junco redoblamos la guardia en la isla y sus alrededores.

Cuando volvió nos informó que los ingleses habían reunido todas sus escuadras y flotas para atacar la isla, a pesar de ser territorio español.

Después de esta información hubo de nuevo reunión de capitanes y esta vez no estábamos dispuestos a abandonar y dejar una isla española en manos de sus enemigos.

-Si atacan frontalmente -decía Kastamuri- como lo piensan hacer, los muy tontos, para demostrar su inexistente poderío, es mejor recibirles con los cañones de la fortaleza y el puerto, dejando para el momento crítico los barcos y decidir la batalla a nuestro favor.

-Acepto tu consejo -respondí- y lo pondremos en práctica. Además si dejan barcos para desembarcar en alguna parte de la isla, las patrullas los detectarán.

Tardamos una semana en avistar la avanzadilla inglesa y un poco más el grueso de la flota.

La batalla comenzó con una fuerte ofensiva inglesa que se fue apagando al ver que sus cañonazos o no llegaban o apenas causaban algún daño, mientras los nuestros, mucho más poderosos al estar en tierra, iban convirtiendo en hierros retorcidos uno tras otros a sus barcos.

La lucha duró dos días con sus dos noches, hasta que pusimos en fuga lo que quedaba del grueso de la flota inglesa.

VIII.-Una gran noticia

Tardamos una semana en repararlo todo. Tuvimos daños de alguna importancia, pero con escasas pérdidas humanas. Los ingleses quedaron mucho peor, la mitad de su flota en muchas millas a la redonda había sido dañada, inutilizada o hundida.

Después de arreglarlo todo esperamos, eso sí, con mucha vigilancia tanto terrestre como marítima, la rendición de los ingleses.

Pasaron quince días sin novedad y a la tercera semana apareció un barco con pabellón inglés y bandera blanca.

Tras atracar, desembarcó su capitán y se dirigió a mi presencia. Le pregunté cuales eran sus intenciones.

-Señor -respondió- traigo un mensaje del gobernador.

-Léalo -ordené.

-A la atención de Andrés Ortega, Rajá de Parang -comenzó- Después de sus continuas victorias y nuestras continuas derrotas, hemos decidido rendirnos bajo las siguientes condiciones:

·No ceder ningún territorio.

·Cese inmediato de las contingencias.

·Recompensa económica, a fijar por usted, en concepto de indemnización por la pérdida de territorios, barcos y hombres.

·Reconocimiento de que la culpa de la guerra fue nuestra.

Acepté de buen grado, añadiendo que los actos debían celebrarse en el plazo de un mes y como acto simbólico se procedería al hundimiento de algún buque viejo de la marina real británica.

Todo se realizó en los plazos convenidos. Inglaterra se había humillado ante un sólo hombre, un hombre que representaba en su espíritu a su patria, España.

El "leopardo" inglés había sucumbido ante la "pantera" filipina o española.

FIN

Andrés Ortega

DE LA OBCECACIÓN COMO SUSTITUTO DE LA INTELIGENCIA

Puesto que, en la mayoría de las ocasiones, todos o casi todos nosotros nos dejamos llevar por primeras impresiones acerca de la gente que acabamos de conocer, estoy seguro de que a todos o a casi todos os habrá sucedido los mismo que a mí. ¿No os habéis sentido impresionados en más de una ocasión por algún individuo tan seguro de sí mismo que defiende sus posturas con extraordinaria vehemencia y convicción? Yo sí, y en esas ocasiones me he sentido tentado de exclamar lleno de admiración: ¡este tipo sí que sabe lo que quiere! Y, posiblemente, mi exclamación habría sido acertada, hasta cierto punto.

La perspectiva de las cosas suele cambiar bastante cuando adquirimos un conocimiento un tanto más profundo de nuestro admirado personaje. Tal vez nos basten unos minutos, o quizá sean necesarios varios días de trato, para comprender que la seguridad de nuestro líder no nace de un superior raciocinio ni de un mayor conocimiento de las cosas sino que, simplemente, es fruto de la más obtusa cabezonería.

Nuestro personaje, tan seguro de sí, resulta basar sus convicciones en la testarudez. Lejos de ser un tipo dinámico e inteligente, capaz de valorar todos los aspectos de la realidad para extraer sesudas conclusiones con las que enfrentarse a cada situación particular, a la vida, resulta estar imbuido por esa especie de estupidez ególatra e intolerante a la que llamamos tozudez. Su postura ante los problemas no suele nacer de la razón. Se ha fabricado unos estrechos esquemas mentales dentro de los cuales todo parece más sencillo pues cualquier categoría de problema encuentra rápidamente su axiomática solución preconcebida, de modo que, ante un nuevo dilema, sólo tiene que afirmar con suficiente convicción que meterá su gruesa cabeza por aquel pequeño agujero y hacer todo lo posible para conseguirlo. Ante la pregunta clave para casi cualquier persona con un mínimo de curiosidad, es decir, por qué razón es eso lo que va a hacer en lugar de cualquier otra cosa, nuestro tozudo se escudará en su única respuesta: "porque sí", tal vez matizada, posteriormente, con un despectivo "porque me da la gana" que, quizá, vaya acompañado de algún intento de justificar

racionalmente, más de cara al público que a sí mismo, su injustificable tozudez.

Y no digo que la tozudez sea esencialmente y en toda ocasión mala. Aunque todos hemos dado muestra en alguna ocasión de testarudez, incluido sobradamente yo mismo con una quizá merecida fama de cabezota como parte intrínseca de mi carácter, no deja de ser cierto que no todas las cabezonerías son iguales, no afectan a asuntos de igual importancia ni son esgrimidas de un mismo modo. Obviamente acostumbramos a llamar tozudez a actitudes muy diferentes. Normalmente, consideramos necesaria una pizca de tozudez para demostrar la firmeza de nuestras convicciones. No es cuestión de andar cambiando de parecer cada dos por tres. Igual que tampoco es cuestión de tener que usar, como a veces nos gustaría que fuera posible, la razón absolutamente para todo. Quizá nos gustaría ser perfectos, inteligentes, tolerantes, razonables y no tener que recurrir en ninguna ocasión a nuestro querido "por cojones". Pero ya sabemos que la perfección no suele ser una virtud próxima a la humanidad, así que no nos queda más remedio que aceptar a la tozudez, igual que a tantos otros aspectos del carácter humano, como una actitud natural en casi todas las personas.

La verdad es que, cuando empecé este ensayo, no pretendía moralizar acerca de la bondad o maldad de la tozudez. Sólo quería constatar el hecho y algunas de sus variedades. Claro, que una vez metido en faena, creo que no soy capaz de escribir sin moralizar.

He dicho que la tozudez no me parecía, en principio, mala ni buena -con lo cual, sutilmente, ya había comenzado a moralizar-. Para afirmar esto no basta con decir que las cosas son así porque a mí me lo parecen -lo cual es una tentación para mi innegable tozudez-, sino que hay que aportar pruebas. Pues ahí van mis pruebas:

La tozudez puede ser necesaria para afirmar la personalidad. Una persona tozuda será más difícil de engañar que aquella sin convicciones que absorba las de cualquier otro. Como contrapartida, el tozudo será casi imposible de convencer, lo que significa que difícilmente alterará su visión de las cosas. Por otra parte, la tozudez es un signo de tenacidad. Muchas veces no basta con las buenas ideas o los buenos propósitos, es necesario emplear una voluntad firme para

conseguir objetivos, tanto más firme cuanto más difíciles sean los objetivos. Pues, evidentemente, la testarudez es una buena herramienta con la que mantener una voluntad firme. Nuevamente, la contrapartida es que la bondad o no de la tozudez dependerá de la bondad o no de los objetivos propuestos. Así sucede que estamos hartos de ver a una pandilla de energúmenos que, mezclando sus más extravagantes locuras con sus más firmes convicciones, nos dan pie a emplear con ellos el bonito calificativo de fanáticos que, en ocasiones, además resultan ser peligrosos, lo cual acaba de arreglar la situación. Creo que no hace falta seguir. Me parece -quizá tozudamente- que con esto he dejado bastante claro el punto de la bondad de la tozudez.

He hablado, asimismo, de categorías de tozudos. En el fondo sólo quería hablar de unos, que son aquellos a los que me he referido al principio. Se trata de esos cabezotas que logran pasar ante nuestros ojos como genios y personas responsables. Creo que muchos de ellos -¿estaré cometiendo un error al no usar la primera persona del plural?- utilizan conscientemente su testarudez como sucedáneo de la inteligencia. Uno asume una serie de principios, los exhibe y los defiende con convicción y puede tener la casi seguridad de que los demás se tomarán en serio sus ideas y decisiones. Y creo, igualmente, que muchos cabezotas no son conscientes de su testarudez sino que están convencidos de la razonabilidad de sus principios. Sucede, creo yo, que eso de la inteligencia y la razón son dos cosas lo bastante escasas y difíciles de entender como para que te vendan gato por liebre. Yo, por ejemplo, no me siento muy capaz de distinguir la inteligencia allá donde se supone que debe haberla. No me extraña, pues, que cuando alguien exhibe sus convicciones los demás las piensen fruto de la inteligencia y, aun en el caso de que uno opine que son burradas, meditará antes de afirmarlo claramente, pues siempre quedará la posibilidad de que piense que, si él no lo entiende, sólo se debe a que el tozudo posee alguna clase de inteligencia superior incomprensible para el resto de los mortales. En muchos asuntos la apariencia, la pose adoptada, es determinante para los juicios, y yo creo que este de la testarudez es uno de esos asuntos.

Podemos observar casos de supuestos genios cabezotas por todas partes, a lo largo de la historia y contemplando, con un mínimo de

atención, a nuestros vecinos. La historia está plagada de políticos, militares y líderes religiosos o morales que han conducido a numerosos rebaños humanos a una catástrofe completamente previsible. Todos los días podemos ver locos fanáticos en las noticias a los cuales sigue toda una cohorte de nuevos locos. A cada momento vemos a nuestros gobernantes decir tonterías, pero no nos atrevemos a contradecirlos ya que damos por supuesto que ellos saben de lo que están hablando e implícitamente aceptamos su mayor inteligencia. En aspectos más triviales, me resulta divertido observar la actitud de un entrenador de fútbol de nuestro país -el cual aparece aquí reflejado tan sólo porque me sugirió el ensayo- que merecería el título de cabezón de España así como sus seguidores -que los tiene, entre directivos, jugadores, periodistas y público- el de borregos nacionales. E igual sucede si miramos a nuestro alrededor. Siempre hay algún sabihondo lanzando sus irrefutables verdades ante las cuales casi todos bajamos la cabeza y aceptamos que nuestra ignorancia pueda ser mayor que su gran inteligencia.

Creo que no merece la pena seguir con el tema. En el fondo he escrito este artículo por mera obcecación. Decidí que quería escribirlo y lo he hecho. La cuestión está ahí. Aunque puede suceder que lo haya puesto yo ante vuestros ojos para forzaros a aceptar mi claro juicio, tan libre de prejuicios como el vuestro. En todo caso, puestos a escribir, voy a acabar moralizando. Ya que la tozudez parece inevitable, al menos creo que sería deseable que fuera individual e independiente. Un tozudo puede ser problemático, pero siempre es más problemático si su perniciosa tozudez es contagiosa y se transmite a sus congéneres convirtiéndolos en fanáticos. Así que confío en que cada cual sea capaz de desarrollar su correspondiente puntito de tozudez de forma autónoma, se convierta, si lo desea en un fanático, pero que se haga impermeable a la tozudez de los demás. Aunque admito que, en muchas ocasiones, un sólo individuo puede ser tan insoportable como toda una manada de ellos. Para muestra vale este insoportable panfleto de un irreducible tozudo que cada día tiene más claras sus dudas.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SONIA

Soy una estatua de bronce.

Cada día veo pasar a mucha gente y mucha gente me ve... permanecer. La gente reacciona de muchas formas ante mí, hay gente a la que gusto pero se avergüenza de mí... me miran distraídamente no sea que alguien se dé cuenta de que me mira y se ría de él por mirar a un trozo de metal. Este no es el caso de Sonia, cada vez que me ve me saluda despreocupada:

-Buenos días, Panchita -me llama así por una canción de tono mejicano que habla de una estudiante como yo, aunque esa lleva una mochila azul. La primera vez que la vi no parecía tan alegre como ahora, estaba perdidamente enamorada de Javier, pero Javier era un chico no demasiado hábil en relaciones personales sobre todo de ese tipo y nunca se había atrevido a decirle nada a Sonia a pesar de sus ostensibles insinuaciones. Javier era huérfano y desde su época en el hospicio sólo se había relacionado con una cosa, ordenadores. Sonia es monitora de aerobic, es la extroversión hecha mujer, quizá sea por eso que se enamoró de la introversión de Javier, eso y la curiosidad innata de toda mujer hacia lo que es cercano y desconocido a la vez. Se conocieron en el bar donde iban a tomar café todas las mañanas, después de dos años de ir al mismo bar y a la misma hora, Javier entabló conversación con Sonia y porque cinco minutos antes habían atracado el bar lo cual dio a Javier un motivo suficientemente justificado para hablar con ella. Sonia da todos los días las gracias a esos atracadores donde quiera que estén. Pasó el tiempo y se fueron enamorando mutuamente, pero ninguno estaba seguro de los sentimientos del otro; ella porque él no hablaba y él porque interpretaba las insinuaciones de ella como un rasgo de ese carácter abierto que tan opuesto era al suyo. El caso es que no aguantaban más esa situación y el destino quiso que tuvieran la misma idea el mismo día: Debían verse en un lugar distinto de aquel bar y fuera de las horas de trabajo y lo que es más importante decir lo que sentían, esta última parte de la idea por supuesto estaba planeada por separado: Sonia le dijo a Javier que necesitaba que le explicase unas dudas sobre el curso

de informática que estaba realizando (por fin cumpliría el propósito que le asignó cuando empezó a estudiarlo) y Javier por suerte para él y para los lectores de esta historia no tuvo que inventarse ningún motivo. Ella quedó con Javier junto a mí, aquella tarde había ido más guapa que nunca, Javier sin embargo no acababa de decidirse a ir y mucho menos qué ponerse... se retrasaba y Sonia acabó sentada y apoyada detrás de mí de tal forma que era imposible verla si uno se ponía frente a mí. Por fin llegó Javier que parecía muy nervioso. Sonia le vio pero decidió permanecer escondida hasta que Javier se acercase. Ya iba a salir para sorprender a Javier cuando vio que este tomaba una actitud extraña frente a mí, como si fuera a ensayar algo, aclarándose la voz y frotándose las manos. Sonia decidió permanecer escondida un poco más:

-Sonia yo... verás... no sé hablar muy bien de estas cosas, pero pienso que lo realmente importante no es hablar de ello, sino sentirlo... yo... yo te quiero Sonia. Me intimida tu sociabilidad y por eso nunca te lo he dicho, por miedo a que tú no sintieses lo mismo... -mientras Sonia lloraba y se revolvía de ilusión detrás de mí- pero eso ya me da igual, no puedo vivir con esto sin decírtelo... así que ya sabes... estoy enamorado de ti pero si tú no...

-Sí lo estoy... -respondió Sonia saliendo de su escondite y dando un doble susto al pobre Javier, los dos se echaron a reír y se abrazaron, después se acercaron a mí y cada uno me dio un beso en la mejilla. Ha sido la única vez que he hecho de celestina y la verdad es que no me disgustó la experiencia.

-Adiós Panchita.

-Adiós Sonia.

Juan Carlos Jiménez Moreno

IDEOLOGÍA

Miguel cerró "El capital" con una sonrisa irónica entre los labios. Le había costado decenas de noches de insomnio (y el que seguiría causando durante el resto de su vida), y ahora se sentía vagamente feliz con la satisfacción del deber cumplido. Mas ¿qué le podía aportar a su vida tanta filosofía insignificante? Todo estaba en el mundo platónico de las ideas, nada descendía del mundo real de los

seres humanos ¿Qué podía aportar el materialismo histórico al bienestar de tantos millones de personas empobrecidos por el comunismo, una vez roto el muro de Berlín? Por otro lado, ¿qué bienestar ulterior podría lograr el liberalismo económico a ultranza con la liberación del mercado laboral, más allá de su exiguo contrato basura de 98000 pesetas mensuales?

-Basta ya -se dijo ante tanta ideología alienadora de la condición humana.

Y se zambuyó en la única ideología que todavía le era levemente convincente, abrió el frigorífico en busca de otro de esos bollitos de chocolate...

Narciso Tuera

WIFREDO ESTILITA

(¿es la santidad un signo de decadencia?)

Aprovechando la tesitura que se me ofrece y buscando entre mis numerosos artículos no publicados fruto de mis amplios conocimientos enciclopédicos, he encontrado un tema que, no por olvidado, deja de resultar de indudable interés para comprender cuáles son el origen, fuente y motivos de la santidad humana. ¿El santo nace o se hace? ¿Es el santo un ser humano o ha logrado trascender la humanidad por medio de sus obras, meditaciones y éxtasis? No son preguntas fáciles de responder (aunque yo lo he conseguido hacer en mi obra en catorce volúmenes "Análisis psicopedagógico y epistemológico de la santidad y su génesis o el proceso santigénico", obra que los lectores pueden solicitarme por medio de la redacción de esta revista). Pero no es ese el tema de este breve ensayo. Aquí pretendo tan sólo relatar brevemente la vida de uno de mis gloriosos antepasados, el ilustre Wifredo de Paquito y Grogrenko. ¿Por qué mezclar la santidad con el abolengo? Tan compleja pregunta tiene fácil respuesta: porque Wifredo fue conocido por su vida de sacrificio rematada por su ascensión a un pilar o columna para convertirse en ermitaño estilita, igual que el famoso San Simeón, pero con desigual fortuna, puesto que nuestra Iglesia no atendió el clamor popular en pos de su beatificación. Así pues, voy a hablar brevemente de Wifredo Estilita (para más información consultar mi obra "Grogrenkos famosos o influencia de los

Grogrenko en el desarrollo de la humanidad", obra en veintiséis volúmenes, editada por mí mismo en papel biblia, donde Wifredo tiene dedicado un corto capítulo de doscientas páginas).

Era Wifredo un joven noble de vida alegre y regalada, lo cual es decir bien poco en aquel tiempo en que la vida humana y de toda índole estaba tasada en precio tan excepcionalmente bajo como para que fueran consentidos los más abominables homicidios. Pero Wifredo escapó a la vida depravada del siglo y supo elevarse a las más altas cumbres de la espiritualidad, la mística, el contorsionismo y la gastronomía. Lo esencial para comprender la ascensión de Wifredo a la columna es entender aquella especie de miedo o repugnancia -sin duda divinamente inspirados- que nuestro héroe comenzó a sentir por sus semejantes a partir de un momento no determinado por la historia. Podrá decirse, no sin razón aunque tal argumento sea difícilmente justificable, que en ese caso no fue la santidad lo que movió a Wifredo al estilismo ni a la vida eremítica. Pero si la santidad no fue la base del comportamiento de Wifredo sí se puede opinar, y así es como opino yo, que he bebido en las más hondas -y también las más someras- fuentes de la erudición universal, que la nueva vida de Wifredo le condujo a la santidad.

Todos sus vecinos y parientes se admiraban del temple de aquel joven que se había alzado sobre un pilar y se negaba a descender y aun a mantener el más mínimo contacto con los pecadores que pululaban a ras del suelo. No consta en los anales pero es tradición que Wifredo, de acuerdo con la religiosidad de su tiempo, se encomendó desde un principio a la benevolencia del Altísimo, dando, por tanto, completo sentido a su gesto.

El contacto de Wifredo con sus vecinos y parientes era mínimo. Se dejaba llevar comida y, muy de vez en cuando, consentía en que algún paje o escudero ascendiera al pilar para poderse ejercitar en las artes de la espada y la guerra. A tal efecto consintió en que fueran instalados un cesto y una polea que permitieran el fácil trasiego de productos, pajes y cadáveres desde su cúspide al oscuro mundo inferior.

Cuentan que, poco a poco, Wifredo, presa de continuos abscesos místicos, fue cayendo en una casi total introversión en la cual

obtuvo sus famosas visiones. Mienten, sin duda, aquellos que atribuyen sus pías visiones de sarracenos masacrados, empalados y triturados, a la pérdida de sus facultades intelectuales y a las alucinaciones provocadas por determinadas drogas psicoactivas bien conocidas en su tiempo como el ácido lisérgico o determinados alcaloides de origen fúngico tradicionalmente adscritos a las prácticas brujeriles de aquella edad oscura.

No, el retiro de Wifredo no estuvo empañado por el vicio sino, muy al contrario, por el ejercicio de la más explícita virtud en todos los aspectos. La piedad refulgía poderosamente en todas las facetas de la vida de Wifredo. Algunos han osado atribuirle los pecados de la gula y de la lujuria. Para rebatir estas falacias baste señalar que ambos pecados suelen ser antitéticos e incompatibles y muchas veces son más gulosos aquellos que no pueden satisfacer la lujuria y más lujuriosos aquellos que se alimentan de carnes ajenas que no terminan sus días dentro de un estómago. Sí es cierto que Wifredo disfrutaba de los goces del buen yantar, pero no es menos cierto que las sobras de sus banquetes eran siempre cedidas generosamente a los pobres.

Por otra parte, el asunto de la lujuria procede de un hecho contrastado por todos los historiadores. Wifredo estilita yació en determinada ocasión con la joven marquesa de Lampazos. Hay que admitir, no obstante, que quizá fueron varias las ocasiones y también las mozas, aunque ninguna de la alcurnia de la citada. Pero este prodigio del yacimiento no debe de calificarse como de satisfacción de la lujuria y las bajas pasiones sino más bien de milagro pues, ¿en qué cabeza entra que dos adultos puedan fornicar libremente sobre la cúspide de un estrecho pilar si no es con ayuda de la mediación divina?

Este hecho del yacimiento significó la conclusión de la vida estilita de Wifredo. De resultas de aquella noche de santa pasión fue engendrado -aún diría milagrosamente engendrado- Atanasio Licántropo, el futuro heredero de los Grogrenko, futuro héroe patrio que tal vez merecería otro ensayo en las páginas de esta pobre revista. Wifredo descendió de su columna y se desposó cristianamente con la núbil marquesita que fue milagrosamente preñada. Y dicen que el ahora pedestre Wifredo había cambiado de tal modo su antiguo carácter que sus muestras de santidad no sólo eran frecuentes sino interminables,

con lo que la leyenda de su santidad trascendió más allá de su muerte y de la de su más cercana parentela.

Años más tarde, sus descendientes intentaron lograr la beatificación y ascensión a los altares del ilustre prócer, pero algún pelagatos del Vaticano, devorado, sin duda, por las más viles pasiones, incluida entre ellas la envidia, se negó a permitir el avance del proceso de canonización. Tras muchos años de fracasos continuos, los Grogrenkos de hoy en día aún no hemos renunciado a ver el nombre de Wifredo en el santoral, y aun consideramos que el día señalado de su festividad debería serlo por lo menos nacional y de guardar. Sirvan, por tanto, estas breves, objetivas y humildes notas acerca de su pía vida y el milagro de la concepción filial para animar a todos los católicos a elevar a Wifredo estilita a la santidad que bien merecieron sus obras.

Gazpachito Grogrenko
(único resto pensante del glorioso CIP)

SER INDIGNO

Soy indigno;
quiero ser indigno,
lo digo de veras.
¿De qué?, me preguntas.
De todo, de ti,
de esta vida que, a veces,
es injusta, siempre incierta.
Indigno de lo bueno y lo malo.
Indigno porque será una suerte para mí.
Si lo bueno me excede,
si lo malo es demasiado horrible,
todo adquirirá otro color.
Las alegrías serán más grandes,
pues no las mereceré;
las penas e injusticias menores,
ya que seré demasiado poco importante
para tenerlas en cuenta.
Seré indigno de dones
e indigno de penas.

Di si no te parece el ser indigno
un estado que es bueno de veras.
Y si no te lo parece,
si al cabo te causan tristeza
mis miserables pensamientos,
no me los tengas en cuenta
que soy indigno,
que no me merezco nada
y no merezco tu pena.

Juan Luis Monedero

LA HISTORIA DEL LOBO FEROZ

(Versión del cuento de Caperucita Roja)

Un día Caperucita iba a jugar un rato cuando su mamá le dijo: "Caperucita, hija, tu abuelita está enferma. Ve a llevarle esta rica miel para que se cure de la garganta y estas dulces galletas recién horneadas que acabo de preparar para ella". "¿La abuelita está enferma?" -preguntó Caperucita. "Sí, Caperucita, le duelen un poco la garganta y la cabeza. Así que se ha metido en la cama para estar bien calentita y curarse lo antes posible". "Iré enseguida a llevarle la miel y las galletas recién hechas para que se cure muy pronto, muy pronto. La miel es muy buena para la garganta ¿verdad mamá?" "Así es, y date prisa que quiero verte de vuelta antes de las 7 de la tarde ¿vale?" "¡Vale mamá! Me voy corriendo".

Caperucita cogió la cesta donde su madre había metido las cosas para la abuelita y se marchó muy deprisa. Su casa no estaba demasiado lejos de la de su abuelita, pero mientras ella vivía en el pueblo, la abuelita prefería vivir en una pequeña casa que la familia había tenido siempre en el bosque. El sendero que había de recorrer Caperucita era bastante bueno y los carros podían pasar por él con comodidad. En algunos puntos el sendero se dividía en dos o tres ramas que llevaban a diferentes sitios. Por el camino de siempre, en unos 20 minutos llegaría.

Iba Caperucita saltando por el sendero, mirando aquí, mirando allá, y cantando: "Mi abuelita se va a curar muy pronto con esta miel y estas galletas tan ricas que llevo. Porque la miel es muy buena para la garganta y se va a curar muy pronto, muy pronto. La, la, la, la, la". Pero la cosa no iba a ser tan fácil. No muy lejos del sendero había un gran lobo que tenía mucha hambre. "¡Grrr, tengo un hambre de lobo! -gruñía el lobo- Hoy tampoco he podido echarme aún nada en el estómago". Y decía el estómago: "¡Grrrñññ, grrrñññ!" "Si no como algo dentro de poco, creo que voy a desmayarme". En esta situación se encontraba el lobo cuando, de repente, oyó la voz cantarina de Caperucita. Sigilosamente se acercó al sendero ocultándose detrás de los árboles para ver quién estaba cantando. La vocecita se oía cada vez más cerca y por fin pudo ver que provenía de una niña que venía saltando por el camino. En cuanto la vio pensó: "¡Qué rica y tiernecita tiene que estar esa preciosa niña! ¡Qué carne tan sonrosada! Me la comería de un bocado". Y se relamía de gusto el muy animal. Decidió comérsela, pero ella llevaba una cesta y quizás en la cesta llevara un palo o algo así; después de todo, la niña iba sola y no sería de extrañar que sus padres le hubieran dado algo con lo que defenderse en caso de que alguna fiera tuviera demasiada hambre. Tenía que asegurarse de no salir perjudicado. Caperucita, ajena a todo peligro seguía saltando y cantando despreocupadamente. "¡Aaahh! -gritó Caperucita- ¡¿Quién eres tú?!" "Perdona preciosa niña, no quería asustarte" -le contestó el lobo. "¡Pues lo has hecho!" -dijo Caperucita enfadada. "Bueno, bueno. Lo siento, fue sin querer". "Está bien, ¿qué quieres?" -preguntó Caperucita. "Yo..., esto..., ¡Me he perdido! ¡Extraviado! Iba caminando a visitar a un primo mío que vive por aquí cerca cuando vi a unos pastores cuidando el rebaño. Uno de ellos me vio, se levantó, gritó algo a los demás y todos, elevando sus enormes bastones, vinieron corriendo hacia mí. Me asusté muchísimo y puse pies en polvorosa hacia cualquier sitio. Cuando me di cuenta me había perdido. Ya no sé por dónde está la casa de mi primo". "¡Vaya, qué mala pata!" -dijo Caperucita. ¿Cómo se llama tu primo?" "Pues... se llama Recesvinto ¿por qué?" -contestó el lobo. "No conozco a nadie con ese nombre -dijo Caperucita-. Se me ocurre una cosa. Mi abuelita vive cerca de aquí. A lo mejor ella sabe donde vive tu primo. Ella conoce a todos los que viven en el bosque, y

sabe en qué casa viven, cuantos hijos tienen, su familia, en qué trabajan, sus parientes en la ciudad, cuantas tierras poseen... Mi abuelita tiene muchos años, pero también tiene mucha memoria y es muy lista. ¡Mi abuelita sabe más que nadie!" "Sí que sabe tu abuelita" -respondió el lobo sorprendido. "¡Grrrñññ, grrrñññ!" -dijo el estómago del lobo. "¿Qué es eso?" -preguntó Caperucita. "¿Eso? ¡Oh, no es nada!" "¿Nada? Sonaba como si tuvieras algo vivo dentro" -replicó Caperucita. "No, te aseguro que no tengo nada vivo dentro... aún" -respondió el lobo bajando la voz al final de la frase. "¿Cómo?" -dijo Caperucita. "¡Mira niña! Bastante tengo con haberme perdido para tener que aguantar un montón de preguntas" -dijo el lobo. "Bueno, bueno. Como quieras -contestó Caperucita-. Mi abuelita está ahora enferma, le duele la garganta, y a su edad tiene que cuidarse. Le llevo unas galletas que ha hecho mi mamá y un tarro de rica miel para que se cure lo antes posible. Si quieres puedes venir conmigo y..." "¡¡Miel y galletas!!" -dijo el lobo mirando la cesta con unos ojos tan grandes como platos. ¿De qué son las galletas?" Mientras hablaba se le caía la baba por la comisura derecha de su enorme boca. "Están hechas con huevo, leche, azúcar, corteza de limón, canela, harina de trigo y conservante (E-282). ¿Quieres una?" El lobo la miró sorprendido. "¡No, gracias, no tengo hambre!" -le respondió. "¡Grrrñññ, grrrñññ!" -dijo el estómago. "¡Cállate!" -gritó el lobo. "¿Cómo?" -preguntó Caperucita. "Nada..., nada..." -respondió el lobo. "Se me está haciendo un poco tarde, ya debería estar en casa de mi abuelita. ¿Vienes conmigo o no?" -dijo Caperucita. El lobo vaciló un momento y luego preguntó: "¿Vive muy lejos tu abuelita?" "No mucho -contestó Caperucita. ¿Sabes dónde está El Manantial Plateado?" "Sí, lo conozco" "Pues por el camino de la derecha, todo recto. ¿Vienes o no vienes?" "Veo que tienes mucha prisa, pero por ese camino que vas a tomar tardarás más que si te vas por este otro" -dijo el lobo. "Mira lobo, ya me estoy cansando de estar en este lugar. Tengo que ir a casa de mi abuelita y se me hace tarde. Por ese camino que me enseñó mi papá llego en un cuarto de hora escaso y eso es todo lo que necesito saber. ¿Entiendes?" -le dijo Caperucita bastante mosqueada. "Como quieras, pero yo sé que por este camino se llega antes" -respondió el lobo. "Tú vete por donde quieras que yo me voy por éste. Ya sabes donde vive mi

abuelita y si te veo allí, me parecerá muy bien y si no también" -dijo Caperucita. Y se marchó corriendo. El lobo también echó a correr por el otro camino. Sabía dónde estaba el Manantial Plateado y que ese otro camino debía pasar cerca de la casa de la abuelita, pero posiblemente fuera un poco más largo. Lo que él pretendía era una excusa para ir por separado a casa de la abuelita. Yendo por caminos diferentes él se echaría a correr y con sus cuatro patas llegaría seguramente antes que Caperucita. Su intención era irse por el camino que tomó la niña, pero le salió mal la jugada. De todas formas, él corría mucho más que ella y llegó bastante antes a casa de la abuelita. Debía actuar deprisa. Golpeó la puerta de entrada de la casa de la abuelita. "¿Quién es?" -preguntó desde dentro una viejecita con la voz un poco afónica. "¡Soy tu nietecita!" -respondió el lobo suavizando mucho la voz. "Levanta el pestillo y entra, Caperucita". El lobo así lo hizo. "Estoy en mi habitación, querida" -dijo la abuela. El lobo se dirigió hacia allí y entró en el dormitorio. "¡Aahh! -gritó la abuela- ¡Pero, ¿qué...?" "¡Cállese! ¡No grite o será peor!" -le amenazó el lobo. La cogió por las manos y se las ató por detrás de la espalda. Luego le tapó la boca con un pañuelo para que no pudiera hablar y la metió en el armario. "Más le vale no hacer ruido. ¿Entiende?" La abuelita dijo que sí con la cabeza. El lobo cerró la puerta del armario. "A la abuela me la comeré después si aún tengo hambre. Está muy escuálida, pero yo tengo que comer" -pensó el lobo. De la cocina salía un rico olorcillo a algo que se estaba cocinando. El lobo fue a ver qué era cuando de repente oyó que golpeaban la puerta. "¡Abuelita!" -dijo Caperucita. El lobo fue a meterse corriendo en la cama de la abuela y se tapó con las mantas. "¡Abuelita! ¿Estás ahí?" -dijo Caperucita desde fuera. "Sí, querida, pasa, pasa. Levanta el pestillo y entra" -respondió el lobo cambiando lo que pudo la voz. Caperucita entró en la casa y fue a la cocina. "¡Abuelita! ¿Dónde estás?" -preguntó Caperucita. "Estoy en el dormitorio, querida" -dijo el lobo. Caperucita dejó la cesta sobre la mesa y se dirigió a la cacerola que estaba sobre el fuego. De ella salía un olor muy apetitoso. Caperucita levantó la tapa y vio cómo el caldo hacía borbotones. "¡Pobre abuelita, está fatal de la garganta. Le llevaré un tazón de caldo". Echó el caldo en el tazón y se dirigió hacia el dormitorio. Entró en él. "¡Hola abuelita! ¿Cómo te encuentras?" -preguntó mientras se

acercaba a la cama. El lobo permanecía escondido bajo las mantas. "Abuelita, ¿te pasa algo?" El lobo se incorporó un poco en la cama y dejó ver su cara. Caperucita vio la cara del lobo y aún así pensó que era su abuelita, ¿cómo es posible? Quizás había poca luz en la habitación, quizás es que no veía bien de cerca. El caso es que Caperucita notó algo raro en la cara de "su abuelita". "Abuelita, abuelita -le dijo- ¡qué orejas tan grandes tienes!". "Son para oírte mejor, queridita" -respondió el lobo. "Abuelita, abuelita, ¡qué ojos tan grandes tienes!" "Son para verte mejor, reina mía". "Abuelita, abuelita, ¡cuánto pelo en la cara tienes!" "Es para estar más abrigada, mi cielo". "Abuelita, abuelita, ¡qué boca tan grande tienes!" "Es que estoy pachucha, nieta del alma mía". "Pero, ¡Abuelita, abuelita! ¡Qué dientes tan largos tienes!" "¡Son para comerte mejor! ¡Grrrr!" Y se libró de las mantas abalanzándose sobre la niña. Del susto, Caperucita le echó encima el caldo hirviendo con su tazón y todo. "¡Auh, auh, auh!" -se quejaba el lobo intentando sacudirse el líquido ardiente. Caperucita salió corriendo de la habitación y cogió la escopeta de perdigones de su abuela. Se dirigió a la habitación. El lobo seguía aullando sobre la cama. De su estómago y de la parte inferior de su abdomen salía humillo y un olor a pelo quemado. "¡¿Y mi abuela?! ¡¿Dónde está mi abuela?!" "En el armario ¡Ay!" Caperucita fue corriendo a abrir el armario y sin dejar de apuntar al lobo desató las manos de su abuela. Se abrazaron. "Señor lobo, le está bien empleado por tratarnos de esta manera -dijo la abuela- ¿Qué pretendía usted?". Al lobo se le veía la carne al rojo vivo en un rodal bastante grande del abdomen y se quejaba sin parar. "Yo sólo quería comer. Llevo en ayunas desde hace casi tres días y ahora esto. Creo que no podré resistirlo" -lloriqueaba el pobre lobo. "Caperucita hija, llama por teléfono al médico, ya sabes donde está el número". "Sí, abuelita". "Y usted, señor lobo, no se quede ahí quejándose. Venga conmigo al baño para echarle agua fría sobre la quemadura, eso le aliviará". El lobo, manso como un cordero, se fue con la abuela al cuarto de baño. Al poco vino el médico y le recetó una pomada para curarle la quemadura. Caperucita y su abuela dieron de comer al lobo que se lo agradeció muchísimo. Ante tanta bondad el lobo se replanteó su manera de buscar comida. La abuelita tenía una casa cuidada pero muy vieja, que necesitaba unos arreglos bastante urgentes. La valla que rodeaba la

casa había que reformarla, así como el jardín, la chimenea, la buhardilla. Ella sabía cómo hacerlo, pero le faltaban las fuerzas. Además necesitaba alguien que le cultivara y cuidara su pequeño huerto. Le ofreció al lobo este puesto de trabajo a cambio de comida y sueldo. El lobo entendió enseguida que esa era otra forma de encontrar comida y aceptó el puesto encantado. De todas formas, y en pago al susto que había dado a la abuela y a su nieta, no le quedó más remedio que aceptar trabajar gratis durante 6 meses. Durante ese tiempo la abuela le daría de comer y le pagaría una habitación en un pequeño hostal del pueblo cuya dueña era la hija del jefe de policía. Pasados dos meses de su nueva vida, el lobo conoció a una loba muy guapa que trabajaba en una frutería y se enamoró de ella. Se casaron y tuvieron cinco lobitos. Y fueron muy felices y comieron perdices.

Maricarmen Montero Camacho

EL POEMA QUE NO CESA

Un poema me grita la conciencia

un silencio me aconseja la prudencia

un leve rastro del amor mas puro que se resiste a abandonar mi alma...sin luchar.

a brazo partido lo llaman... ¿el que? no lo sé

una congoja inexistente, un suave murmullo que se te mete entre los muslos.

a qué sentido hago caso... ¿al único artificial?

¿al sentido común? y que nos queda de aquel aventurero de leyenda, aquella mujer de misterio suicida...

¿nada?, ¿no queda nada?...

no puedo ir contra mí, yo no soy sentido común,

soy un hombre, una aparición de mi íntima literatura,

para qué luchar, para correr el riesgo de ganar y conseguir la pírrica victoria de construirte un límite más en la vida.

dejadme acariciar los senos de la luna, dejadme besar el lecho de la poesía... soltadme, soltaos, escapemos, volvamos, liberaciones, hablemos de liberaciones, no os quiero enseñar nada, me da igual que me sigáis, pero no me sujetéis.

Correr desnudo una noche de verano por un bosque frondoso y cubierto de helechos, que rozan mis piernas desnudas, mientras siento el húmedo lecho del bosque bajo mis pies y la suave brisa acaricia mi pecho revolucionado por el esfuerzo. Aparece una ninfa del bosque de ojos violetas, labios rosados y pálido rostro, me detengo, ella me dice algo al oído, mientras sus labios rozan suavemente el lóbulo de mi oreja al hablar. Pone sus manos sobre mí, pongo mis manos sobre ella. El verde manto sobre el que yacemos enfría nuestros cuerpos por fuera, mientras las brasas de pasiones, fábulas y cuentos nos calientan el vientre. Sus piernas acorralan a mi alma indefensa a la vez que el beso se perfecciona en nuestras bocas, el amor hace su efecto y ese fulgor que no deslumbra se convierte en el protagonista de nuestra existencia... después como el perro que se lame las heridas, las caricias aplacan las secuelas de la pasión y la ternura que ejercía de apuntador en nuestra delicada obra se muestra en toda su extensión, incubando quizá una nueva y dulce tormenta de amarse hasta nublar el mundo... hasta nublar el mundo

De lo que los bosques le hablaron a Juan Carlos Jiménez y lo que no le habló el sentido común

EN LOS MEJORES CINES

Uno observa divertido la publicidad con que le bombardean continuamente. Aunque a veces resulte fastidiosa, las más de las veces es, simplemente, estúpida, decididamente diseñada para oligofrénicos y, por tanto, suele tener su gracia. Es el caso de la publicidad de las películas de estreno. Aparte de otros sutiles argumentos con que pretenden arrastrarnos a las salas -el anuncio de interminables masacres, catástrofes, acción, sexo y violencia a mansalva, sin ninguna alusión a lo novedoso o interesante del guión ni a las calidades artísticas de las actuaciones o la elaboración del film-, hay una frase, siempre repetida, que me resulta particularmente ridícula. En el anuncio siempre figura el argumento definitivo: "En los mejores cines".

Es una frase simple, directa,... estúpida. Ante tal afirmación mi cabeza, cuando decide prestarle al anuncio una mínima atención, se llena de preguntas: ¿sólo exhiben películas buenas en los mejores cines?, ¿es un signo inequívoco de la calidad de un film el hecho de que se proyecte en un buen cine?, ¿una bazofia cinematográfica merece salvarse de la quema por el sólo hecho de ser exhibida en una sala de calidad? Hay, por supuesto, otras preguntas menos inmediatas: ¿qué parámetros sirven para decidir que una sala es buena o mala?, ¿existe relación entre la calidad de los filmes proyectados habitualmente y la del propio cine?, ¿influyen las calidades arquitectónicas, el tamaño de la pantalla, la sonoridad de la sala o la comodidad de las butacas en que un cine sea considerado bueno o malo?, ¿sale ganando algo una película mala que es exhibida en un buen cine?, ¿puede ser bueno un cine que proyecta malas películas?, y así indefinidamente. Si decidimos que un cine es malo, ¿no tiene derecho a exhibir buenas películas? Si uno de los mejores cines proyecta repetidamente películas malísimas -que, por otro lado, siempre son las más abundantes en la cartelera- dejará de contarse entre los cines de abolengo? Y, ante todo, surge una pregunta sin aparente explicación. Dado que todas las películas, sean cuales sean, se anuncian como proyectadas en los mejores cines, uno se pregunta si acaso no existen cines malos o bien los cines malos no exhiben películas, en cuyo caso han de estar todos ellos cerrados.

La verdad es que a veces me gustaría encontrar uno de esos cines que no se cuentan entre los mejores. Aunque sólo fuera para poder juzgar por mis propios ojos. Quizá incluso me acercaría a ver una película cualquiera que no se exhibiera en los mejores cines. "En los mejores cines". Muy sencillo. Lo dicho. Para oligofrénicos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL ARGUMENTO

El argumento de esa apariencia de vida, ¿quién lo escribe?... De cuanto tiempo dispongo, no lo sé, tal vez mueras en la primera escena... pero de que va la película, no lo sé, puede que sea de las lentas... esas son las que más se parecen a esta apariencia de vida. Es una historia de miedo... a qué, al paro no no... es una historia de ciencia ficción... tal vez

pero eso no es lo fundamental del argumento... ¿de qué va la película? veo mujeres y hombres desnudos que hacen el amor pero no es una película porno, veo animales y niños pero no es una película de WALT DISNEY, leo el periódico todos los días pero no es La Naranja Mecánica, hay feos con gancho, feos a secas, guapos tontos, guapos listos, hay gente corriente (es de lo que más hay). Por qué actúan así los personajes y por qué cada uno actúa de forma diferente: Yo me he dedicado ha clasificarlos pero no he sido capaz, el guionista se ha perdido en sutilezas y le han salido todos los personajes grises, no hay un malvado, ni el bueno es guapo y listo y si lo es no es siempre bueno... qué aburrimiento no sé qué esperar de la historia, ni de la gente. Esto no es divertido, no puedo sentirme tranquilo viendo esta película, es una película para gente inteligente, yo necesito prejuzgar a la gente que me rodea para sentirme seguro, necesito saber quien es el malo, necesito saber quien es el bueno, necesito ver que el gitano roba, que el negro mata, que el policía me protege, que el cura me salva, que tiene lo que se merece, que él se lo ha buscado, que la tengo muy grande... Me parece que ya sé de que va la película, es una historia de amor pero los personajes parecen no darse cuenta... ¡Oye! trae acá esas palomitas.

STARRING: JUAN CARLOS
PRODUCTED BY: JUAN & CARLOS S.A.
DIRECTED BY: NIKITA JUANCARLOV

LOS ALIMENTADORES

Jonás Fresasconnata se definía a sí mismo como viajero. Con la excusa de comerciar recorría la galaxia conocida del uno al otro confín. Pero lo que menos le interesaba en sus viajes era sacar un buen pellizco de dinero, aunque todo el mundo tiene que vivir. No, lo que a Jonás le interesaba era conocer nuevas civilizaciones, estudiar sus costumbres e historia. Jonás se consideraba una especie de antropólogo aficionado.

Así fue como, en su continuo deambular de un lugar a otro, llegó a Tantax 7. En Órdiga, donde cerró un productivo negocio, escuchó rumores acerca de Tantax, un planeta próximo donde vivía una extraña civilización un tanto primitiva. Primitivos o no, parecía interesante echarlos un vistazo. Si, además, podía hacer negocios con

ellos, tanto mejor. Conque Jonás se hizo con cartas de navegación de la zona y dirigió su nave hacia el sistema de Tantax.

Tantax 7 era un planeta como tantos otros: una superficie ocre surcada por tenues brazos de agua y con un gran mar austral al que desembocaban los grandes ríos. Por encima de todo ello una masa de nubes grises que ocultaba el terreno. Jonás intentó establecer contacto con los tanxos -que así le habían dicho que se llamaban-, pero no hubo respuesta. Tantax debía de ser un mundo de veras primitivo cuando sus habitantes no mantenían una estación de contacto. Claro que a Jonás esto tampoco iba a desanimarlo. Realizó un suave descenso y conectó el sistema de opto-radar para localizar ciudades, un espaciopuerto o una explanada donde poder aterrizar.

No había grandes núcleos de población, al menos no núcleos visibles. Jonás recordaba, por ejemplo, aquel planeta helado, ¿cómo se llamaba?, donde todas las ciudades eran subterráneas, como una forma de conservar el calor. Claro que Tantax era un mundo tropical y cálido. Al cabo encontró un lugar que parecía habitado: entre unas montañas relativamente escarpadas se elevaban algunas torres de clara fabricación artificial. No había edificaciones que pudieran considerarse viviendas, sin embargo. Jonás encontró, asimismo, una plataforma de superficie pulida labrada en la cumbre de una de las montañas. ¿Un espaciopuerto? Minúsculo, en todo caso. Pero allí dirigió Jonás su nave.

Cuando el aparato se posó sobre la superficie de roca, Jonás apagó el contacto. Antes de salir comprobó nuevamente los datos de los biosensores: aire respirable, temperatura adecuada, ausencia de microorganismos patógenos. Jonás, no obstante, se colocó su traje protector y la mascarilla de respiración. Si de verdad era un mundo saludable, ya habría tiempo de olvidarse de precauciones.

Nada; desierto. ¿Dónde estaban los famosos tanxos? Sentía curiosidad por verlos. Era sorprendente que nadie en Órdiga le hubiera podido mostrar un holo de los tanxos. Pero tendría que esperar para satisfacer sus deseos. No se veía ninguna forma de vida alrededor. Ni vegetación, ni organismos móviles ni habitantes inteligentes. Tan sólo las huellas de una mano humana en el terreno.

Jonás había descendido de la nave montado en su pequeño automóvil. Sin descender de su carrito con ruedas, siguió lo que podía

ser un camino: un sendero labrado en la piedra serpenteaba sin conducir, aparentemente, a ningún objetivo. El camino se internaba entre las montañas, manteniéndose a una altura relativamente elevada y el paisaje seguía yermo y vacío. ¿Acaso habría aterrizado en un lugar abandonado? Era muy posible. Pero no se detuvo. Al cabo de unos minutos le pareció observar que, a lo lejos, el camino continuaba a través de un túnel en la roca. ¿Llevaría a alguna parte?

Al entrar en el túnel todo se hizo oscuro. El aire se tornó húmedo y frío. Jonás sintió un asomo de pánico pero se forzó a proseguir. No era momento de volverse atrás. Conectó las luces y continuó. Tal vez al final del sendero habría algo o alguien.

El camino desembocó en una gran cámara. Allí la oscuridad fue sustituida por una tenue luminosidad procedente de extrañas excrecencias en las paredes. Jonás se acercó a una de las paredes y comprobó que la luz procedía de unos organismos extrañamente pulsantes que emitían una pálida luz verdosa. Así pues, Tantax contenía efectivamente vida. El trazado artificial del túnel que conducía a aquella bóveda iluminada hacía pensar en el trabajo de seres inteligentes. Jonás tuvo el presentimiento de que los tanxos se hallaban cerca de aquel lugar.

Antes de proseguir, exploró la gran cámara. Siguió las paredes y no vio nada revelador. Sólo los organismos iridiscentes. Se fijó, eso sí, en que muchos de ellos presentaban una concavidad que contenía una materia grisácea, como si fuera el polvo de un metal. No se detuvo a estudiar aquello con detenimiento. En primer lugar le interesaba encontrar a los tanxos. Si existían pobladores y era capaz de hallarlos, ellos resolverían sus dudas. De modo que prosiguió su inspección. Condujo el automóvil hasta el centro de la sala. Tampoco había allí nada extraordinario. Tan sólo, justo en el centro de la cámara, había diez hoyos en el suelo formando un círculo. Eran, indudablemente, excavaciones artificiales. Las diez concavidades tenían forma de lágrima con el extremo más fino hacia el centro, formando el conjunto una imagen arrosetada. Jonás observó el nivel de energía del carrito. Estaba muy bajo. Conectó la unidad de reserva y decidió que debía salir pronto a la luz del sol para recargar las baterías. No obstante, prosiguió un poco más con su exploración. Retornó al sendero original y

lo siguió. En el extremo opuesto de la cámara había un nuevo túnel oscuro del que llegaba una suave brisa. ¿Estaba al otro lado el exterior? Esta vez dudó entre conectar o no las luces. Si se gastaban las baterías siempre le quedaba el rústico motor de alcohol, pero no era cuestión de forzar de ese modo la situación. Se mantuvo en la penumbra y avanzó unos metros. Después se detuvo. La brisa era más fuerte y venía de un lateral. Jonás encendió las luces y vio que estaba en una bifurcación. El túnel se ensanchaba y se dividía en dos. Por el lado derecho le llegaba una auténtica ventolera, por el izquierdo no había nada. Jonás decidió seguir el camino de la derecha. Si corría el viento era probable que el túnel condujera al exterior. Claro que podía no ser así y que hubiera un largo camino hasta llegar a alguna parte. Fuera como fuese, Jonás se arriesgaba con cualquier decisión, así que escogió la más razonable. No se equivocó. Tras unos minutos en penumbra, la luz se hizo al final del sendero. El camino se fue ensanchando y la luz se hizo más intensa. El túnel desembocó en una gran hondonada en la falda de la montaña. Aquella depresión parecía también excavada por manos humanas. El enorme agujero mostraba un color gris como el del polvo de las lámparas vivas en la gran cámara. ¿Sería la hondonada el origen del polvo gris? De ser así, era probable que hubiera tanxos por allí. Pero desde aquel lugar no se veía nada ni nadie alrededor. El ronroneo del cargador de las baterías al conectarse las placas solares le hizo alzar la vista al cielo. El sol brillaba en todo lo alto. El cielo mostraba un extraño color rosado, ¿se correspondía aquel color con el atardecer en el planeta?

Jonás se entretuvo unos minutos explorando, pero, aparte de la hondonada gris, por allí no había ninguna construcción que hablara de la presencia de seres inteligentes. El piloto verde no se había encendido en el tablero de mandos. Las baterías solares todavía no se habían recargado. Aún tardarían media hora más. Jonás decidió pasear un rato a pie, mientras tanto. Caminar sobre el polvo gris resultaba dificultoso, igual que sobre la arena del desierto. Jonás tomó un puñado de polvo en su mano. Parecía metal, pero era menos consistente. El polvo estaba formado por unas esferitas de medio milímetro de diámetro. Jonás se agachó y excavó en la arena. Apenas a un palmo de la superficie tocó fondo. El suelo era duro y liso por debajo de la arena

gris. En ese momento le llegaron ruidos desde su espalda. Jonás se volvió sobresaltado.

La escena que se presentó ante sus ojos no era muy diferente de la que podría haber visto en una antigua cantera terrestre, pero sí mucho más sorprendente. De la boca del túnel partía una hilera de personajes -¿tanxos?- cargando sacos y diversas herramientas. Desfilaban silenciosamente hacia el fondo de la hondonada, sin ver a Jonás. Los tanxos median poco más de un metro. Eran delgados y de aspecto antropoide: con gran cabeza apepinada, cara de sátiro con enormes nariz y orejas puntiagudas, dos brazos con manos y dedos y dos piernas con pies. Todos vestían por igual: una raída túnica parda, similar a la de los viejos monjes franciscanos, y un gorro frigio cubriendo parte de su cabeza.

Cuando divisaron a Jonás allá abajo, se rompió el silencio. Uno de los tanxos extendió el nudoso brazo en su dirección y todos lo miraron curiosos y asustados, empezaron a ulular y descendieron corriendo hasta su lado, abandonando buena parte del material que acarreaban consigo. Jonás sintió un asomo de pánico, pero logró controlarse a tiempo para exhibir una amable sonrisa ante los pobladores del planeta. Los tanxos parecían más amedrentados que otra cosa y en sus opacos ojos amarillos brillaba un extraño fulgor. Incluso de cerca era difícil distinguir a unos de otros. Todos tenían la piel apergaminada de un color ocre con brillos grises que recordaban la tonalidad del suelo y sus facciones, plagadas de finas arruguitas, eran similares en todos los individuos.

Jonás ajustó el traductor y ensayó un saludo en varios idiomas. Los tanxos lo miraban sin entender ninguna de las lenguas más extendidas. Finalmente uno de ellos se sobresaltó ante el intento de saludo en órdigo que Jonás les dedicó. Bien, parecía que entenderse con los tanxos iba a ser posible.

-¿Qué quiere extranjero de nosotros?- preguntó el tanxo con una voz aguda y ululante.

-He venido a conocer a los tanxos y a intercambiar noticias y bienes con ellos.

-¿Comerciante? -sugirió el tanxo.

-Comerciante.

A partir de ahí todo fue mucho más sencillo. Si algo fascinaba a los tanxos eran las novedades del exterior y los productos de otros planetas a los que tan difícil acceso tenían. Jonás tampoco esperaba hacer grandes negocios con aquella humilde gente, pero se daría por satisfecho si conseguía su hospitalidad y podía aprender sus costumbres.

La primera semana entre los tanxos le sirvió a Jonás para tomar contacto con la situación. Gracias a Flux, el tanxo que entendía el órdigo, Jonás pudo añadir el idioma tanxo a su traductor. Mientras tanto utilizó a Flux como su guía e intérprete. En esos primeros días no alcanzó a comprender el orden social de los tanxos, aspecto que tampoco le preocupaba demasiado por cuanto su primer interés era el de hacerse comprender. No le pareció, en principio, que los tanxos tuvieran líderes entre ellos. Sin embargo, no dejaban de sorprenderle los agotadores horarios de trabajo, ¿autoimpuesto? Los tanxos se levantaban muy temprano y descendían a su cantera para extraer toneladas de polvo gris que llevaban al interior de su gruta. Gruta que, por cierto, los tanxos no permitieron que Jonás volviera a visitar en aquel tiempo, lo cual tomó el viajero por un signo de desconfianza remanente que no había conseguido vencer con sus numerosos obsequios sin valor. Todavía esperaba poder entrar a su mundo, consciente de que muchas de sus dudas y preguntas hallarían respuesta allí. No obstante esa prohibición, los tanxos se mostraban curiosos y amables en todo momento. A él dedicaban casi todo su escaso tiempo libre y, de común acuerdo, consintieron en permitir que Flux le acompañara durante todo el tiempo a cambio, eso sí, de la distribución de unas cuantas herramientas órdigas. Al parecer, para los tanxos la rudimentaria tecnología de sus vecinos órdigos era el paradigma de la sofisticación, y Jonás no se molestó en contradecirlos.

De sus conversaciones con Flux, siempre parco en palabras y difícil de seguir, Jonás obtuvo alguna información de interés acerca de su trabajo y su economía: Tantax era un mundo pobre, casi desértico en sus regiones interiores. La lluvia era escasa e irregular. Los tanxos recogían agua en enormes tanques para utilizarla en las largas carestías. Toda su vida dependía de la cantera y de su "ganado". Flux mencionó de pasada a unos personajes misteriosos a los que se refería

como cuidadores, de los que hablaba con extraordinario respeto. Por lo que Jonás pudo deducir aquellos cuidadores eran los responsables del mantenimiento del "ganado", pero no pudo ver a ninguno de ellos. A partir de sus conversaciones con Flux y de lo que pudo ver a su alrededor Jonás pudo esbozar un apunte de su sistema económico: toda la sociedad tanxa se basaba en el polvo gris metálico. No era un metal sino un pequeño organismo fotosintético capaz de reducir un compuesto férrico muy abundante con el que formaba su caparazón. Ese era el polvo gris. Con él alimentaban a su "ganado". Tampoco pudo ver al tal ganado, aunque se imaginó que debía de tratarse de algún organismo similar a aquellas excrecencias iridiscentes de las paredes de la gruta. Posiblemente aquellos organismos obtenían su energía de la oxidación del polvo gris y, a su vez, eran asimilables por el metabolismo de los tanxos. Curiosamente, Jonás tampoco vio durante su estancia en el exterior a ningún tanxo comiendo. Tampoco pudo saber si los tanxos eran sexuados ni qué sistema político los regía, si tenían formas de arte o literatura, mitos o creencias. ¿Cómo describir una sociedad si desconocía sus aspectos fundamentales? Confiaba en poder responder a sus preguntas una vez alcanzase una mayor confianza con sus hospedadores.

Por lo demás, la vida de Jonás era bastante sencilla. De su nave trajo hasta la cantera una tienda aislante, comida, bebida y aparatos de grabación. Por fin se podría disponer de holos y vídeos de los tanxos. Los tanxos, lejos de asustarse por aquellas réplicas de sí mismos, se mostraban fascinados por ellas y todos deseaban que Jonás les regalara un holo. De modo que la falta de holos de los tanxos en Órdiga se debía al simple desinterés por parte de sus vecinos. Jonás tenía la sensación de ser el primer extranjero que se interesaba por los tanxos. Tanxos. Ellos no se llamaban a sí mismos de ese modo. Ni siquiera humanos, como es tan frecuente entre las sociedades primitivas. No, su vocablo para definirse, una palabra que sonaba algo así como "grluixi", significaba "los alimentadores", lo cual Jonás interpretó como una alusión a su consciencia: los seres que saben que se están alimentando. Jonás estaba muy satisfecho de su hipótesis: el polvo gris y el "ganado" no eran conscientes, por eso los tanxos eran los únicos "alimentadores". Sin embargo, cuando le comentó su idea a Flux

este puso una cara que Jonás nunca había visto en un tanxo. ¿Era de sorpresa, de interés? Sólo mucho más tarde Jonás reconocería aquel gesto como lo que era: Flux se había reído.

Al cabo de dos semanas estándar (correspondientes a 14 días tanxos) le fue permitido a Jonás seguir a los tanxos al interior de sus grutas. Flux le advirtió de que se trataba de un gran privilegio que rara vez se concedía a un tanxo de otra comunidad y menos aún a un extranjero. Jonás se deshizo en elogios y agradecimientos para con sus hospedadores. Jonás estaba acostumbrado a ese juego de confianza-desconfianza para con los extranjeros en las sociedades primitivas. Supuso que, ya que los tanxos no parecían tener jefes, se habrían reunido para tratar del exótico alto y feo que llevaba unos días conviviendo con ellos. Tal vez unos hablaron en su favor y otros en su contra, pero bueno, si al cabo le permitían visitar sus lugares privados eso significaba que lo habían aceptado entre ellos. Flux le dijo, sin embargo, que fueron los cuidadores los que concedieron el permiso. ¿Eran los cuidadores sus líderes?

Jonás siguió a pie a su amigo Flux al interior de una de las grutas mayores. Al tanxo no parecía preocuparle la absoluta oscuridad que les envolvía en sus desplazamientos por el interminable túnel. Para Flux aquellos laberintos excavados en la roca no tenían ningún misterio y se orientaba perfectamente a través de ellos en la penumbra. Si los tanxos poseían además algún extraño sentido de orientación no visual Jonás no tenía noticia de ello. El tanxo, como viera que Jonás se retrasaba, le ofreció su harapiento jubón para que se agarrase a él y no se perdiera. En otra ocasión, le dijo, le prestaría una lámpara para que pudiera caminar con más seguridad.

Inesperadamente, a la vuelta de un recodo del túnel, se hizo la luz. Habían desembocado en una gran cámara similar a aquella que encontró Jonás a su llegada a Tantax. La pálida luz de la sala procedía de excrecencias en la pared, como en aquella otra ocasión. Sin embargo, esta nueva gruta bullía de actividad. Docenas de tanxos se movían de uno a otro lado trayendo y llevando bultos, ajenos a los escrutadores ojos del exótico extraterrestre. Pronto la mirada de Jonás se dirigió al centro de la sala, donde vio un círculo formado por enormes figuras

inmóviles y palpitantes de las que contó unas diez. Flux lo llamó a su lado:

-Te voy a presentar a los cuidadores -comentó con orgullo.

Jonás asintió y siguió a su pequeño guía precisamente hacia el centro de la sala. Allí pudo comprobar que el suelo estaba horadado y, sobre diez hoyos excavados en la roca, formando un círculo, se asentaban las diez enormes figuras que vislumbrara en la distancia. Flux aún no lo había dicho, pero Jonás supo que se trataba de los cuidadores.

Flux tironeó de su manga y lo llevó frente a una de las monstruosidades pulsantes. Jonás se encontró cara a cara con un cuidador. No cabía duda de que aquel ser deforme y mastodóntico conservaba aún los rasgos de un tanxo.

A Jonás la imagen del cuidador le recordó a una abeja o una hormiga reina: la pequeña cabeza de tanxo se prolongaba en un cuerpo deforme a través de una gruesa papada que conectaba con la mole pulsante. El cuidador no tenía brazos ni piernas. Su cuerpo era de un tegumento traslúcido a través del que se veía una maraña iridiscente y pulsante que emitía una luz como la de la gruta pero atenuada. La figura en conjunto era un tanto repulsiva, el rostro del tanxo a su extremo la hacía aún más extraña.

-El cuidador quiere hablar contigo -anunció Flux. Jonás, ciertamente, no había escuchado sonido alguno por parte de la mole, aunque bien podía deberse a su ensimismamiento.

-Raro -pronunció aquel ser viscoso con una voz extrañamente gorgoteante.

-Vengo de muy lejos -dijo Jonás señalando al techo de la bóveda.

-Lejos -repitió estúpidamente el cuidador. Jonás empezaba a creer que aquel bicho asqueroso, al que le costaba relacionar con los vivarachos tanxos, no era capaz de pronunciar más de una palabra cada vez.

-Tiene hambre -añadió el cuidador con un tono histérico sobrepuesto a su voz graznante.

-Enseguida, enseguida -era Flux presa del nerviosismo. Daba la impresión de que para el tanxo nada podía ser tan terrible como irritar a su deforme compañero.

Flux echó a correr con una premura insospechada. Tomó una especie de pala de metal y volvió corriendo junto al monstruo. A su lado había un montón gris metálico del que tomó una paletada. El monstruo abrió una enorme boca y Flux depositó el contenido de la pala en su interior. El cuidador emitió un breve gemido de placer.

-Bueno, bueno -comentó con su lenguaje infantil.

Jonás tomó a Flux por el brazo y lo llevó a un aparte. El tanxo parecía nervioso. No quería abandonar a su compañero sin pedirle permiso.

-Este imbécil, ¿es tu jefe? -preguntó Jonás.

-¿Jefe? ¡No! -Jonás ya había aprendido a distinguir lo que era desprecio en la voz del tanxo-. No sólo es el jefe. ¡Es un cuidador! -lleno de admiración.

-Tiene hambre, ¡tiene hambre! Raro, ¡vete! -era de nuevo el cuidador, en un arrebato de fluidez oratoria.

-Por favor, vete -suplicó Flux a Jonás-. No debe enfadarse. Luego nos veremos. Ahora debo atenderle.

Jonás se encogió de hombros. Había sido una sorpresa contemplar la servidumbre del tanxo hacía aquel ser deforme y caprichoso. A fin de cuentas los tanxos no eran libres como pensaba. Jefes o cuidadores, era todo lo mismo: jerarquías de poder. Se apartó del cuidador y de Flux y se puso a caminar por la gruta, observando el comportamiento de los otros tanxos. Todos se movían continuamente alrededor de las diez deformidades a las que servían. Les llevaban comida, los abanicaban, les rascaban el cuerpo verrugoso, obedecían todas sus órdenes, atentos al más ridículo capricho. Los tanxos trabajaban tan frenéticamente como Jonás siempre les había visto hacerlo, pero con el añadido de un servilismo abyecto en sus actos y el miedo de defraudar a sus tiránicos jefes. Saltaba a la vista que aquellos monstruosos cuidadores eran una élite que abusaba de su poder. Nada hacían, puesto que sus deformes cuerpos nada les permitían hacer. Su anormalidad parecía alcanzar especialmente a su mente subdesarrollada, infantil cuando no la de un cretino. Jonás,

acostumbrado a ser un viajero sin ataduras, solía sentir lástima por los siervos de las sociedades que visitaba. Casi siempre los había, cuando no ocupaban su lugar los esclavos. Los tanxos no eran una excepción. Sólo que Jonás sentía por ellos mayor lástima, puesto que durante algún tiempo los había considerado libres. Cansado de contemplar aquel lamentable espectáculo, Jonás cambió la penumbra de la gruta por la luminosa mañana del exterior, donde otros tanxos se afanaban por extraer del suelo la ración diaria de polvo gris.

Más tarde mantuvo una larga conversación con Flux. Fue una conversación muy instructiva, pero también frustrante. El pobre tanxo nunca había pensado en un concepto tan obvio como el de la libertad. Sabía que el mantenimiento de su individualidad tenía un precio: la servidumbre a los cuidadores. No se consideraba esclavo. Era su obligación, casi una necesidad tal y como él lo pintaba, atender a los cuidadores.

-No lo comprendes -repetía el tanxo una y otra vez-. Los cuidadores nos alimentan. Ellos hacen crecer al "ganado" con el polvo gris, su comida, y nos dan el ganado para que podamos sobrevivir. Por eso debemos atenderles y obedecerles en todo, porque ellos nos dan la vida.

El tanxo contemplaba la perspectiva de su vida de esclavo como algo razonable e inevitable. Ser un cuidador era un honor y otorgaba toda una serie de privilegios elitistas. Sólo en las mejores familias había cuidadores. Los cuidadores debían renunciar a muchas cosas: no podían moverse, y nunca eran demasiado listos. Los demás debían ayudarlos en todo como pago por su sacrificio. Si los cuidadores no estaban contentos no les daban comida y los tanxos morían. Por eso había que mantenerlos contentos. Por eso y porque eran cuidadores, claro está.

A la cabeza de Jonás acudían palabras tan conocidas como nobleza, aristocracia, control de los recursos. Siempre había una forma a través de la cual las élites ejercían su dominio. Para los tanxos era el alimento. Los privilegios creados para los cuidadores se perpetuaban a través del control de la producción de alimentos por parte de estos. Posiblemente los demás fomentaban la idea del honor de ser cuidador

esperando que quizá alguno de ellos pudiera pasar algún día a formar parte de la élite.

Las razones sociológicas y psicológicas no estaban, de todos modos, muy claras para Jonás. Le habría gustado también tener conocimientos de fisiología. Al margen de la repulsión que la esclavitud de los tanxos pudiera causarle, no dejaba de ser asombrosa la extraña metamorfosis que conducía desde la forma normal de los tanxos hacia aquella monstruosidad vermiforme. Según Flux no había nada de milagroso en ella puesto que cualquier tanxo, si adquiría tal honor, podía convertirse en cuidador. Pero, claro, Flux tampoco sabía nada de los procesos fisiológicos que conducían a la transformación.

Los hechos, según Flux, eran que la única forma de cultivar ganado era en el interior de un tanxo adecuadamente transformado en cuidador. El proceso, que Jonás no tuvo tiempo de contemplar por sus propios ojos, debía de ser verdaderamente espectacular. Se tomaba un tanxo normal. Con las prerrogativas, eso sí, de la honorabilidad de su familia, sus muchos méritos personales y toda la parafernalia de la nobleza autoperpetuante que adorna con virtudes al objeto de la elección. El tanxo ingería una buena porción de polvo gris, que servía al parecer como catalizador de la transformación y de una peculiar simbiosis. El tanxo, por sí solo, no era capaz de asimilar el polvo gris y caía en una especie de trance comatoso del que, si tenía fortuna, lo salvaba la colaboración del ganado. Por lo visto, en el aparato digestivo del tanxo comenzaba a desarrollarse una flora intestinal constituida por el famoso ganado del que el tanxo se había alimentado durante toda su vida. Jonás supuso que parte del alimento ingerido con anterioridad no habría sido aún convenientemente digerido y contendría las semillas, esporas o la forma particular de dispersión y reproducción del famoso ganado, que originarían esa vegetación capaz de asimilar el de otro modo venenoso polvo gris. Quizá como consecuencia del estado semicomatoso los tanxos en metamorfosis perdían buena parte de su inteligencia y salud convirtiéndose en aquella mole estúpida. Esta idea de Jonás venía apoyada por las palabras de Flux. Según el tanxo se habían dado casos -cuya frecuencia no fue capaz de determinar- en los que la simbiosis tanxo-ganado no era efectiva y el individuo no desarrollaba en su interior aquella exuberante flora exótica, de modo

que no podía asimilar el polvo gris y moría. Era esta una nueva particularidad que se tenía en cuenta a la hora de otorgar a un tanxo el honor de ser cuidador: aquellas familias en que se daban casos de rechazo con cierta asiduidad terminaban por ser rechazadas en el juego de elecciones, lo cual añadía un punto más a la idea que Jonás comenzaba a formarse de los tanxos y su sociedad elitista. Por supuesto que Flux no desperdició ocasión para confesar que su familia era una de las más notables del país y multitud de parientes suyos habían alcanzado el grado de cuidador, honor que él mismo todavía esperaba merecer algún día.

La metamorfosis, según el relato de Flux, corría pareja al progreso de la simbiosis. El ganado que proliferaba en el nuevo cuidador provocaba el monstruoso desarrollo abdominal del tanxo. Sus miembros se reducían y atrofiaban, perdiendo movilidad y funcionalidad. Sus funciones motrices se reducían al máximo si bien el cuidador conservaba sus funciones reproductivas. Según pudo Jonás especular más tarde, los tanxos no tenían individuos sexuados, siendo todos iguales en su determinación sexual, pero apareaban entre sí por parejas, de forma que, cómo no, siempre era un honor y un privilegio poder aparear con un cuidador. Nuevamente las normas sociales establecidas no hacían más que prorrogar indefinidamente el sistema elitista de privilegios. Por lo demás, el cuidador era poco más que un vegetal: casi total inactividad y sólo sabía pedir aquello que necesitaba. Jonás entendió que, además, aquellos cuidadores imbéciles eran extraordinariamente caprichosos e irascibles, aspectos los cuales eran aceptados por sus congéneres como connaturales a su nueva condición.

Jonás, que en principio pretendía ser un mero observador de los tanxos, no pudo soportar ver impasiblemente aquella situación. Los tanxos aceptaban resignadamente, enmascarando la resignación con un buen ánimo aparente, sus innecesarias servidumbres. ¿O tal vez no eran innecesarias? Aun en el peor de los casos, si los cuidadores fueran de verdad imprescindibles eso no tenía que implicar un sometimiento a sus estúpidos deseos. Quizá los tanxos engrandecían, en ese caso, la triste figura del cuidador como un estado deseable para compensar el inmenso sacrificio de la pérdida de humanidad por parte del individuo metamorfoseado. Eso habría sido en cierto sentido loable, pero Jonás

podía ver más allá de la compasión el establecimiento de un sistema elitista con unos cuantos privilegiados y una multitud de semiesclavos a su servicio. Y había otro detalle que aclaraba más la opinión de Jonás así como las decisiones que estaba dispuesto a tomar: no estaba en absoluto seguro de que los cuidadores fueran necesarios para el crecimiento del ganado. Jonás pensaba muy al contrario que no hacía falta un depositario del ganado para que este creciera a base de polvo gris. Y las pruebas Jonás las creía ver constantemente a su alrededor.

Así pues, Jonás, viajero y comerciante, consideró su deber transmutar su sencillo oficio por el más arriesgado y comprometido de agitador de masas. Movido por amistad hacia sus nuevos objetos de estudio, Jonás decidió convertirse en el artífice de su revolución, en el líder no pedido que les conduciría a la liberación de sus miserables ataduras. La decisión, una vez vencida la resistencia que proporcionaban los argumentos del no intervencionismo, no fue difícil de asumir. Ahora bien, faltaba -o eso le parecía a Jonás- lo más complicado: ¿Cómo convencer a los tanxos de que la revolución debía ser llevada a efecto? Jonás contaba con tener que oponerse al peso de multitud de generaciones de costumbre y tradición, y no confiaba en ser capaz de arrastrar a los tanxos tras sus ideas. Pero ese no iba a ser motivo para no intentarlo.

Lo primero era comprobar que tenía razón. Nada más sencillo que hacerse con una pequeña cantidad de ganado y tratar de reproducirlo. Nada más sencillo en teoría; en la práctica era otro cantar. Jonás pudo ver como los tanxos recogían su trabajosa cosecha. El tanxo encargado de recoger el alimento se situaba detrás de un monstruoso cuidador con un enorme cesto a la espera de recibir el alimento. Cerca del final de su mastodóntico cuerpo pulsante cada cuidador presentaba un orificio en su región dorsal por donde entregaba -por no decir defecaba- el preciado alimento. El tanxo recogía aquel hediondo don -pues efectivamente para Jonás presentaba un olor nauseabundo, quién sabe si no lo era para los tanxos-. El tanxo se llevaba la carga al exterior y la dejaba secarse al sol. Una vez seco ya podía ser consumido por los tanxos de cualquier modo imaginable. Así pues, recogerlo parecía tan simple como ponerse tras un cuidador y recibir el preciado don de sus entrañas. Pero a Jonás no le estaba

permitido pasear a su antojo entre los cuidadores ni menos aún estorbar a los tanxos en su trabajo. Tampoco quería coger un trozo de ganado seco y tratar de cultivarlo. De modo que determinó hacer de salteador de caminos. Siguió a un tanxo con su carga recién recogida hasta el exterior. El tanxo vertió el contenido sobre el suelo, extendiéndolo adecuadamente para ser secado, y se fue. Pronto llegaría otro tanxo con una nueva carga, así que Jonás se apresuró a recoger del suelo unos cuantos sarmientos de ganado, confiando en que a partir de ahí su experimento pudiera fructificar.

Era difícil de creer, pero aquellos fragmentos semidigeridos y troceados crecieron perfectamente sobre un suelo provisto tan sólo de polvo gris. Si tan fácil era cultivar el ganado, ¿a qué venía tanta ceremonia de cuidadores y peligrosas metamorfosis? Jonás nunca alcanzaría a comprender el porqué de ciertas costumbres extrañas que proliferaban en casi todas las etnias conocidas. Jonás hizo varias pruebas a partir de su éxito inicial. En una de ellas descubrió que, cultivado bajo un plástico, el ganado crecía notablemente más rápido. Ahí parecía estar la clave del misterio: el sacrificio de los tanxos -que lo era también en su propio progreso hacia la cúspide social- proveía al ganado de un ambiente propicio e incrementaba la productividad. Era un aspecto divertido el del plástico. Si lograba convencer a los tanxos para abandonar sus primitivas costumbres que les habían conducido al clasismo, su altruista ayuda obtendría al cabo una recompensa material: Jonás Fresasconnata podría convertirse en el suministrador oficial de plástico. Faltaba saber qué les pediría a cambio a los tanxos como objeto de comercio.

Desde luego los experimentos de Jonás habían sido un éxito. Pero, aunque no conviene adelantar acontecimientos, hay que decir que se le olvidó realizar una prueba que, a la postre, quizá habría sido la más importante. Pero los descubridores rara vez son pacientes. Están deseando compartir su éxito nada más producirse y eso fue lo que hizo Jonás lo antes que pudo. En una de las habituales reuniones nocturnas de los tanxos tomó la palabra y llamó la atención de sus hospedadores para anunciarles su descubrimiento:

-Amigos, debo hablaros y quiero que me escuchéis atentamente. He descubierto una forma de liberaros de buena parte

de vuestro trabajo. No más jornadas desde el amanecer hasta la puesta. Los tanxos ya no tienen por qué trabajar sin descanso.

Jonás había hablado transmitiendo una emoción que no sabía si sentían sus oyentes. Dejándose llevar por su arrebato de oratoria llevó su exposición hasta el final sin fijarse en los rostros sorprendidos y admirados que ya había aprendido a reconocer en los inmutables tanxos.

-Vuestra vida consiste en levantaros con el sol y trabajar todo el día para procuraros vuestro alimento. El ganado debe crecer dentro de vosotros y debéis alimentar y obedecer continuamente a vuestros cuidadores a cambio del alimento. Pero esto que habéis hecho durante siglos no tiene por qué hacerse así. Mirad: el ganado puede cultivarse fácilmente en el exterior y si utilizáis plástico -y entonces les enseñó una lámina del extraño material- vuestro ganado crecerá tan rápido como dentro de vuestros cuidadores.

Jonás miró a su alrededor. Seguía habiendo gestos admirados si bien muchos habían optado por la incredulidad. Jonás no lo esperaba, pero en el ambiente se respiraba una tensa expectación.

-Os lo demostraré -dijo Jonás.

Y tomó un puñado de polvo gris, un pequeño sarmiento de ganado y lo cubrió con un plástico.

-Mañana veréis el resultado -sentenció.

Todos se fueron a descansar, cuchicheando entre sí sobre la viabilidad del prodigio. Un tanxo muy viejo alzó la voz para decir que eso no podía hacerse. Había empezado a apelar a las tradiciones y algunos otros tanxos lo escuchaban atentamente, pero se le acercó Flux y le dijo algo en voz baja que hizo asentir al anciano, el cual guardó silencio.

Al día siguiente Jonás se despertó cuando aún no había amanecido. Los tanxos, impacientes, no habían soportado la espera y habían seguido los progresos de la planta sembrada por Jonás durante la noche. No atreviéndose a levantar el plástico habían intuido el progreso a través del traslúcido material. A Jonás lo despertaron sus nerviosos comentarios y el continuo ir y venir de pies arrastrándose sobre el polvoriento suelo. No había razón para hacerles esperar más. Jonás se levantó y no se entretuvo en asearse o desayunar. Se acercó

con aire enigmático a su obra, levantó el plástico y un gemido de admiración se elevó a su alrededor. Jonás había descubierto un imponente ejemplar de ganado: brillante, majestuoso y enorme, de aspecto saludable y apetitoso.

El anciano de la noche anterior se acercó a la planta fascinado. Comenzó a hacer, no obstante, un aviso que nadie escuchó. El anciano iba a probar aquella exquisitez después de anunciar los peligros de ir contra la tradición pero no pudo hacerlo. Se vio literalmente arrollado por la turba frenética de sus compañeros. Jonás nunca previó una reacción de tal calibre. Él se había propuesto liberar a los tanxos de unas ataduras que ellos mismos parecían ignorar, pero bastó que vieran la posibilidad real de romper sus cadenas para que la revolución estallara por sí sola. Los tanxos habían visto con sus ojos el milagro del ganado. Podía cultivarse un ganado saludable y enorme bajo un simple trozo de plástico. ¿Quién necesitaba entonces sostener a los tiranos cuidadores? En un visto y no visto Jonás presenció una de esas reacciones en masa casi irracionales que se dan en tantas y tantas sociedades gregarias. Los tanxos, olvidados de su individualidad, salieron corriendo hacia las grutas, gritando y gorgoteando histéricamente.

-¡Mueran los cuidadores! -clamaban algunos de los tanxos más excitados.

Dicho y hecho. Jonás no presenció la escena, pero pudo imaginarla. Miles de tanxos enloquecidos invadiendo el santa santorum de sus líderes. Empuñando palas, picos y porras atacaban a los cuidadores, que se quejaban indolentemente con su lenguaje infantil. Los tanxos enfebrecidos no se detenían ante nada. Los cuerpos deformes reventaban ante los golpes inmisericordes de los revolucionarios. En unos minutos se hizo el silencio. Los cuidadores habían muerto y sus repugnantes restos cubrían el suelo de las grutas. Al poco la turba enardecida salió al exterior gritando su victoria y su libertad, vitoreando a Jonás el Libertador. Es difícil describir una sensación tan placentera como la de verse convertido en ídolo local. Así se sentía Jonás, como un nuevo dios de los tanxos.

Poco después Jonás empezó a entregar plástico a sus amigos para que iniciaran sus propios cultivos. No se atrevió a vendérselo. No

por miedo, sino por solidaridad. Algo tan hermoso como aquella revolución no merecía verse empañado por sus miserables intereses económicos. Jonás lamentaba la violencia desatada, pero ¿cómo controlar tantos años de resignación y miseria? Las revoluciones, como casi cualquier cosa, tienen su precio. En este caso en vidas y sangre, aunque Jonás recordaba revoluciones mucho más sanguinarias.

Poco duró el sueño de Jonás. Ya aquella tarde llegaron unos cuantos tanxos descontentos. Encabezados por el anciano de marras venían a quejarse a Jonás de que los había engañado. El nuevo alimento no era como el antiguo. Los disidentes habían probado el ganado que Jonás cultivó la noche anterior y habían decidido que tenía mal sabor. Jonás pensó que podía ser algo casual. Ya se mejoraría el cultivo con el tiempo. No le parecía algo importante. Además, ¿qué era de la libertad sin un precio, como todas las cosas?

Jonás calmó a los disidentes y se fue a dormir plácidamente. Pero si Jonás durmió aquella noche como un nuevo dios, con el amanecer se despertó vuelto a la cruda realidad. Los tanxos ya habían despertado y habían acudido corriendo a sus cultivos de ganado. Todos lo habían probado y todos coincidían en su mal sabor. Los de la noche anterior mostraban un aspecto saludable y, sin embargo, seguían encabezando la protesta.

-Nos has engañado -dijo el anciano.

-Él nuevo ganado sabe mal.

-Yo ya lo imaginaba -anunció el anciano-. El ganado que crece fuera de los cuidadores sabe mal.

-Pero confiábamos en los poderes del plástico -dijo Flux sin dejar que Jonás se defendiera.

-Sólo que el plástico no tiene poderes -sentenció el anciano.

-Pero, ¿cuál es el problema? -dijo Jonás-. El alimento sabe mal, decís. Puede ser cierto, pero entonces seleccionad el mejor. ¿Es venenoso? ¿Os hace caer enfermos?

-No, pero...

Jonás no dejó proseguir al anciano.

-Pues entonces pagad el precio de vuestra libertad. El alimento no es tan bueno como el que teníais, pero a cambio sois libres, ¿o no?

Los tanxos se callaron y meditaron unos instantes. Jonás pensaba que, después de todo, los tanxos apreciaban la libertad recién adquirida. Pero se equivocaba:

-Muerte al extranjero -empezaron a gritar los tanxos más próximos a Jonás.

El extranjero no se entretuvo a convencerlos. Los tanxos no estaban dispuestos a pagar el precio de la libertad. Jonás se dio cuenta del error que supone querer vender tus ideas y motivaciones a unos extraños. Él no los había animado a su sangrienta revolución, sólo creyó haber hallado el medio de liberarlos y ahora los tanxos estaban tan exaltados como la víspera pero el objeto de sus odios era el viajero espacial. Jonás echó a correr hacia su carrito solar y los tanxos fueron tras él. Consiguió montar y, afortunadamente, las baterías estaban cargadas. El vehículo comenzó a rodar y trotar sobre los montículos de polvo gris hasta alcanzar la nave. Los tanxos eran lentos y sólo pudieron asestarle algunos cantazos a Jonás desde la distancia. De haberlo capturado lo habrían linchado. Tuvo suerte de llegar a su nave, encender los motores y elevarse ante la marabunta de tanxos llenos de salvaje enojo.

Jonás había fracasado pero, al menos, había salvado el pellejo. Y también había adquirido una triste enseñanza: jamás volvería a meterse en los asuntos de nadie. Mejor aún, no volvería a observar las costumbres y maneras de los pueblos exóticos. Mejor evitar la ocasión de sentirse salvamundos. Uno puede apreciar la justicia, pero en general -y este era el caso de nuestro Jonás Fresasconnata- aprecia mucho más salvaguardar su propio pellejo durante el mayor tiempo que le sea dado.

Mientras, en Tantax 7, la situación ha vuelto a una cierta rutina. El odio hacia Jonás no se ha apaciguado, pero lo demás ha vuelto a ser como antes. Quizá el ganado de Jonás daba la libertad, pero los tanxos no estaban dispuestos a renunciar al placer de la buena mesa. Más valía la seguridad del alimento agradable al paladar que la impredecible palatabilidad futura de la libertad. Así que entre los tanxos revolucionarios la vuelta al antiguo orden ha pasado por la elección de nuevos cuidadores entre los miembros más capacitados de las familias tradicionalmente susceptibles de metamorfosis. Entre

ellos, cómo no, se encontraba nuestro amigo Flux, el cual agradeció en cierto modo la aparición de Jonás y sus extravagantes ideas. Muy en el fondo Flux preveía el fracaso y lo había aplazado. Cuando el anciano, Bulmax, pretendió hablar contra la novedad, fue Flux quien lo apaciguó con la idea de que tal vez el plástico obraría el milagro. No fue así y Flux no lo lamentaba. La mayoría de las veces las revoluciones consistían en un cambio de los viejos líderes por unos nuevos dispuestos a acaparar los privilegios. Por eso Flux recordaba con cariño a Jonás. Gracias a su intervención pudo optar al grado de cuidador mucho antes de lo que le correspondía. Una vida de lujo lo esperaba y podría dejar cientos de herederos tras de sí. Claro que Flux superó la transformación con éxito y, desde que es cuidador, ya no se acuerda de ningún Jonás Fresasconnata ni de la desafortunada revolución. Le basta con pedir lo que quiere -comida, generalmente- y sus deseos son satisfechos al momento por todos los pequeños hombrecitos que le rodean.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL CALOR DEL DESIERTO

Tres días sin probar bocado no era demasiado para un hombre acostumbrado a ello. El desierto puede ser, y sin duda lo es, uno de los parajes más hostiles del mundo. A los márgenes del desierto se asentaban algunos poblados, y otras veces simples chozas separadas unas de otras varios, a veces, decenas de kilómetros. El hombre se dirigía hacia una de estas casas. Estaba muy cansado, y caminaba cabizbajo, pero con la firme resolución de no morir de hambre. Había bebido copiosamente hacía un par de horas, en un pozo que encontró, pero los andrajos que llevaba no le cubrían casi ni la mitad del cuerpo, y el calor del sol amenazaba con deshidratarlo en poco tiempo. Sin embargo, sus ojos mantenían ese sutil brillo de aquellos que no se resignan a la muerte. Antes fue un hombre inteligente; ahora solamente un ser con instintos, y, en cualquiera de las dos épocas, un individuo práctico.

Algunas pequeñas piedras marcaban el final del desierto, y allá, a lo lejos, se veían las altas montañas. Mas, de la casa a la que se dirigía, aún no sabía nada.

Tiempo después, quien sabe si fueron horas o minutos, vio una figura en la lejanía, y cayéndose, levantándose, volviéndose a caer, y arrastrándose, hacia ella se dirigió. El otro lo vio venir al cabo de un rato, y corrió en su auxilio. Lo arrastró hacia la sombra que producía una gran peña, y allí lo tumbó. Le dio agua de su cantimplora, pero no era sed lo que el hombre tenía. Lo dejó descansando y volvió a su quehacer.

El hombre se levantó poco a poco, y miró al otro, que trabajaba entre unos matorrales, con una cesta, lo que podía ser la recogida de pequeños frutos. El otro se dio la vuelta y le dijo:

-Tengo que recoger más bayas a un par de kilómetros. Aquellas son las últimas por hoy. Tú descansa aquí, y a la vuelta te llevaré a mi casa. Mi mujer tendrá preparada la cena.

El hombre entendió lo que el otro le dijo, pero no hizo gestos de entenderlo. El otro hombre se acercó a él, y le repitió con señas lo que le dijera antes. El hombre se acabó de levantar; y en la mano que ocultaba detrás del cuerpo tenía una piedra algo más grande que el puño. Cuando estuvo suficientemente cerca empujó al otro hombre y lo tiró al suelo, y fue a caer sobre uno de los matorrales. Gritó. Fue el primer grito, de aquel, su último mediodía. Se intentó incorporar, pero el hombre le arrojó la piedra. Acertó a darle en la boca. El otro hombre cayó de nuevo, gritando, y cubriéndose la cara con las manos, retorciéndose de dolor. El hombre sonrió de pie, donde estaba, con aquellos labios resecos y cuarteados del calor y el viento del desierto; se agachó, cogió otra piedra y se acercó al otro. Saltó a horcajadas sobre él y le dio con la piedra en la cabeza, no muy fuerte, sólo para marearle un poco. Le dio la vuelta y quedó sentado sobre el pecho del otro hombre.

Vio sangre en la boca del otro, que apenas estaba consciente. Le tomó la cantimplora y echó algo de agua en la cara del otro para enjuagarle un poco la sangre. Le separó los labios, y vio tres dientes partidos, mellados, sangrando levemente. Qué visión tan agradable era. El cerdo seguía gimoteando, pero ese no era el sonido que más le gustaba al hombre. Había otros. Levantó el brazo derecho con la piedra en la mano, y con la otra mano le sujetó la cabeza por detrás. Lentamente, casi con suavidad bajó el brazo. El pico de la piedra rompió

contra la boca. Esta vez sí pudo oír el crujido de los dientes al partirse. Sangre, más sangre llenando la boca, cubriendo los labios rotos, y corriendo por las comisuras de aquel despreciable individuo. En la quietud del desierto, el sonido de la piedra contra los dientes era música celestial para los oídos del hombre. Golpeó otra vez, poniendo la cabeza cerca de la otra para poder oír mejor. La sangre le salpicó la cara. Golpeó otra y otra vez, hasta que sólo hubo una masa informe de carne, sangre y pedazos de los que fueran antes dientes. Lavó de nuevo la cara del otro hombre. La mandíbula inferior casi no existía. Eso estaba bien. Buscó a tientas la lengua del otro, y la sacó con sus dedos. Tenía cortes y estaba algo desgarrada, pero bastante intacta. Se inclinó hacia él y chupó su lengua; saboreó el gusto de la sangre caliente, mezclada con pequeños trocitos de carne que iba arrancando con los dientes. Finalmente arrancó lo que pudo de la lengua y la masticó fieramente con sus muelas.

Después le levantó al otro el labio superior, y vio que tenía gran parte de las encías enteras. Eso no debía ser así. Había que solucionarlo rápidamente. Cogió la piedra en su mano otra vez, y con la otra le sujetó el labio superior. Intentó usar la piedra a modo de cuchillo, cortando el labio a la altura de la nariz, pero lo único que consiguió fue desgarrarlo. Golpeó furiosamente la piedra contra la boca del otro, y éste gimió varias veces. Bien, aún estaba consciente. Le levantó el párpado de un ojo. Era de un marrón oscuro, como cualquier otro ojo. Levantó la piedra, pero lo pensó mejor, y la tiró al suelo. Usó entonces las dos manos para estudiar el ojo con detalle. Se aproximó a él, y dejó caer un hilillo de saliva dentro. El otro intentó parpadear, y sintió la tensión de los párpados en sus dedos. ¿Cómo sería aquel ojo de resistente?

Intentando con una mano que el ojo no se cerrara, para verlo con todo detalle, comenzó a apretar con otro dedo, lenta, pero fuertemente. El cristalino se curvó bajo la presión del dedo, que poco a poco se iba hundiendo, hasta que finalmente el ojo estalló. El líquido le salpicó la cara, y el hombre se relamió, pero no encontró el agradable sabor a sangre que él esperaba. Su boca se contrajo en un gesto de furia, y hundió salvajemente el dedo mucho más, hasta que la sangre comenzó a manar. Luego, con deleite se arrimó para beber del ojo,

como de la fuente de la vida. Poca sangre pudo beber, y esto le enfureció aún más. Se levantó y buscó una piedra más grande, y la levantó con las dos manos sobre su cabeza. Apuntó, y la tiró sobre la cabeza del otro. No dio de lleno, y tan sólo aplastó la mitad de su cara. Varias veces más la levantó y volvió a tirarla, hasta que la sangre goteaba de la propia piedra cuando la mantenía sobre la cabeza. Al rato se detuvo y comió distraídamente algunos trozos de carne que estaban adheridos a la piedra. Se acercó después al hombre, y escuchó con tristeza que su corazón ya no latía. Incluso estuvo a punto de llorar por ello, pero no había lágrimas para ello, la gente del desierto no llora.

Despedazó el cuerpo, y se alimentó con lo que pudo. Se sentó y pensó. Se adentró con el cuerpo en el desierto, y cuando no pudo tirar de él, lo dejó allá y él continuó arrastrándose de nuevo hasta el pozo.

Fran

DE UN PERRO Y UNAS ROSAS

Esta mañana han florecido los rosales.
Nacen las primeras rosas de la temporada.
Un perro se ahoga en el aluvión de agua.
La agonía se debate entre las olas.
Momento penoso
moribundo
no poder gritar socorro
ni teclear un SOS mágico.
Sólo lágrimas amargas
y unos ojos ladrando la muerte.
Voces se acercan
demasiado tarde.
El asco inunda las miradas.
Un cadáver flotando
un perro ahogado
mientras las rosas recién estrenadas
sonríen al sol de la mañana.

Miguel Ángel Valero López

SOBRE LA FALTA DE FE

¿Qué tiempos estos en los que vivimos! ¿Acaso es posible para una madre cristiana, temerosa de Dios y obediente de las reglas de nuestra Santa Madre Iglesia y el Santo Padre de Roma, escapar completamente de la perniciosa influencia de nuestro siglo? Les aseguro que no lo es. Fíjense, para muestra, en mi caso. No puedo decir que esté libre de pecado pero, cuando menos, siempre he tratado de conducir mi vida por los caminos de la justicia y de remediar mis errores con el arrepentimiento.

Siempre traté de educar a mis hijos como buenos cristianos. Confieso que fracasé. Mi Euforia, a la que tanto quise, se dejó arrastrar prontamente por los caminos del pecado. No la culpo a ella, tan inocente cuando niña, sino a todos esos "amigos" de los que se rodeó, melenudos, barbudos, rojos y anarquistas, ateos y revolucionarios, toda la hez de la humanidad. Pero mi Narcisito no me falló. Una madre siempre puede sentirse orgullosa de un hijo como él. Lástima que su virtud no fuera tan contagiosa como la perfidia que me lo quitó. Y es que, al cabo, el pecado también me ha robado a mi buen Narcisito.

Pero no sólo quería hablar de mis hijos. Su futuro me preocupa, claro está. Pero también me preocupa el de toda la humanidad arrastrándose hacia el abismo del infierno. ¿Dónde ha quedado nuestra tradición cristiana, dónde el respeto de las añejas tradiciones que hasta el día de hoy nos habían salvado? Sólo un grupo de irreductibles voluntades nos esforzamos aún por devolver a nuestras gentes la bondad que un día tuvieron. Pero, ¿qué podemos hacer cuando nuestras mentes más preclaras, como mi Narcisito, nos son arrebatadas por los malvados? La inocencia parece no tener defensa contra el pecado.

Por ello no puedo sino sonrojarme de vergüenza cuando algún periodista afirma, entre divertido y admirado, que nuestro país es el más religioso de la pecadora Europa ya que en él todavía existen 900 religiosos de clausura, como si esa insignificante ofrenda de sacrificio fuera capaz de borrar los pecados de tantos millones de caínitas. ¿Qué sanadora influencia se puede esperar de tan reducido número de santos

cuando el influjo del pecado ha sido capaz de arrastrar tras de sí a un modelo de rectitud cual era mi querido hijo Narcisito? ¡Hijo mío!, vuelve, si me estás leyendo. Todavía estás a tiempo de arrepentirte de tus nuevos pecados y volver, cual oveja perdida, al seguro redil que representan tu madre y la fe verdadera.

Fulgencia Iconoclasia Martín-López-Núñez
(marquesa de Porras y viuda de De Lego)

A Laura

EL SUEÑO DE UNA NOCHE (LA 1ª) DE VERANO

El día después.
Llegan la mañana, el despertar,
la vuelta a empezar.
Tumbado, sentado, en la cama,
estudiando aburrido para el próximo examen,
tu cara, borrosa, acude a mí,
entrando, suavemente, en mi embotada imaginación
de la que no ha terminado de marcharse.
En el tenue torpor de mi ocupado aburrimiento
surge la imagen de la belleza.
El romántico se niega a arrojar la toalla,
buscaré mi quimera, ¿serás tú, quizá, ella?
Sé que no.
Sé que, probablemente, nunca más te vea,
y que un posible encuentro
rompería la magia que me esforcé en crear.
Sé que fue un breve encuentro,
una charla agradable una noche cualquiera,
sin compromiso.
Para ti.
Pero no para mí.
No es habitual encontrarte con tu ideal de belleza
convertido en una persona real,
que te habla, te embelesa con su simpatía.
El patrón estaba hecho a tu medida:

menuda, morena, ojos pardos, piel clara,
delgada, con aspecto feliz y frágil,
la mirada risueña,
y tan llena de encanto...
Es un sueño hablar contigo.
Pero es tarde y el tiempo no espera.
Y, aunque no hay nadie más que tú y yo,
tus amigas aguardan y te marchas con ellas.
Y yo, sin teléfono ni cita,
con una disculpa a medias esperanzadora,
me quedo mirando tu marcha,
como si fuera una despedida cualquiera.
Y sé, aunque no quiero creerlo,
que no volveré a verte.
Y creo, en ese instante, que no te echaré en falta.
Me voy feliz con los amigos,
satisfecho de mí mismo,
recordando tu cara, tus palabras,
que se difuminan en las de una actriz famosa.
Pero llega la mañana y allí estás,
la imagen del sueño que fue realidad,
el breve encuentro que ya no volverá,
y comienza a pesarme tu ausencia,
que quizá es sólo la del sueño que nunca fue real
y vuelve a la fantasía que lo creó,
mientras, buscando imposibles, imagino
que el sábado, u otro día cualquiera,
vuelvo a verte, hablamos, me recuerdas,
y, quién sabe por qué, esta vez me miras diferente
y el sueño se acerca.
Y me pongo a intentar estudiar,
el segundo día de este triste verano,
procurando, a la vez, no pensar en ti
e ignorar que mi nombre y mi cara
ya se te habrán olvidado.

Juan Luis Monedero

MANUAL DEL INÚTIL TOTAL
(Capítulo 368)

Ahora que por fin conseguiste alcanzar la cumbre, cuando tus tácticas de "trepa" han dado su resultado, es cuando menos debes dejar traslucir tu condición de inútil total. Para ello nada mejor que la contratación de ineptos. Siempre es aconsejable tener subordinados casi tan inútiles como uno mismo, de los que tú, como su jefe, puedas tener la razonable seguridad de que van a cometer tal número de errores que, en un determinado momento de necesidad, podrás echarles las culpas de cualquier fallo propio o ajeno.

Es aconsejable estar rodeado de ineptos por diversas razones. Entre ellas enumeraré sólo tres, que son las que primero se le han ocurrido a mi torpe y perezoso cerebro. En primer lugar, como ya he dicho, los ineptos podrán siempre cargar con nuestras culpas. Es, por tanto, muy conveniente trepar hasta la cumbre, puesto que por el camino siempre podremos cargar con culpas ajenas mientras que el jefe de jefes es, por definición axiomática, inocente y libre de todo fallo. En segundo lugar, los ineptos no preguntan y obedecen todo sin rechistar. Se creerán todo lo que les digamos. Nunca se atreverán a dudar de nuestro entendimiento superior ni de nuestra infalibilidad axiomática. En tercer lugar, los ineptos nunca se nos sublevarán ni tratarán de derribarnos abiertamente de nuestra posición de privilegio. En este sentido es de extrema importancia vigilar la presencia de algún listillo camuflado entre nuestros subordinados. Este listillo sí será capaz de provocar una sublevación, nos derrocará a la primera ocasión. El listillo no necesita ser hábil, no es imprescindible. Más probablemente será un inútil total como nosotros, un patán dispuesto a aprovechar sus nulos recursos para iniciar una carrera de trepa similar a la nuestra. Los listillos son peligrosos, pero una vez desenmascarados es bien fácil deshacerse de ellos. Basta con cargarles de forma personalizada uno de los numerosos errores que suceden cada día de forma natural o, en caso necesario, nos valdremos de nuestra inutilidad para forzar un grave error del que haremos responsable al listillo.

Indalecio Tórpez

Suceso extraño, éste,
de la inspiración,
ausencia de ideas,
quizás de talento,
nada nuevo surge
cuando con interés,
produzco un nuevo intento.
Será mejor improvisar
o esperar otro momento.

Mas cuando no lo pretendo,
un manantial de ideas
fluyen, se agolpan
y logran quebrar,
mis actuales pensamientos.
Quieren salir,
brotar hacia el exterior,
mas ahora,
no las dejo.

No están dispuestas a esperar,
ese instante ya es su momento
deben hacerse escuchar,
un minuto más
y no se mostrarán
tal como fueron,
porque las puede modificar,
su amo, su dueño,
aquel que las creó:
EL CURIOSO INGENIO.

Así transcurre la vida
del artista, del poeta,
de cualquier sujeto,
esperando esa lucidez

para expresar,
lo que de la inspiración
llega espontáneamente
y sin esfuerzos.

Cuando parece apagarse,
otras ideas
iluminan ya su mente.
Como sus pulmones
se oxigenan
después de un gran desgaste,
e inspiran aire velozmente.
Así pues, se renueva
y mantiene vivos
a esos críticos que son
sus seguidores más fieles.

Almudena González Benito

CARA Y CRUZ

LA CARA

-Mira cielo, adivina qué es esto.

-Parecen unas entradas de algún local.

-Exacto. Son dos entradas para ver a "The Platters" en el "Club Luna".

-¡Oh, cariño! ¿De verdad? "The Platters" me encantan.

Lo sé, las he comprado por ti y además pienso invitarte a cenar.

-¡Caramba, Fernando! No sé qué decir.

-Di que aceptas.

-Por supuesto, cariño. Estaré encantada de ir.

Él se acerca a ella y la besa suavemente.

-Buenas noches, cielo.

-Que duermas bien, cariño.

Al día siguiente, es Sábado y por la noche van al "Club Luna". Tras ver a "The Platters" y cenar, vuelven a casa.

-La verdad es que ha sido una velada estupenda, sobre todo la música -dice Sara.

-Son muy buenos músicos. Mira si son buenos que me han hecho olvidar la cena.

-No estaba tan mal, hombre.

-¿Que no? He tenido que atravesar con el cuchillo a uno de los calamares para que dejara de moverse.

-No te quejes tanto, yo he tenido que comerme un filete de vaca con guarnición de césped.

-Sin embargo, el postre estaba riquísimo.

-Pues mis fresas con nata debieron estar muy buenas el año pasado por estas fechas.

-¡Vaya! ¡Ha sido un éxito la cena!

-La cena no era muy buena, pero la música era excelente y no puedo imaginar mejor acompañante.

-Eso lo dices para no disgustarme.

-Te equivocas Fernando, lo digo de verdad.

Entran en casa.

-En serio, Sara, ¿qué te ha parecido la velada?

-Pueees... ¿cuándo repetimos?

-¡Ja, ja! Ya entiendo.

-Me voy a la cama ¿vienes?

-Si insistes...

-Quiero enseñarte un conjunto de ropa interior que me compré ayer.

-¡Ah! ¿Sí?

-Un momento que no tardo nada.

Ella sale de detrás del biombo vestida (es un decir) con el conjunto. Él está sentado en la cama.

-¿Te gusta?

-No sé, no lo veo bien, acércate un poco más.

-¿Qué te parece?

-A ver..., date la vuelta. Está muy bien. Pero de ahí cuelga un hilo.

-¡Jo! Y es nuevo.

-No puedes verlo porque está justo en la espalda. Ven que te lo quite.

Fernando la coge por la cintura y le mira la espalda.

-¡Ah! Pues no hay ningún hilo que cuelgue.

Ella se vuelve y se pone frente a él.

-Creo que me has engañado con lo del hilo.

-Es cierto. Este conjunto te queda estupendo. Eres preciosa, Sara.

-Tú tampoco estás mal.

-¡Ven aquí!

La tira sobre la cama. Ella le desabrocha la camisa, el cinturón y los pantalones. Él mientras la besa de vez en cuando. En este mismo momento corremos un tupido velo para dejarles hacer lo que buenamente quieran en la intimidad.

Pasado un rato.

-¿Qué tal, cielo? -dice Sara.

-¡Huumm! ¿Y tú?

-Muy bien.

Momentos después se desean buenas noches y se quedan dormidos.

LA CRUZ

-Maríííía.

-¿Sí, Manolo?

-Se me está ocurriendo una cosita que podemos hacer tú y yo.

-¿El qué Manolo?

-Lo mismo que hicimos la semana pasada.

-La semana pasada hicimos muchas cosas, Manolo.

-Yo me refiero a lo que hicimos el Sábado por la noche ¿te acuerdas?

-Manolo, ya sabes que no me gusta hablar de ciertas cosas.

-No hace falta que hablemos, sólo hace falta que me dejes hacer a mí.

-¡Ay, Manolo que te veo venir!

-¡Anda tonta! Si te va a gustar.

-¡No digas marranadas! ¡Ay! ¡Manolo! ¿qué haces?

-Ponerme encima de ti.

-Manolo, tarda poco que ya sabes que a mí estas cosas no me gustan. ¡Ay! Ji, ji, ¡Manolo!

Un minuto después.

-¡Uf! Ya está. Buenas noches, María.

-Buenas noches, Manolo.

Maricarmen Montero Camacho

Avanzo hacia un futuro,
desde un pasado ya lejos
un mañana me sorprende,
desconocido e incierto.

Voy buscando mi destino
y nada más comenzar,
en la encrucijada me encuentro.
La elección resulta difícil,
valor no me falta,
mas he de reflexionar
cuál será el camino idóneo
y después de un instante
dejo,
que mis pies carguen de nuevo
con todo el peso;
esta vez de la responsabilidad,
que sean ellos
los que me conduzcan
por el inesperado sendero,
quizás sea el más fácil,
quizás el menos inhóspito
quizás sea el más placentero.

Una vez más la duda,
se presenta en este instante,
me tienta en este momento.
¿Habré decidido bien?

¿Habrá sido oportuno
dejar dicha opción
al capricho de unos pies,
tan incautos, tan ingenuos?

Pensaré pues con la cabeza,
cuyo órgano fundamental
coordina
cada uno de mis pasos
y todos mis movimientos.
Es la fuente de saber,
guiada por mi cerebro,
no me dejaré llevar
por sentimentalismos viejos.

Seguiré siempre adelante,
con ilusión, con deseos
de un mañana mejor.
Sé que encontraré la salida
no importa en cuanto tiempo
será la más adecuada.
Fuerte ante los obstáculos,
ante la adversidad
sabré hacer frente sin recelo.

Poder demostrar algún día
que mis palabras,
no quedarán sólo en eso,
tan sólo en una utopía.
Un soñador más
con un mismo sueño.

Y después de tanto buscar
esa meta, ese objetivo,
después de tanto sacrificio
ya se puede estar tranquilo,

porque saboreas la seguridad
que proporciona,
el haberlo conseguido.

Aunque lo importante ya,
no es llegar hasta el final,
ni el grado, la puntuación
ni el nivel, sólo estar
conforme con uno mismo.

Después de lograr salir,
un instante después
la puerta vuelve a girar,
te introduce, te envuelve,
te invita de nuevo a pasar.

Volverás a asumir riesgos,
seguirás otra trayectoria,
te considerarás diferente
recorriendo un camino distinto.
Y sin embargo,
vuelves a competir,
vuelves a ser uno más,
en un mismo **LABERINTO**.

Almudena González Benito

VOSOTROS SEGÚN YO

Hay que ser tardo, hay que ir con los peores imaginadores de ígneos, tórridos temas, y para nada saber al FIN. Pues nada comprendéis de mi críptico mensaje, pero breve es mi opinión sobre vosotros. Verbo y atributo os describen. De cada siete una hasta el fin. He dicho. Adiós. Hasta pronto. Llamadme:

El temible burlón

LA HERMANDAD NEGRA

Hay tantas historias que contar que no creo que la mía les pueda parecer, de antemano, más interesante que cualquier otra. Sólo que es mi historia y, por eso, me parece la más trascendente de todas. Sin embargo, estoy convencido de que mi relato no sólo es diferente a otros, sino más importante e inquietante que la mayoría, aunque reconozco que esta impresión mía puede ser fruto de mi propio interés.

Debería de ser ordenado en mi exposición puesto que de ello depende, en buena parte, la buena comprensión que pueda conseguirse de mi experiencia. Por ello regresaré atrás en el tiempo hasta el comienzo de mi vida, de mi nueva vida, hasta el comienzo de la historia que os quiero relatar. Así que no tengo otro remedio que remontarme tres años atrás, cuando yo no era más que un jovenzuelo inexperto, simple y apocado que visitaba un hermoso pueblecito en la costa norte, famoso, antes que nada, por su buena comida y sus espectaculares paisajes.

Sí, ese era yo. Apenas un muchacho. Con veinte años recién cumplidos, una carrera de derecho recién empezada, miles de dudas en mi pobre cabeza, devorado por una invencible pereza y una timidez e introversión que rozaban el aburrimiento. Mis padres me habían enviado a Yale a estudiar derecho. También ellos eran, en buena parte, responsables de mi apocamiento. Pertenecía a una tradicional familia de Boston, conservadora, puritana, honrada y, por encima de todo, trabajadora. En consecuencia, también un tanto imbuida de estupidez, estrechez de miras y fundamentalismo intelectual. Igualmente, fueron mis padres los que, aquel verano, consideraron oportuno enviarme a Greendale, el pueblecito costero cuyo mar, según el doctor Perkins, podría restablecer mi siempre frágil salud.

Cuando salí de Boston, solo y asustado ante la perspectiva de pasar una temporada lejos de mi familia y mis libros, mi humor no era muy bueno. Tampoco mi salud. Al llegar a Providence no tuve otro remedio que detenerme a comprar unas hierbas contra la tos. Después tomé el tren hacia Greendale. Bueno, Greendale no era el destino final del tren, sólo una parada a dos horas de la ciudad, pero sí era el lugar al que yo me dirigía. Cuando descendí en Greendale y vi sus apacibles valles cubiertos de verde que contrastaban tan vivamente con los

acantilados y el rugir del agitado mar gris, sentí que mi pecho se henchía de gozo. Aquel lugar había llegado hasta mi corazón venciendo mi habitual apatía. No era sólo su belleza; aquello que fuera que había impresionado mi ánimo me hacía sentir, de un modo indeterminado y que yo entonces no fui capaz de definir, que aquella tierra salvaje y tenebrosa era un lugar acogedor para mí, como si de un hogar ancestral y olvidado se tratara.

Con mejor ánimo, y ya con mis ataques de tos refrenados, no sé si por el clima, las hierbas o la emoción, me dirigí al centro de la villa, y me dediqué a buscar la fonda de Rosemary, situada en Major Street según rezaba la nota escrita por mi padre, quien había residido allí durante una larga temporada de su juventud. Él, el pobre Orson Thomas Pierce, de los Pierce de Boston, siempre me había contado que los prados y las rocas de Greendale habían forjado buena parte de su carácter. Yo entonces, nada más llegar al pueblo, lo creí de veras. Ahora sé que nunca llegó a sospechar la verdadera grandeza, el verdadero carácter que se ocultaba en la apacible villa. No, aquello que marcó el carácter de mi padre era muy diferente de la verdadera esencia de Greendale. Si Greendale tiene una esencia esa fue la que me captó a mí algunos días después. Pero de ello hablaré más tarde, pues no conviene trastocar el orden de los acontecimientos.

La fonda de Rosemary ya no se llamaba así. Ahora era la fonda de "El marinero parlanchín" y la regentaba una tal Molly Van Pebbles, sobrina de la vieja Rosemary, según me dijo el anciano que me indicó el camino. La fonda, no obstante el cambio de nombre y dueña, parecía ser un resto trasladado hasta nuestros días desde varios siglos atrás. Imaginé que, hacía mucho tiempo, en un lugar como aquel, pudieron muy bien haberse reunido los primeros colonos, marineros y contrabandistas de aquellos lugares, no mucho después de que los viejos puritanos arribaran a las costas de Nueva Inglaterra.

Los tres primeros días en Greendale fueron de relativa calma. Sólo relativa puesto que mi espíritu se sentía más ensalzado a cada momento. Pero, aparte de aquel anuncio de mi impresionable alma, bien puede decirse que mi estancia en el pueblo y las noches en la fonda fueron una isla de tranquilidad que no podían hacer prever los

turbulentos, y no obstante maravillosos, acontecimientos que trastocarían mi sencilla existencia de una vez por todas.

Aquellos primeros días de ignorancia, últimos de limpia inocencia para mí, transcurrieron entre el pueblo, una diminuta cala que daba al mar bravío y una pequeña pradera sobre el acantilado en la cual, acompañado por el rugir del viento, desgranaba las páginas de una novela de James. A aquella pequeña rutina con la que acababa de romper mi habitual monotonía me atrevía yo entonces a calificarla como delicioso transcurrir del tiempo. Sí era agradable para mí, por lo que significaba de libertad y de exposición a la belleza de la naturaleza, lejos de Boston y sus corsés familiares y sociales.

Sin embargo, todo empezó a cambiar durante la tercera noche. El porqué tardé tres días en hacerme sensible a Greendale sólo alcanzo a explicármelo como una consecuencia de mi vida en Boston. Debía desintoxicarme de la ciudad y dejarme envolver por el paisaje para que el espíritu de Greendale fuera capaz de penetrarme.

Fue por la noche. Acababa de apagar la lámpara de mi cuarto. Había dejado la novela y las lentes sobre la mesilla y me disponía a dormir. El aire fresco de la costa todavía henchía mis pulmones y la silenciosa penumbra anunciaba una noche de auténtico reposo. Cerré los ojos y me puse de lado, estirando la colcha hasta hacerla taparme el cuello y parte de la barbilla. No tardé en encontrarme en ese agradable duermevela que precede al sueño sin diferenciarse demasiado de él. En ese estado de torpor, entre la vigilia y el sueño, tardé unos minutos en comprender que aquellos sonidos no procedían sólo de los dedos de Morfeo sobre mi cabeza. Lenta, progresivamente, un suave cuchicheo, ininteligible por el momento, empezó a envolverme. Las voces, aparentemente humanas, aunque con un cierto timbre extraño, se elevaban y parecían acercarse a la cama, como si labios inexistentes murmurasen en mis oídos. Un poco intranquilo, sin saber si las voces eran fruto del sueño, me incorporé en la cama, encendí la lámpara y escuché. Los murmullos persistían, aunque parecían haberse tornado nerviosos e irritados. Su suave cantinela era todavía incomprensible para mí. Apagué la luz y me pareció escuchar un leve suspiro de alivio por parte de aquellas extrañas voces. Ahora estaba seguro de que procedían de la habitación, en la cual me hallaba solamente yo. Las

extrañas voces se distinguían claramente de los ronquidos del vecino de la habitación de al lado. En todo el corredor no había nadie más. No había, desde luego, un coro de voces similar al que, cada vez más envolventemente, me estaba rodeando. Tampoco podían provenir las voces del salón, en la planta de abajo, el cual ya estaba casi desierto cuando subí a mi cuarto.

Las voces se acercaban, podía sentirlas cerca de mí. Una leve corriente de aire me hizo pensar que alguien me estaba echando su frío hálito en la oreja. Pero, si bien no pude notar ninguna presencia próxima a mí, aquella ligera corriente me trajo palabras por fin comprensibles.

-Es hermoso -susurraba una voz ronca y gorgoteante.

-Sí, sí que lo es el muchacho -respondía otra ligeramente más aguda. Aquella conversación, que no parecía dirigida en ningún caso a mí, me llegó acompañada de la sensación de estar siendo fijamente observado por alguien, a pesar de estar solo en la habitación.

-Aún no está preparado -añadió la primera voz.

-Dejémosle descansar -dijo una tercera.

Entonces me pareció oír unas suaves risas y el vientecillo frío volvió a soplar, como si alguien, al alejarse, levantase corriente.

-Adiós -dijo la tercera voz.

-Adiós -repliqué sin saber por qué, intuyendo que la voz se dirigía a mí, más sorprendido que asustado ante aquellas extrañas presencias.

El frío viento sopló más fuerte, me pareció que la puerta se entreabría y noté en la mejilla una sensación extraña, como si unos labios de hielo hubieran depositado en ella su gélido beso.

No obstante, las voces cesaron. No me sentí intranquilo, por extraño que pueda parecer. El vientecillo frío parecía haberme aletargado. No me molesté en incorporarme, encender la luz o pasear por la habitación buscando resolver el misterio. Me dormí plácidamente y las horas que me separaban del amanecer transcurrieron rápidamente. Con el nuevo día las vívidas sensaciones de la noche anterior se convirtieron en simple ensoñación para mi mente puramente racional.

Desayuné con apetito, sintiendo que la salud que día a día comenzaba a apoderarse de mi cuerpo había recibido durante aquella

noche de sueño reparador un impulso definitivo. Tras desayunar me fui al acantilado, me tumbé sobre la hierba y, contemplando el cielo, me quedé nuevamente dormido. Creo que dormía, aunque no muy profundamente, y me pareció que aquellas voces soñadas la noche anterior volvían a envolverme. Cuando me desperté, las palabras que se repetían en mi sueño todavía sonaban en mis oídos o, tal vez, lo hacían aún en el ambiente:

-¡Ven, ven con nosotros! ¡Muchacho, déjate llevar! Pronto serás uno de los nuestros, hermoso muchacho.

Y su gélido aliento parecía soplar aún en mi oreja provocando un ligero estremecimiento de mi piel.

No comenté con nadie estas extrañas sensaciones. Por un momento temí sinceramente que mi mente, siempre ocupada durante todo el año, se estuviera trastornando ahora que disponía de unos días de reposo. Pero me sentía tan a gusto, las sensaciones de mi cuerpo eran tan placenteras, que pensé que ningún tipo de locura podía afectar a mi recién adquirida salud. Mientras volvía a la fonda, un par de toses secas me hicieron recordar que mi salud siempre había sido mucho más frágil de lo que yo hubiera deseado. Aunque aquellas breves toses no me hicieron perder el ánimo y me mantuve despierto y ágil durante todo el día.

Al llegar la noche no sólo devoré una abundante cena preparada por la señora Van Pebbles sino que fui capaz de sentarme junto a la lumbre para escuchar las fantásticas historias que un viejo marinero relataba ante la incrédula mirada de la dueña de la fonda. Aquellas historias de monstruos y espectros me hicieron recordar las voces de la noche anterior y me sentí tentado de preguntar al anciano o a la señora Van Pebbles por ellas. No lo hice, temiendo, más que otra cosa, que mis compañeros se burlasen de mí o me tomasen por imbécil. Así que me limité a escuchar y, cuando el anciano terminó sus relatos y la lumbre estaba pronta a extinguirse, me despedí hasta la mañana siguiente y subí a mi cuarto a dormir.

Aquella noche volví a sentir las presencias del día anterior, pero de una forma mucho más violenta. Su frío hálito me envolvió desde un principio. Me parecía estar en otro lugar lejos de mi habitación, lejos de cualquier otra presencia humana. Las mismas voces de la noche

anterior me rodeaban, acompañadas de las de otras presencias, numerosas y vociferantes. "Ven, ven con nosotros", parecían susurrarme al oído, aunque aquellos susurros sonaban como gritos en mi cabeza, tal era la fuerza de la llamada, independientemente de su volumen. "Ven con nosotros. Tu tiempo ha llegado". Yo no sentía exactamente miedo, que quizá habría sido lo más natural en este caso. Una especie de letargo me invadía, una extraña pereza inmovilizaba mis músculos y me sentía incapaz de gritar aunque, por otra parte, tampoco deseaba hacerlo realmente. Esta vez no sólo escuché voces. El cántico de sirenas me resultaba atrayente. Si no hubiera sido por la extraña apatía de mi cuerpo me habría sentido impulsado a seguir la llamada. Pero no sólo fueron las voces las que me envolvieron. Aquella noche pude ver a las que yo llamaba presencias. Se me presentaban como pálidas formas ligeramente humanoides que se asomaban por la ventana y surgían desde el suelo a través de desconocidas trampillas y resquicios o brotaban a través de oquedades en las paredes. Pronto toda una cohorte de extrañas figuras me rodeó. Daban la impresión de ser hombres y mujeres, de color cerúleo y formas ondulantes. Su cuerpo parecía temblar, como si estuviera constituido por alguna materia blanda y sutil. En su rostro deforme se dibujaban una ligera sonrisa y unos diminutos ojos de un color negro brillante. Las figuras, lenta y trabajosamente, comenzaron a aproximarse a mi cama. Aunque mi habitación no medía más que unas cinco yardas de largo por cuatro de ancho, enormes abismos parecían separar a las flotantes figuras de mi pequeño catre.

-¿Le ocurre a usted algo, señor Pierce? -sonó entonces, de modo imprevisto, la voz de la señora Van Pebbles desde fuera de la habitación.

La interrupción, tan inesperada para las figuras que me acompañaban como para mí, me devolvió a lo que aún entonces consideraba el mundo real. En un abrir y cerrar de ojos las antes lentas presencias desaparecieron de la habitación, deslizándose inadvertidamente por los lugares a través de los que se habían introducido en mi cuarto. Las voces cesaron y el único sonido que pude escuchar fue el de mi pausada respiración.

-No, señora Van Pebbles. Creo que estaba soñando. Disculpe si la he despertado.

La señora Van Pebbles debió de dar por buena mi excusa, pues no me incomodó más ni se molestó en abrir la puerta para comprobar mi estado.

No sé por qué razón tardé en volver a dormirme. No me sentía nervioso ni atemorizado, lo cual habría estado dentro de lo corriente y hasta justificado. Aquellas presencias, lejos de incomodarme, me resultaban familiares a pesar de su extrañeza. No, no era miedo lo que sentía. Muy al contrario me encontraba sumamente relajado y trataba de recordar el aspecto de mis visitantes y el sonido gorgoteante de sus voces. "Ven con nosotros. Tu tiempo ha llegado", habían repetido insistentemente.

Pasaron unos eternos minutos de espera durante los cuales aguardé una nueva aparición de mis extraños visitantes. Poco a poco el sueño me fue venciendo. Quizá ese estado de absoluta relajación, ese torpor como yo lo llamo, me ayudó a conciliar un profundo sueño. Después, inesperadamente, fui despertado. No sé qué hora de la noche sería. Oí ruidos, que sonaban lejanos, como dentro del propio sueño. Eran las voces de mis visitantes. A la mañana siguiente pensaría, durante unos instantes, que todo había sido un sueño, aunque no tardaría en comprobar la verdad.

Nuevamente, apenas visibles en la densa penumbra de mi cuarto, las extrañas figuras, de aspecto palpitante y gelatinoso, me rodearon. Podía sentir su frío aliento a mi alrededor, como una acompasada respiración. Docenas de presencias entraron en mi habitación sin que yo pudiera adivinar por qué desconocidos resquicios habían podido penetrar.

-Hemos venido por ti -dijo una voz cercana-. No temas. Eres uno de los nuestros.

No temí. Creo, al menos, que no sentí miedo, aunque me parece que mi apatía se debía a mi ya comentado torpor, pues objetivamente -todo lo objetivamente que se podía razonar en lo que yo pensaba un sueño- no me parecía razonable no sentir miedo ante aquellas presencias que yo aún consideraba monstruosas.

De lo que ocurrió a continuación tengo una idea bastante vaga. No es que no recuerde lo que sucedió, lo que ocurre es que no alcanzo a explicarme cómo pudo suceder aquello y me parece que, en algún momento, debí perder la noción de mí mismo y de los acontecimientos que se desarrollaban a mi alrededor.

En fin, diré que la voz calló y todas las vibrantes figuras se reunieron apretadamente en torno a mi cama. Sentí su tremendo esfuerzo al tratar de levantar mi lecho -y a mí con él- sobre sus débiles hombros. La cama se elevó y yo, verdaderamente, tuve la sensación de estar flotando sobre un mar calmo y ondulante. Mis captores comenzaron a reptar trabajosamente -no puedo describirlo de otro modo- sobre el suelo. Algunas figuras se separaron del lecho y, acercándose hasta la ventana, la abrieron de par en par. Los demás se esforzaban en llevarme hasta ella. Tuve la impresión, por un breve instante, de que aquella ventana se hallaba a una enorme distancia. Quizá sucedía que el tiempo transcurría entonces para mí de otro modo. No alcanzo a comprender cómo pudieron hacerlo. Nunca pensé que aquella ventana fuera tan grande como para que la cama pudiera atravesarla. Las extrañas figuras me elevaron sobre el alféizar y me hicieron cruzar el marco, a mí y a mi cama. En el exterior reinaba una oscura noche, silenciosa y glaciar. Cuando me quise dar cuenta me hallé pegado por no sé qué extraña fuerza a la pared exterior de la fonda. Mi cama seguía sobre los hombros de los extraños, que ahora se deslizaban casi sin esfuerzo por la vertical del edificio, reptando como si estuvieran sobre la horizontal. Parecían felices y cómodos, daba la impresión de que ahora mi carga era ligera y llevadera.

En un instante estuvimos sobre el suelo y, alzado en hombros, fui llevado a través de las solitarias y oscuras callejas de Greendale. No me parecía que aquel pueblo fuera real, entendiendo por real el pueblo visto de día. Me resultaba inconcebible que no hubiera ni una sola persona en las calles, que no hubiera ninguna luz en las ventanas ni sonido alguno en el ambiente. Todo estaba tan quieto cual si de una postal se tratase. Verdaderamente creo que todo aquello sucedió al margen del tiempo y de lo que yo entonces llamaba el mundo real.

La alegre comitiva se desplazaba armoniosamente, como si aquella procesión fuera más un desfile, una especie de divertido baile

de carnaval. El joven huraño que llegó a Greendale hacía poco menos de una semana habría calificado aquella comitiva de macabra procesión. En la oscuridad de la noche sin luna mis captores seguían siendo para mí esquivas figuras de las que sólo adivinaba su extraordinaria palidez, la aparente inconsistencia de sus cuerpos y la penetrante mirada de sus pequeños ojos negros.

Inadvertidamente, me encontré fuera del pueblo, casi al borde de un acantilado. Creo que era el que daba a la minúscula cala que solía contemplar desde mi pradera. A mis pies o, mejor dicho, a los de mi cama, pude ver una inmensa grieta de la que no había sido consciente en ninguna de mis anteriores visitas a aquel paraje familiar. Como si se tratara de una enorme boca recién abierta en la roca, la comitiva se dejó devorar por la grieta y, aunque no podría asegurarlo, tuve la impresión de que la enorme grieta se cerraba a nuestras espaldas cuando hubimos penetrado a su interior. Ahora me hallaba en una estrecha gruta, húmeda, oscura y fría. Mis captores suspiraron. Supe que estábamos muy cerca de su hogar. Allí se hallaban mucho más cómodos que en el inhóspito exterior.

Sobre sus hombros, montado aún en mi cama, fui transportado por una rampa sobre la que parecían deslizarse. El húmedo y lodoso techo de la gruta rozaba de vez en cuando con mi cabeza, a pesar del cuidado con que ellos me transportaban y el celo que yo ponía en agacharme y evitar los salientes de la roca. Quizá ahora, no sé si por mi forzada atención al trayecto, me sentía más despierto y, si no atemorizado, al menos algo inquieto por saber dónde pararía aquella increíble aventura -o sueño- en la que me encontraba.

Finalmente llegamos a una gran cámara. Aquella bóveda aparecía levemente iluminada por una luz pálida que nunca supe si procedía de la propia roca o era un reflejo de la escasa luz exterior. Excavadas en las paredes puede observar la presencia de lo que parecían gradas o balcones, todos ellos ocupados por docenas de pálidas figuras que cuchicheaban al verme. Me sentí un tanto ridículo por mi aspecto. Por extraño que les parezca les aseguro que, al comparar mi sucio camisón con el majestuoso lugar donde me hallaba, me ruboricé. Mis porteadores prosiguieron su camino ajenos a mis sentimientos. Me llevaron hasta el centro de la sala, donde pude

apreciar lo que me pareció un altar, usando un símil litúrgico, elevado sobre el suelo que lo circundaba. Allí se detuvieron y depositaron la cama sobre el suelo. Decenas de manos me tomaron entonces del lecho y me colocaron sobre la fría piedra del altar, cuyo contacto me hizo sentir mi primer escalofrío de verdadero miedo. Supe, sin que pueda decir cómo ni por qué, que aquella piedra estaba viva como yo o como las pálidas figuras que me rodeaban. Pero pronto mi atención fue atraída por una nueva presencia. Ante mí se encontraba una figura casi esquelética pero de aspecto majestuoso. Era el sacerdote, el oficiante de aquella ceremonia a la que, sin saberlo, había sido invitado.

La figura, sin emitir un sólo ruido, hizo un gesto a los demás para que me situasen perfectamente sobre la roca. No usaron ningún tipo de ligaduras, pero el resultado de sus maniobras fue que me encontré desnudo boca arriba sobre la roca, inmovilizado y amedrentado. Era como si la piedra misma me estuviera sujetando y me impidiera moverme.

-Tranquilo, hermoso joven, pronto serás uno de los nuestros -me susurró entonces al oído una voz suave y gorjeante que pretendía calmarme.

El oficiante, entonces, habló por primera vez. Su voz era profunda y extrañamente cavernosa, con roncos ecos que parecían provenir de lo más profundo de la gruta.

-Amigos -comenzó elevando su gorgoteante voz progresivamente-, nos hemos reunido para recibir a un nuevo hermano. ¿Lo aceptáis?

-¡Sí, lo aceptamos! -respondieron a una todas las voces allí reunidas, formando un coro compacto pero ligeramente sibilante.

-Y tú -prosiguió dirigiéndome la penetrante mirada de sus dos pequeños ojos negros, más negros e insondables que los de sus compañeros-, ¿quieres ingresar en la Oscura Hermandad a la que por derecho perteneces y a la que, por tanto, te invitamos?

Yo no sabía de qué me hablaba, pero el sonido de su voz, casi hipnótico, me obligaba a responder, aunque ciertamente es posible que la respuesta brotase de lo más profundo de mi corazón, pues es probable que mis vísceras fueran más conscientes de mi verdadera esencia que yo mismo.

-Sí -respondí sencillamente.

Entonces el coro de voces se volvió ensordecedor. Todas las figuras vibraban de emoción. El oficiante alzó su escuálida mano y vi brillar en ella un cuchillo de piedra. La mano descendió y yo sentí un fortísimo dolor en mi costado derecho. El oficiante manipuló en la herida recién abierta y el dolor se hizo insoportable. Creo que grité, verdaderamente presa del pánico y el dolor. La mano salió de mi costado y en ella había algo. Era un trozo de mi hígado, que aún chorreaba sangre. Alguien acercó un gran cuenco humeante y el oficiante introdujo mi víscera en él. Hubo un chisporroteo y luego un silencio total. Todas las voces callaron. Sólo podía oír mis gemidos y mi respiración entrecortada, acompañada por el repiqueteo de mi corazón en las sienes. El oficiante movió la mezcla con su mano y después bebió un poco del brebaje. A continuación acercó el recipiente a mis labios invitándome a participar de aquella sacrílega comunión. El contacto del líquido me pareció repugnante, así como repugnante era su aroma. No obstante bebí -no sé por qué- y me sentí sumamente aliviado de mis dolores y en paz con todo y con todos. El significado de aquel ritual se había hecho obvio a mi mente. Ahora ya era un hermano suyo, formaba parte de la Hermandad y podía convertirme en uno de ellos. El cuenco pasó de una a otra mano y todos bebieron de él y de mí.

-Ahora tú eres nosotros y nosotros somos tú -declaró el oficiante, que parecía sonreírme.

Pronto el coro de voces volvió a elevarse, más ensordecedor que nunca. De repente, la cámara comenzó a darme vueltas. Mis hermanos se tornaron borrosos y parecieron girar locamente a mi alrededor. Hasta que el torbellino cesó y se hicieron el silencio y la oscuridad en mi cerebro.

Recuperé la consciencia en mi cuarto de la pensión. Me hallaba sobre mi cama y la luz de la mañana penetraba por la ventana. Despertaba, pensé, de un largo e intranquilo sueño. Las imágenes de la noche acudían borrosas e inconexas a mi confundido cerebro. Me levanté y sentí una punzada de dolor en el costado. La luz se hizo de repente, aunque mi mente se negó a aceptar aquellos imposibles recuerdos. Me acerqué al espejo sobre la palangana y me lavé el rostro enérgicamente. Miré la imagen reflejada y vi un rostro un tanto

diferente al habitual, marcado por unas oscuras ojeras y unos pómulos hundidos, que hacían mi cara más estrecha de lo que recordaba. Una nueva punzada de mi costado me obligó a alzar el camisón y observar la fuente de mi dolor. Allí, sorprendido, contemplé la fresca cicatriz de un corte, cerrando los labios de una herida reciente, todavía sonrosada. Por increíble que me parecieran a la luz del día, los sucesos de la noche anterior habían ocurrido de veras. Ahora, inspeccionando con detalle la habitación, pude observar que bajo las patas de mi catre había restos de lodo, así como sobre el suelo se marcaban unas estrías que indicaban por donde había sido arrastrada la cama. También mi camisón estaba manchado de barro pardo, todavía levemente húmedo, y mis muñecas y tobillos aparecían marcados por la presa de la roca que me sostuvo durante la ceremonia. Entonces, ¿existía realmente la Hermandad Negra de mis sueños? ¿Era yo un miembro de aquella orden?

Mis preguntas no iban a quedar sin respuesta. Aunque no iban a ser resueltas inmediatamente. Me obligué a proseguir una vida aparentemente normal. Me vestí y desayuné en el salón, en compañía de la señora Van Pebbles, quien nada parecía saber de los sucesos de la noche anterior y, curiosamente, se olvidó preguntarme por mi supuesta pesadilla. Tras desayunar, decidí volver a mi cala, donde había vislumbrado la oscura grieta por donde descendimos. Al salir a la calle la luz del Sol me ofendió. No era un día especialmente luminoso sino más bien nublado y gris. Sin embargo, la presencia del astro rey incomodaba a mis ojos que, repentinamente, parecían ser más sensibles. Cuando llegué a mi pradera, todo era normal. No había huellas de grietas ni del paso de la procesión nocturna. Sólo el mar parecía diferente, oscuro, agitado y atractivo a mis ojos.

Nada más sucedió aquel día. Me quedé dormido tumbado en el suelo, sin que las voces volvieran a acudir. Desperté frío y extrañamente cómodo. El Sol se había ocultado definitivamente tras oscuras nubes y yo me sentía feliz. Los sucesos de la noche anterior volvían a resultar irreales y distantes. Regresé a la fonda, comí y pasé la tarde leyendo en mi cuarto. Por la noche salí a pasear, recorriendo, de forma apenas consciente, los lugares más oscuros y recónditos. Ya en la fonda, cené y me acosté. Dormí plácidamente, sin ningún sobresalto.

No piensen que ese fue el final de mi extraña aventura, en la que aún estoy incluido. No voy a describirles con detalle cómo se produjo mi transformación. De manera apenas perceptible pero continuada mi vida cambió completamente. De día en día me sentía más incómodo ante la luz del Sol. El calor me resultaba fastidioso. A la par que la cicatriz de mi costado se iba haciendo más pálida y estrecha, mi piel se tornaba blanquinosa, mi carne se volvía fláccida y mórbida, mis mejillas se hundían. Cada día me volvía más huraño. Asimismo, día a día me encontraba más fuerte, aunque cada vez estaba más delgado y el calor escapaba de mi cuerpo. Mis ojos, siempre pardos y grandes, se volvían oscuros, parecían hacerse más pequeños y hundirse en sus órbitas. Cada vez salía menos a la calle. Dejé de relacionarme con la gente. No respondía a las cartas de mi padre, no charlaba con los vecinos del pueblo y reducía mi relación con la señora Van Pebbles al mínimo imprescindible. Por contra, la noche me fascinaba. El frío y la humedad me llevaban a la calle, mis pies, inconscientes, deambulaban de un lado a otro transportándome a lugares oscuros y solitarios. Me atraían el suelo y sus oquedades. De buena gana me habría enterrado en un suelo húmedo y arcilloso. Aunque todavía me negaba a aceptar mi metamorfosis, estaba claro que el tímido jovencito de Boston había dejado de existir.

En aquel tiempo no volví a establecer contacto con mis hermanos. La Hermandad se había olvidado de mí por el momento. Me sentía diferente, pero estaba tan solo que aquella nueva condición, por otra parte tan placentera en sensaciones, se me hacía intolerable.

Por fin una noche, sin tenerlo premeditado y como si obedeciera a algún nuevo instinto, abandoné el pueblo, dejando todas mis antiguas pertenencias en la fonda. Me desprendí de los últimos jirones de mi viejo camisón y me tumbé boca abajo sobre el húmedo suelo, apoyando placenteramente el vientre contra el barro. Me sentía bien y me dejé llevar. Empecé a agitarme sobre la fría tierra, reptando sobre mi abdomen, sintiendo como al avanzar me iba desprendiendo de todo lo que había sido mi antigua existencia. Gocé, por primera vez, de los mayores placeres. Era hermano de todo lo que repta, de todo lo vivo y oscuro, de aquello que huye de la mortal luz. Formaba parte de la tierra y sólo en su contacto hallaba consuelo. No sé en que momento de

mi lento peregrinar empecé a excavar. El suelo se había hecho blando. Me hallaba cerca de los pantanos, donde la putridez de lo muerto alimenta a lo que todavía palpita. Me sentía agotado pero feliz. Podría decirse que nadaba en el lodo. Devoré gustoso algunos insectos crujientes que vivían en el suelo y sentí como las energías regresaban a mi cuerpo. Nuevos sentidos se me hacían presentes y yo trataba torpemente de usarlos. Noté la presencia de mis hermanos, pero aún no sabía localizarlos. Fueron ellos los que vinieron a mí y me recibieron con grandes muestras de alegría y afecto. Me sentí feliz. Los seguí allá donde me llevaron. Sólo mucho después aprendí a reconocer los caminos del submundo. Entonces estaba demasiado feliz y nervioso como para fijarme. Recorrí túneles, descendí por pozos, atravesé hermosos lodazales en penumbra y nadé en oscuras cuevas llenas de agua helada. Desembocamos en la gran gruta. Aquel paisaje ya me era familiar. Habíamos regresado al lugar donde me convertí en lo que ahora era, en lo que todavía soy. Mis hermanos me agasajaron y sentí que oleadas de afecto y amor llegaban a mi solitario corazón.

Lo que ocurrió entonces no es digno de mención. Conviví largo tiempo entre mis hermanos y fui feliz. La felicidad rara vez está llena de grandes aventuras. La mía fue simple y plena. ¿Cómo podría describir un paisaje lleno de color a un ciego que no conoce los colores? No puedo describirles mis intensas emociones ni la belleza de este mundo y mi nuevo estado. ¿Cómo describir la inmensa alegría de compartir la oscuridad de una gruta, de mantenerse inmóvil durante largos períodos sintiendo la placidez del frío que cala en nuestros frágiles huesos? No, no es posible describir tanta hermosura a un ciego. Ser hermano de la tierra, de todo lo que huye de la luz, de lo que repta. Dejar que todo transcurra lentamente, lejos de la horrible luz que todo lo quema y consume. No hay nada más próximo a la eternidad ni al paraíso. Allí no hay preocupaciones, ni muerte ni agitación. ¿Cómo describir la inmensa alegría de recuperar algún afortunado cadáver de su sueño eterno e introducirlo a la nueva vida? Sólo resucitamos a un par de muertos recientes que en vida no pudieron ser introducidos a la Hermandad, pero fue la mejor experiencia del submundo. No, no se pueden describir las intensas emociones e impresiones que asaltan la sensibilidad de un miembro de la Hermandad. Son incomprensibles para

ustedes los pobres mortales. Cuando el Sol se retire de su mundo y todos ustedes mueran, el submundo seguirá vivo y los hermanos podrán vivir libremente en la Tierra, tanto en el cada vez más frío interior del planeta como en la ahora insufrible superficie. Ese día llegará con toda seguridad, no hay prisa por tanto. Entonces no habrá otra sensibilidad que la nuestra.

Pero no voy a seguir hablando de mis alegrías. Hablaré ahora de mis penas. Fui feliz y, sin embargo, abandoné aquel mundo perfecto y ahora soy un proscrito entre los míos. ¿Por qué? Es sencillo de explicar, al menos para mí. Yo que, como todos, fui humano antes de entrar en la Hermandad, aún recuerdo mi tristeza anterior y soy capaz de compadecer todavía a los que viven en la luz. En todo el tiempo que estuve entre los hermanos no hubo ni una sola ceremonia de iniciación después de la mía. Tal situación me parecía injusta. Así se lo dije a los demás. Creo que era -aún es- nuestra obligación salvar a tantos humanos como sea posible. Deberíamos -pensaba yo- hacer tantos hermanos como estuviera en nuestra mano. Pero no, me dijeron que sólo algunos humanos podían y merecían entrar a la Hermandad. ¡Qué mezquinos y egoístas me parecieron mis salvadores! Por eso huí de su lado. Como apóstata y profeta de la nueva fe escapé de la felicidad para transmitir la buena nueva y salvar a tantos como resulte posible. Por eso es hoy mi vida tan miserable. Mis hermanos me persiguen celosos de que su felicidad pueda verse alterada, ciegos ante su egoísmo. ¡Cómo si el frío submundo hubiera sido creado tan sólo para unos pocos privilegiados! Dudo de que algún día sean capaces de salir de su error. Antes preferirán encontrarme y destruirme. Para evitar su injusta venganza me veo obligado a vivir a la luz y convivir entre los horrores del día. Pero ahora sé que casi estoy cercado por mis hermanos y mi tiempo llega a su fin. Es por eso por lo que he decidido hablar en público para hacerme oír por todo el que quiera.

Hasta ahora mi misión ha sido un fracaso. Estuve, primeramente, en mi Boston natal. Allí visité a mi familia y traté de convertirlos, sabiendo que podía concederles la felicidad. Pero no me aceptaron como su hijo perdido. Ciegos de odio me tomaron por un monstruo -decididamente ahora lo soy en los dos mundos- y me echaron de su lado. He buscado por todas partes almas dispuestas a

creer, pero no he hallado ningún oído dispuesto siquiera a escuchar. ¿He sufrido entonces sin sentido? Quizá, pero, ahora que mi lamentable existencia va a tocar a su fin, creo que no. He conocido la felicidad y he intentado extenderla a mis semejantes a costa de perder la mía. Pero no me arrepiento, pues sé que he sido justo y confío en que, después de mí, habrá otros que asciendan desde el submundo para traer a tantos ciegos la hermosa vida a la que yo renuncié.

Ahora callaré. Ya es tarde. Debo huir, pero también debo ocultar este mensaje para que algún día llegue a las manos adecuadas. No importa que tarde siglos o milenios en extenderse. En el submundo no hay tiempo. Aunque, por eso mismo, sé que mi huida es inútil, pues finalmente me encontrarán y seré destruido. ¿Quién sabe si, al cabo, no estaré equivocado y podremos hablar como hermanos en otro lugar, en un futuro no muy lejano? Adiós, de todos modos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR
(aún inexistente)

NO BASTA CON LEER EL PENSAMIENTO

Señor Director:

Me dirijo nuevamente a usted para poder llorar a gusto mis penas. Probablemente recuerden mis últimas lamentaciones acerca de mi voluble e inútil facultad de acertar los números de la primitiva después de celebrado el sorteo. Pues no es menor mi pena en estos momentos. Además de que la última razón de mis males es de lo más incómoda. Porque, no puedo prolongar más el descubrimiento de mi secreto, he de confesarles que poseo una nueva "cualidad", por llamarla de algún modo. Se trata de que soy capaz de leer el pensamiento. ¿Se imaginan cuán desgraciado me siento por ello?

No, sin duda no son capaces de imaginarlo. Posiblemente porque todavía no comprenden qué de malo puede haber en esta nueva cualidad.

¿Acaso no es un deseo de muchos de nosotros, así como de nuestros gobiernos, conocer los pensamientos de nuestros amigos y

enemigos, de nuestros rivales? No digo que esté bien eso de leer el pensamiento. No quiero hablar de moral. Sólo describir hechos. Que no son los que se suponen.

Claro que puede ser una ventaja ser capaz de leer el pensamiento de tus vecinos en muchas circunstancias. ¡Cuántos sufrimientos se podría ahorrar uno y cuántas tajadas podría sacarle a la información! Tampoco hay que pensar en chantajes ni chorradas de esas. Yo, por lo menos, no creo que fuera capaz de sacar dinero a la gente por no descubrir sus secretos. La información puede ser muy valiosa en sí misma.

Pongamos por caso. Fulano de Tal, corredor de bolsa, tiene un soplo sobre unas acciones. Coges, le lees el pensamiento y das el pelotazo. Sencillo, ¿no? Que vas a hacer un examen y lees las respuestas en la cabeza del empollón de turno. Pues fenómeno para ti. Que no sabes si a Zutanita le gustas o no. Pues le lees el pensamiento. Que Mengano te quiere engañar, pues lo calas. Todo parecen ventajas en esto de leer el pensamiento.

¡Pues no, hijo, no! ¿Cómo iba a tener tanta suerte un desgraciado como yo? Pues claro que no. Y ahora tocan las explicaciones de mi desgracia. He dicho que soy capaz de leer el pensamiento. Y no he mentido. Lo malo viene ahora. Seguro que esos pensamientos contienen informaciones interesantísimas, ¡pero yo no soy capaz de decodificarlas! Porque, señores míos, leo el pensamiento, ¡pero no lo entiendo!

Cuando alguien está a mi lado y me concentro soy capaz de sentir el murmullo -por llamarlo de algún modo- de su actividad cerebral. Pero el pensamiento que yo capto no está formado por palabras. No sabría describirlo. ¿Impulsos, una cadencia de ritmos? No sé, algo extraño en todo caso. Seguro que tiene su significado, pero para mí no es más que un galimatías y me siento incapaz de comprenderlo. Así que, después de todo lo que se ha dicho al respecto, puedo afirmar que el pensamiento humano es sumamente complicado. Claro que el pensamiento de los animales no es mucho más sencillo. ¿Se imaginan lo que podría hacer si consiguiera traducir a palabras todo este lío? Sería sumamente poderoso. O quizá no. Todo dependería del uso que quisiera dar de la información. Pero en lugar de eso sólo consigo

levantarme dolor de cabeza cada vez que me pongo a leer los pensamientos del vecino. ¿Y qué gaitas gano yo con un dolor de cabeza?

Nada, que me pasa igual que con lo de las primitivas, que tengo sólo medio don. Se ve que debo de tener poderes mentales de esos, pero para lo que me sirven preferiría ser un tipo normal. Aunque cada vez estoy menos seguro de que exista realmente esa categoría de personas.

Sin más que decirles, se despide de ustedes hasta su próxima desgracia su triste amigo:

Buenaventura Gª Veleta

Queridos amigos

He vuelto.

Sí, ya sé que buscáis incrédulos mi firma al final de esta carta. Tal vez os sintáis decepcionados al saber que aún vivo. Muchos creísteis que mi ausencia en el número anterior era síntoma de un fatal desenlace. Sin embargo en mi última carta dejé un resquicio abierto en la puerta de la vida, un rayo de esperanza a mi supervivencia.

Para los que os habéis incorporado últimamente a la revista sabed que soy Werther, una persona abocada al suicidio por amor pero sin el valor suficiente para ejecutarlo.

No pensaba escribir de nuevo, pero hoy es San Valentín. Y el tiempo que según dicen lo cura todo no ha conseguido sanar mi enfermo corazón. ¡Oh Dios cómo la amo! La amo apasionadamente porque sólo en su amor siento mi sangre agitada, siento mi vida fluir convulsa por mis venas. Sólo vivo amándola. Por eso la amo.

Y ella continúa ahí delante, atónita espectadora de un espectáculo humillante. Parece en otra dimensión. No existe comunicación alguna entre nosotros. Me ignora brutalmente.

El otro día paseábamos por un conocido parque madrileño cogidos de la mano. Entonces le susurré al oído unos versos robados:

"Enlazadas mis manos en tus manos de nardo
pasaremos la noche mirando el dulce y tardo
titilar soñoliento de los lejanos mundos".

Ante la belleza en estado puro, su silencio.

Ante mi amor incomprendido, su callada respuesta.

Pero hoy me siento especialmente sincero y por eso os voy a revelar el verdadero sentido de mi amor por Carlota, un amor fuera de lo común, os lo aseguro. He aquí mi magnífica revelación: Carlota es un fantasma. Sí, no sonriáis. Quererla menos sería una ofensa a su belleza, tal vez mi corazón oprimido no se viera tan castigado si mis manos dejaran de evocar su delicioso y etéreo contorno un sólo momento. Tal vez mi amor muriera lánguidamente si ella cobrara una forma humana normal. Su existencia de fantasma me lleva a la locura...

Su mirada no es comparable a nada pues nada tiene de humana. Tal vez penséis que son delirios de una mente enferma. No os pido que comprendáis lo que siento. Tan sólo aceptadlo. Sólo sé que amo a una mujer con esencia de fantasma. Si fuera humana no sentiría nada por ella...

Sin embargo bajo mi insondable tristeza siento levantarse un hombre nuevo, un ser que no conocía y que no podía imaginar habitara mi interior. ¿Será esto el inicio de una metamorfosis profunda en mi personalidad?

Sucedió el otro día: ella sigue sin hablarme y yo ya no puedo contentarme con mirarla. Es por eso que hasta mi habitual estado de ensoñación sentimental se nubló y grité algo que nada tenía que ver con la poesía, el amor o el romanticismo:

-Carlota, estoy hasta los huevos.

"¡Oh furor de corazones maduros llagados por el amor!".

Desde entonces no la he vuelto a ver...

Posdata

Ahora por si fuera poco resulta que me veo involucrado en un singular triángulo amoroso. ¡Oh, tú, mi anónima admiradora! Dices que me conoces y no sabes nada de mí. Sin duda tu corazón huiría aterrorizado si me conocieras de veras. Creeme: no soy digno del amor que me proclamas. Soy indigno de tus palabras. No merezco un corazón tan puro, una boca tan clara.

Dices que me conoces y eso es improbable. Dices conocer a Carlota y te proclamas su amiga, y eso es imposible. (Carlota no tiene amigas). Y sin embargo ahora siento acrecentado mi dolor ya que a mi amor por Carlota tú has unido tu dulce lamento. Y ahora mi dolor, creeme, es mayor que el tuyo.

Además, tal vez yo también tenga existencia de fantasma...
Werther

CARTA DE UN NÁUFRAGO

Hola nuevamente. Tal vez sobra el adverbio y esta es la primera carta que llega a sus manos. No me importa. Ni yo les conozco ni ustedes me conocerán jamás. Esta seguridad abrumadora obedece a mi realismo. Muchas veces preferimos la inquietud de la esperanza, pero yo que tengo experiencia, les aseguro que es mucho más cómoda la completa tranquilidad que da la desesperanza. ¡Lástima que yo no esté del todo desesperanzado aún! Si no fuera por eso, porque no soy capaz de asumir resignadamente mi suerte, no me habría puesto a escribir movido por necesidad. ¿Necesidad de qué? De contar mi miedo a la locura, no tengo muchas otras cosas en este mi completo abandono.

Debo confesar que ya casi he superado el miedo a la locura y muchos de los traumas que me acompañaron en mi llegada a este islote. Pero sólo casi. Tanto tiempo discutiendo conmigo mismo y dando vueltas a la cabeza no ha podido ser saludable. Creo que es muy posible que esté completamente loco, pero de poco sirve tan fútil diagnóstico.

El miedo a la locura nace, ante todo, de mi pánico a la soledad, a una soledad a la que me es imposible escapar. Cuando llegué a la isla rezaba a menudo. Nunca he sido muy creyente, pero la soledad me movía a comunicarme con alguien y la desesperación me llevó a convertir en confidente de desdichas a ese difuso Dios al que todos nos dirigimos alguna vez. Ahora ya no rezo, al menos no habitualmente. Mis plegarias no obtuvieron respuesta y ningún ente obró el milagro de mi rescate. Quizá fue una suerte no obtener respuesta. Si una voz interior o divina hubiera respondido a mis plegarias creo que habría tenido motivos más que suficientes para imaginarme loco. Es posible que lo esté, de todos modos, pero al menos sólo escucho una voz en mi cabeza, no creo tener desdoblada mi personalidad, aunque si la tuviera desdoblada quizá no conocería tampoco a mi o mis compañeros de soledad. No obstante, en alguna ocasión he llegado a imaginarme Dios, puesto que soy el único ser pensante con el que me relaciono. Pero es fácil escapar a este ridículo pensamiento. Si fuera un dios sería bastante estúpido por mi parte haberme confinado en esta patética

isla. Más bien debería pensar que algún dios cruel ha decidido desterrarme a este lugar como castigo por cualquier pecado u ofensa inconfesada, como el simple hecho de no haber creído.

También al principio de mi aislamiento la soledad significaba otro tipo de problemas. Aparte de la incomunicación, aparte del aislamiento, algo que me angustiaba especialmente era el no tener una mujer cerca. Tenía necesidades afectivas y sexuales que no podía satisfacer. Tampoco ahora puedo hacerlo plenamente, pero a todo llega a acostumbrarse uno. Al principio recordaba los rostros de aquellas mujeres que habían significado algo para mí. Con el tiempo se me fueron borrando los rostros y aun la imagen de "la mujer". Tan sólo podía dedicarme al onanismo y tratar de imaginar bellas mujeres, pero al cabo del tiempo las mujeres no tenían rostro y se confundían con el único que todavía podía vislumbrar borrosamente reflejado en el agua: el mío, cada vez más espantosamente desconocido. Llegó el tiempo en que la confusión llegó a tal punto que no podía decir si yo era un hombre o una mujer, aunque el recuerdo me indicaba lo primero.

Esta falta de referencias quizá fue lo que me aproximó definitivamente a la locura. Ahora creo haberla superado. De vez en cuando debo satisfacer mis necesidades igual que al principio, pero lo hago casi mecánicamente, sin aquella urgencia de otros tiempos. Ciertamente soy incapaz de decidir si he esquivado la locura o me he dejado absorber por ella. Creo que soy un ser humano cuerdo, aunque no tengo patrón con que compararme y podría estar engañado tanto en mi humanidad como en mi cordura. Bien, pues si esta carta llega a gente civilizada, por favor, llevénsela a algún psiquiatra y envíenme su diagnóstico y el correspondiente tratamiento. Sin más, se despide su demente y solitario amigo:

Yo, el náufrago

CRÍTICA A CYRANO

Crítica a Cyrano, o a cualquiera que sea el título de una corta reivindicación de amor escrita por un tal Juan Carlos Jiménez Moreno en el último número de la revista esta. Leedlo, y después seguid con esto.

¿Qué os parece? Tierno y conmovedor, ¿verdad?; propio de aquel que ha sentido amor y ahora le embarga la melancolía de tiempos pasados. No critico el sentimiento, que es digno de cualquier humano, y de muchos animales, pero...

¿Acaso os creéis que amar es suficiente?, ¿pensáis que estar enamorado os da derecho a algo, ignorantes? Si amas, y pasado un tiempo dejas de ser correspondido, ¡pues te jodes!, y punto. Y te jodes por varios motivos. El más importante es que te jodes porque si te han amado y luego te han dejado es que has sido lo suficientemente necio, tonto, torpe e incapaz como para mantener la llama encendida en el corazón de la otra persona, o alguna otra cosa "bonita" que decís. ¡Ja!

Despertad. Qué triste es ver que pensáis que por amar ya tenéis algo ganado. Amar es uno de los sentimientos humanos más representativos y extendidos. Como decía alguno, ama el pobre en su pobreza, ama el rico, ama el que a medrar empieza, ama el que agravia y ofende,..., y en este mundo en conclusión, todos aman; así que nadie se lleve a engaño ninguno, que amar no te distingue del ladrón, del rico o del pecador, ni del bueno, del malo, y del otro que queda. Amar es vulgar, es lo fácil, todos lo hacen. Y tú, que has amado tan intensamente y has llenado de gloria la vida de la persona amada, tú no has hecho nada que no haga el resto, no has hecho nada especial, nada que merezca la pena pregonar, nada sobresaliente. Eres como cualquier otro. Pero tú escribes, y reivindicas cosas. Sólo eres un valiente en tu cobardía. Y cobardes sois todos los que hacéis de ello un drama. Cobardes que no sabéis afrontar vuestra propia mediocridad.

Sois bestias humanas ahogadas en vuestro instinto más primario; el amor, o mejor dicho, el amor no correspondido. No hay soluciones para ello. No sigáis leyendo esto, porque sé que os resulta ofensivo. Todo lo que no entendéis y es, os resulta ofensivo. No tenéis remedio.

La humanidad no tiene remedio. Sea pues.

Fran

EPÍLOGO

Para el final hemos dejado las recetas (u oraciones) necesarias para que vuestro espíritu pueda encontrar el sosiego que siempre ha

buscado. Confiamos en haberte comido la cabeza lo suficiente como para que obedezcas nuestras órdenes. Si no es así, lamentamos informarte que tu destino será el infierno. Todavía no hemos decidido qué infierno. Aún quedan muchos por inventar. Si dudas de nuestra palabra ya estás condenado a uno de los múltiples infiernos que ya existen, y no uno de los mejores, el de la inseguridad. ¿No te das cuenta de que te ofrecemos la mayor tranquilidad?: Dejar que otros piensen por ti y te den sus pensamientos ya digeridos.

Pero, para vosotros, nuestros ya fieles creyentes, insertamos a continuación un par de oraciones. Este es el "Malpadre nuestro": Malpadre nuestro que estás dónde sea/ pásate pronto por aquí que te vea/ y, por favor, cómeme la olla/ pero que sea con pan y cebolla/ y si después no quedo satisfecho/ devuélveme mi cerebro desecho/ y hágase tu voluntad/ ya que la mía te la quedarás/ Amén. Si pronuncias esta oración y depositas en nuestras manos una buena donación te concederemos unos segundos de eterna salvación. Para terminar insertamos también el breve credo "Teviacomélaolla": Me creeré lo que tú me digas, amén.

Rezadnos mucho y confiad en nuestra capacidad de solucionaros la vida matando vuestro cerebro. Si todavía no creéis repetid el credo tres o cuatro trillones de veces y os volveréis tan gilipollas como para tragaros cualquier cosa... Por los siglos de los siglos. Así sea.

EL PUNTO Y FINAL

Hemos terminado un nuevo número. Ha tardado su tiempo en salir a la luz, debido a nuestras ocupaciones diversas y también a nuestra pereza. Ojalá haya merecido la pena la espera. Al menos nos admitiréis la sinceridad que empleamos para con vosotros. Por primera vez admitimos nuestra intención de manipularos. Para vosotros es una ventaja, no todo el mundo es tan explícito en sus intenciones. Y, hablando de sinceridad, os aseguramos que nos ha encantado recibir vuestras colaboraciones, más abundantes que nunca hasta ahora. Nos sentimos, por tanto, obligados a agradecer su participación a viejos y nuevos conocidos: Eva Segura y su portada, Narciso Tuera, el pobre Werther, Mª Carmen Montero Camacho, Pepe Torquemada, Pedro Roda,

Almudena González Benito, Miguel Ángel Valero López, El temible burlón, Andrés Ortega, Fran, y, cómo no, a todos los que todavía nos apoyáis y soportáis. Por último, en previsión de las preguntas a que os pueda llevar vuestra torpeza, os diremos que el cuento "Don Juan", contrariamente a lo que pueda parecer, va firmado (para aquellos que no lo hayáis descubierto os diremos que basta leer de seguido la última frase y la primera para saber el autor) y aparece en la colección de cuentos "Historias del desamor". Nada más. Seguid colaborando, por favor. No, todavía no es una orden, aunque quizá con el tiempo decidamos adoptar el tono imperativo para animar a los más vergonzosos (cuando pensemos que os hemos comido la olla lo suficiente). Enviad las colaboraciones a:

despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

P.D.: Este número no pretendía llevar posdata, pero no está de más un recordatorio. El objeto de esta revista y su secta adscrita es el de recaudar dinero, así que podéis enviar vuestros donativos a cualquiera de los miembros destacados de la secta... Y rezad mucho por nuestras almas pecadoras.